

219
616

COSTA DE S
VIAJE
A ESPAÑA

219
616

I

219
616

F. CUERVO
341

00341

REPUBLICA DE COLOMBIA

BIBLIOTECA NACIONAL

OBRA NO.

ANAQUEL NO.

ESTANTERIA NO.

SALA *1a* NO. *341*

MATERIA NO.

ENTRO EL NO.

BOGOTÁ,

218 / 29

Solo cuero #341

11841



VIAJE
A ESPAÑA EN 1892

POR

15

SOLEDAD ACOSTA DE SAMPER

Delegata oficial de la República de Colombia al IX
Congreso Internacional de Americanistas en el
Convento de la Rabida.

Miembro de los Congresos Literario Hispano-Americano y
Pedagógico Hispano-Lusitano-Americano.
Miembro de la Academia de la Historia de Caracas etc., etc.

TOMO I

BOGOTÁ—1893

IMPRESA DE ANTONIO MARIA SILVESTRE
Director, Tomás Galarza

VIAJE
A ESPAÑA EN 1892

POR

SOLEDAD ACOSTA DE SAMPER
* * *

Delegada oficial de la República de Colombia al ix
Congreso Internacional de Americanistas en el
Convento de la Rábida.

Miembro de los Congresos Literario Hispano-Americano y
Pedagógico Hispano-Lusitano-Americano.

Miembro de la Academia de la Historia de Caracas etc., etc.

TOMO I

BOGOTA—1893

IMPRESA DE ANTONIO MARIA SILVESTRE

Director, Tomás Galarza



Al señor Don Rufino Cuervo
obsequio de la autora

París - Febrero de 1894

CAPÍTULO I

DE SAN JUAN DE LUZ Á ZUMÁRRAGA. SAN SEBASTIÁN.

- El 9 de Septiembre de 1892 salí, con una de mis hijas, de San Juan de Luz, en donde habíamos pasado algunos días, y tomamos el tren que debería llevarnos á Irán, población española que por primera vez pisaríamos.

Una lluvia constante, acompañada de espesa niebla, cubría el paisaje, de manera que apenas le veíamos verdear entre los mantos grises que lo arropaban tristemente. Nada pudimos ver: ni el castillo histórico de Urtubia, en el cual Luis XI se vió con los Reyes de Castilla y Aragón; ni la moderna fortaleza del sabio Abbadie,—que defiende su entrada con perros de presa, según nos habían dicho,—ni la antigua ciudad de Fontarabia. . . Nada de esto vimos, pues todo lo ocultaba la espesa niebla.

Al pasar por encima del puente de Bidasoa el cielo se aclaró un tanto, y logramos arrojar una rápida mirada sobre aquellos parajes en donde han tenido lugar tantos

combates entre las Naciones rivales, Francia y España. Vimos á lo lejos la isla de los Faisanes ó de la Conferencia, como la llaman desde la época de Luis XIV, por haber tenido allí una entrevista el Cardenal Mazarino con D. Luis de Haro. Sin ninguna belleza, estéril é inútil esta isla, como observa un viajero del siglo pasado, es sin embargo conocida y renombrada ; como sucede á muchas personas que carecen de todo mérito, pero cuyo nombre vuela de boca en boca y vive en la Historia por alguna circunstancia casual y afortunada para ellos.

La mitad del puente que pone en comunicación las dos riberas del río Bidasoa pertenece á Francia, y la otra mitad á España.

Al detenerse el tren en la estación de Irún, nos encontramos repentinamente en país español. ; Cosa rara ! . . . de un momento á otro, no solamente la lengua, sino los tipos, el modo de ser, todo el aspecto físico había cambiado completamente. Sin embargo, desde Bayona hasta Bilbao, tanto en Francia como en España, la población toda descende de la familia vascuence ; son hijos de los mismos antepasados, pero la vida separada bajo Gobiernos distintos, con costumbres diferentes, ha producido cambios radicales en aquellas gentes. Esto prueba

una vez más la influencia inmensa que tiene sobre el espíritu nacional la clase de gobierno bajo el cual vive.

En aquellos días, el miedo al contagio del cólera, que reinaba en algunas ciudades de Francia, había aumentado la severidad con que los empleados de la Aduana de la frontera española recibían á los viajeros. Después de hacer cola durante una media hora frente á una puerta, tuvimos en primer lugar que someternos al examen, es decir á las miradas de los médicos que deberían dar el pase personal de sanidad suficiente. Después afrontamos las pesquisas de la comisión de higiene y salud pública, cuyos empleados examinaron minuciosamente nuestro equipaje y pretendían poner en cuarentena nuestros vestidos usados. Arreglado este asunto, —merced á ciertas monedas que deslizamos entre los dedos de un empleado más fisgón de lo necesario,—pasamos á ser víctimas de los aduaneros propiamente dichos: éstos no opusieron dificultad ninguna á la entrada de la ropa usada, pero todo aquello que juzgaban nuevo lo miraban con desconfianza y amenazaban hacernos pagar la entrada como mercancía. Pero ablandado su celo patriótico por idénticos medios de corrupción, al fin nos permitieron hacer sacar los baúles de

aquel fatídico lugar, tomar nuestros tiquetes para San-Sebastián, así como tomar algún alimento para restaurar nuestras fuerzas agotadas con aquellos combates tan crudos en defensa de nuestros haberes.

Rato después salimos de la estación de Irún, sin haber tenido tiempo de visitar la población, cuyo nombre parece que significa *buen lugar* en lengua vascuence.

Hermosos paisajes y serranías, limpias aldeas y frescas campiñas que veíamos á uno y otro lado de la vía férrea, nos entretuvieron hasta que se detuvo el tren en la estación del puerto de PASAJES, uno de los mejores de toda la bahía de Vizcaya. Este punto, en las cercanías de San-Sebastián, tiene un gran porvenir comercial, y de allí se exportan á América todos los vinos de aquel lado de España.

Pocos minutos después llegamos á San-Sebastián, ciudad de baños afamados, de moda en el gran mundo de Madrid, en donde de todos los veranos se dan cita los gomosos y elegantes de la capital de España. Es además capital de Guipúzcoa y residencia del Capitán-General de las Provincias Vascongadas.

Aunque poco conocida en la historia general de España con el nombre de San-Se-

bastión, ya existía en el siglo XI con el de Villa de Izurún, no ha sido sino en este siglo cuando se ha dado á conocer, y cuando se volvió á poblar y edificar después de su destrucción completa por los ingleses y portugueses en 1813. Sus hermosas casas al estilo moderno, sus paseos, alamedas y jardines públicos presentan un conjunto muy agradable, y aquello encanta á los bañistas que la habitan durante el verano, los cuales van á buscar allí más bien diversiones y comodidades que salud y descanso de las faenas mundanales.

Situada entre el río Urumea y la preciosa bahía llamada de la Concha,—la que ofrece ancha playa de menudas arenas á los paseantes,—véanse multitud de magníficos hoteles y lujosas casas de habitación que la rodean.

El hotel en que nos alojamos (“El Continental”) tiene un balcón que mira sobre la playa y el círculo grandioso de la ensenada. A la derecha se levanta el monte Orgullo, coronado de fortalezas y un castillo; á la izquierda se encuentra el monte Igueldo; y entre estos dos cerros, la isla de Santa-Clara, llena de arboledas y rodeada por las mugientes olas que se estrellan contra sus riberas erizadas de rocas en algunas partes.

Más afuera veíase el mar negro y encrespado, batido por el viento, y una lluvia continua entenebreceía el paisaje tan bello cuando lo ilumina el sol. Las nubes grises y tristes dejaban filtrar chorros de agua que inundaban las calles y caían sobre los balcones con monótono sonido. El tiempo no estaba ciertamente propicio para bañarse ni para pasear, así es que la playa estaba solitaria, y las casillas de madera que deberían albergar á los bañistas, abandonadas y deshabitadas.

Nosotras también nos vimos obligadas á quedarnos, después de haber salido un momento por ver algo, en el salón del hotel, en donde pasámos una ó dos horas escuchando la tonta conversación de algunos de los alojados allí.

Al siguiente día, temprano, volvimos á salir. El cielo se había despejado, la lluvia había cesado, pero el mar continuaba alborotado y borrascoso, así es que pocos eran los que se atrevían á sumergirse dentro de las olas que azotaban la playa y espumosas se rompían sobre la arena.

Tomámos un carruaje y mandámos al cochero que nos llevara á los lugares más interesantes de la ciudad. En primer lugar visitamos dos iglesias: la de Santa María y

la de San Vicente. En la primera el coro es muy notable, así como la ornamentación algo exagerada de los altares. La segunda, que tiene la particularidad de ser de estilo gótico puro en el exterior y de estilo del renacimiento en el interior, no nos llamó la atención absolutamente. Una y otra tenían sin embargo el carácter español, que no habíamos visto desde que salimos de Bogotá, á saber: esculturas de madera dorada en los altares y grandísimo número de santos por todas partes. A esto añadiremos los muchos mendigos en las puertas, lo cual afortunadamente no se acostumbra en Colombia.

De allí fuimos á dar un paseo por la orilla del mar. A cierta distancia del sitio en donde se bañan todos vimos dos hermosas tiendas de campaña, con la bandera española, amarilla y encarnada.

—Allí es, nos dijo el cochero, en donde viene á tomar baños de mar la Reina Regente, así como el niño Rey, cuya constitución delicada y enfermiza necesita vigorizarse.

—¿Y en dónde vive Su Majestad? preguntámos.

—En un pequeño palacio algo distante de la población. Pero vean ustedes, agregó señalándonos algunos muros que se construían no lejos de las tiendas de campaña que ha-

bíamos observado ; allí están levantando un palacio para la familia Real, el cual se espera estará concluído antes de dos años.

No podíamos detenernos más tiempo en San-Sebastián, cuyos monumentos no nos llamaban tampoco la atención, y teníamos tanto que ver en otras partes de España, mucho más importantes. Así, pues, ese mismo día tomamos nuevamente el tren, después de enviar directamente nuestros baúles á Madrid, conservando apenas dos maletitas de mano con las ropas más indispensables.

La primera estación en que nos detuvimos algunos minutos fué en la de *Hernani*, fundada esta población por D. Juan I en 1383, renombrada en Guipúzcoa por su patriotismo y por la mucha parte que ha tomado en las revueltas públicas, las guerras civiles y la defensa contra los franceses en la guerra de la Independencia. Además lleva el nombre del héroe de Víctor Hugo, que dió pie á Verdi para componer una de sus más bellas óperas.

El camino férreo continúa por medio de bellos paisajes, subiendo siempre, y atraviesa varios túneles más ó menos largos hasta llegar á *Tolosa*, bonita y antigua ciudad de ocho mil habitantes.

De allí para adelante, hasta llegar á

Zumárraga, el ferrocarril continúa por medio de barrancos escarpados; aquí atravesando abismos por encima de viaductos; allí orillando precipicios, horadando peñas, cruzando por altos puentes de un cerro á otro.

Los trabajos que han tenido que llevar á cabo para construir este ferrocarril son muy importantes y dignos de estudio. Viéronse obligados á hacer una serie de túneles, y para atravesar el río Oria fabricar quince puentes de hierro en menos de 16 kilómetros de distancia, uno de los cuales mide 60 metros de largo.

Después de pasar por la estación de Beasain y abandonar el río Oria, que nos venía acompañando desde Tolosa, atravesámos unos tras otros, con pequeños intervalos de menos de 100 metros en algunas partes, una serie de túneles más ó menos largos. El ferrocarril forma semi-círculos para sobreponearse á las crestas de los cerros y abrirse campo por los lugares menos fragosos y difíciles, hasta que llega al risueño valle de Osmaisteguy, cuna del famoso y valiente jefe carlista Tomás Zumalacárregui.

Al llegar á la estación de Zumárraga, echamos pie á tierra, y siempre azotadas por la lluvia, que no cesaba de caer, nos dirigi-

mos á la estación fronteriza, en donde aguardaríamos á que se formase el tren que debería conducirnos á Bilbao por un ferrocarril de vía estrecha.

Mientras que pasábamos dos horas mortales en una triste y desabrigada sala de espera, arrojámos una rápida mirada sobre las Provincias Vascongadas ó de Vizcaya (1) á las cuales vamos á penetrar.

(1) Vizcaya significa en vascongado, dicen unos, *tierra montañosa*; pero otros hacen derivar esta palabra de *Bits-caya*, costa espumosa.

CAPÍTULO II

UNA OJEADA HISTÓRICA, CAMINO DE BILBAO.

Las antiguas Provincias vascongadas,—á saber: *Alava*, *Guipúzcoa* y *Vizcaya*, llamadas *Vasconia*,—formaban en los tiempos prehistóricos una nación independiente, enteramente distinta de los demás pueblos diversos que poblaban el resto de Iberia.

Dicen leyendas y tradiciones antiquísimas, conservadas siempre por los Vascos con religioso respeto, (fundándose en un dicho del historiador hebreo Josefo), que la Basconia ó Vasconia fué poblada por los hijos de Tubal ó Jobel,—nieto de Noé,—quienes vinieron desde Armenia, llegaron á los Pirineos, los atravesaron y al fin se establecieron, dicen, en las orillas de la bahía de Vizcaya (1) y allí promulgaron el culto del verdadero Dios. Fundan algunos historiadores vascongados su orgullo en que ellos antes que los otros pueblos de España tuvieron antepasados

(1) En prueba de ello, algunos eruditos citan nombres de ríos y de lugares que son parecidos á otros de la Armenia.

que no eran idólatras sido adoradores de Jehová, en tanto que sus vecinos estaban entregados á la barbarie.

Merced á la aspereza de las montañas tras de las cuales se defendían, los Vascos nunca fueron conquistados por los Romanos, ni allanados por los Godos, ni sojuzgados por los Arabes; de manera que allí más que en ninguna otra parte de España se podrá estudiar con certeza el carácter y hasta las costumbres de los Iberos del Norte de la Península Hispánica.

Después de muchos combates sangrientos con los Romanos, los Vascongados ajustaron un tratado con los amos del mundo, por el cual, en cambio de un tributo, conservarían intactas sus leyes, sus fueros, sus costumbres y su lengua *euskara*; esa lengua que muchos consideran como la más antigua del mundo. (1)

(1) Tanto el Príncipe Luis Luciano Napoleón, —que ha recorrido los Pirineos estudiando las antigüedades vascuences,— como otros arqueólogos, han encontrado analogías entre la lengua vascuence y la etiópica. Su alfabeto se compone de 28 letras, entre las cuales se halla el *t-z* y *t-s*. Se divide en tres dialectos: el guipuzcoano, el labaritano y el vizcaíno. Hay sílabas para distinguir localidades, como los acabados en *egui*, que significan sitio angular ó espinoso, é *ibar*, que quiere

Convertidos al cristianismo muy á raíz de la éra moderna, según la piadosa tradición de todas aquellas provincias por uno de los discípulos de Nuestro Señor Jesucristo, Santiago el Mayor, cuando los Godos arrianos invadieron la Península Ibérica nunca pudieron entrar victoriosos á las Provincias vascuences, ni tampoco introducir su herejía, como sucedió en todo el resto de España. Siendo los Arabes en el siglo VIII dueños y señores de toda la Península, salvo parte de las Asturias y el país de los Vascos, éstos se unieron para defenderse con tanto ánimo y constancia que los Moros abandonaron al fin la intención de someterlos, y acabaron por retirarse para siempre de aquellos sitios que no lograban sojuzgar.

En breve la confederación formada por los Asturianos, los Vascuences y los Gallegos se disolvió, y cada uno de estos reinos nombró un caudillo propio é independiente. El primer señor de Vizcaya se llamó Lope Zuria (870); pero su nombramiento lo hacía libremente el pueblo, y el sucesor no debía ser su hijo si éste no era querido en el país.

decir *llano*, como *mendi* significa *monte*, y *goyen* arriba. A pesar de todo parece que en cuanto á la cantidad de palabras, dice Vinson, es una de las lenguas más pobres del mundo.

Desde entonces la elección del caudillo ó señor (que jamás se llamó Rey), de Vizcaya, se hacía siempre debajo de un árbol cerca del pueblo de Guernica. Allí mismo los caudillos ó jefes de cada familia se reunían para recibir el juramento del señor. Este prometía guardar los fueros vizcaínos, acatar sus privilegios, amparar las costumbres y rendir justicia á todos por igual, ricos y pobres, humildes ó poderosos. (1)

Los vizcaínos guardaron su independen-

(1) "Será D. Zuria reconocido, constituido y nombrado por todas las Juntas, pueblos, anteiglesias, merindades é individuos vizcaínos, por único y universal señor de Vizcaya..... No podía quitar, dar ni acrecentar fuero, ley ni privilegio sino estando en Vizcaya bajo el árbol de Guernica en Junta general y con acuerdo del pueblo vizcaíno..... No podía fundar villas sin placer y consentimiento de todos los vizcaínos convocados en su Junta general..... Se obligaba á amparar, defender con todas sus fuerzas á sus súbditos, á guardar á los vizcaínos todas sus franquicias, libertades, fueros y buenas costumbres sin menzuarlas ni alterarlas en manera alguna etc. Quedando desde entonces Estado perfecto, República ordenada y señorío absoluto é independiente, el que antes era un agregado voluntario de gentes gobernadas á su modo con una mezcla de Aristocracia y Democracia, relativa sólo á la conservación de los comunes intereses."

(*Historia general de Vizcaya por Iturriza y Zabala*).

cia y nacionalidad hasta la época de D. Pedro el Cruel, el cual, entrando á fuego y sangre en las Provincias vascongadas (1358), las incorporó al Reino de Castilla.

Agradecido el Rey de Castilla al Príncipe de Gales, que había ido de Inglaterra á ayudarle contra su hermano D. Enrique, quiso ofrecerle el señorío de Vizcaya, pero los vascongados se manifestaron tan adversos á semejante proyecto, que tuvo que renunciar á él, y para tenerlos contentos fue personalmente á jurar que conservaría sus fueros, sus leyes y privilegios, y bajo el árbol de Guernica tomó el título de Señor de Vizcaya. Esto mismo hicieron todos los demás Reyes de Castilla hasta los últimos siglos. Los vizcaínos poseen aún muchos de sus antiguos privilegios y libertades, de los cuales no gozan los demás españoles. Allí no hay levass de marineros ni quintas de militares, ni estancos de tabacos, ni papel sellado, y hasta se desconocen las leyes de aduana.

Como sucede entre los pueblos que habitan países montañosos, los primeros caseríos se fueron formando en las eminencias en torno de los castillos ó *échalteas* en donde vivían los *parientes mayores* ó *infanzones*. Por todas partes se ven señales de aquellos

castillos, que nunca pertenecieron á señores feudales, como sucedía en Francia y en Alemania. Estas moradas de los *parientes mayores* carecían de puentes levadizos y de muros exteriores de gran fortaleza; no eran sino casas más grandes que las de los pobres, y nada más.

En la hoy Provincia de Guipúzcoa contaban antiguamente veinticuatro familias de *infanzones* las cuales eran honradas particularmente porque sus antepasados se habían distinguido en la defensa de sus fueros, libertad é independencia. Los Vascuences no reconocen superioridad en los más ricos; todos se consideran nobles, y hasta el más triste labriego tiene su blasón y armas ganadas por algún antepasado sobre los campos de batalla. Muchas familias pobres que trabajan personalmente sus campos, son descendientes de héroes que combatieron contra los Romanos y los árabes, y conservan aún el recuerdo y los anales de aquellas hazañas.

Por ejemplo: los habitantes actuales del valle de Roncal,—cuya población se divide en siete aldeas,—las cuales entre todas sólo cuentan cinco mil habitantes; se enorgullecen con sus blasones y nobleza, que proviene nada menos que del siglo VIII. Refieren que habiéndoles llevado á combatir á los

Moros su señor y caudillo Asnar Fortunio, éste, para recompensarles por su pujanza y valor en defenderse y vencer al enemigo, les extendió á todos cartas de nobleza y les permitió escoger el blasón que de su gusto fuera. Por cierto que hasta las personas de ideas más democráticas no podrán menos que respetar una hidalguía fundada en el recuerdo de hechos heroicos, y que no pertenece á una sola familia sino á los habitantes todos de una aldea ó de un valle.

No han llevado títulos ni los apetecen, porque los Vascongados se han considerado siempre iguales entre sí, y aman demasiado su independencia y libertad para admitir un distintivo que humille á unos y exalte á otros.

Al fin se arregló un corto número de *wagones* para pasajeros y para mercancías, encabezados por una pequeña locomotora, y se dió la señal de la partida.

Desde un principio vimos que aquel ferrocarril era diferente de cuantos habíamos visto hasta entonces en España, y ciertamente es este el estilo de los que convendrían en los Andes. Construído para llevar carga y pasajeros hasta los sitios escarpados en donde se encuentran las poblaciones, han

logrado que los trenes hagan las más curiosas y extraordinarias maromas por enmedio de aquellos riscos: suben paulatinamente hasta las cumbres de los empinados cerros, caracoleando por la cúspide de ellos, para después bajar hasta el valle de *Anzuola* por enmedio de risueños y cultivadísimos campos, y se detienen en la histórica villa de *Vergara*, preciosa población que ha tomado siempre parte activa en las guerras y revueltas públicas. Allí, después de largos años de combate, firmaron los *Carlistas* y los *Cristinos* un convenio con el cual pusieron fin á la guerra civil en 1839.

Continuámos nuestra marcha, muy interesadas en contemplar las dificultades que habían vencido los ingenieros constructores de aquella vía. Desde las ventanillas de nuestro wagón veíamos el tren dar vueltas y revueltas y semicírculos por aquellos riscos, de suerte que al mismo tiempo teníamos á la vista la locomotora y la cola del tren. Ya subía jadeante y con lentitud una pendiente; ya bajaba presuroso, orillando precipicios y rampas, y atravesando por puentes en seco de un cerro á otro; otras veces se internaba por entre peñascos ó atravesaba un valle poblado de caseríos rodeados de árboles frutales, viñedos, sementeras de maíz

y de patatas. En unas partes veíamos un molino de agua, cuya rueda hacía saltar la blanca espuma; en otras un edificio con muchas ventanas, moderno y sin carácter: era éste una fábrica de acero, que las hay numerosas en aquel país. Sobre la cumbre de una colina se presentaban los derruídos murallones de alguna casa antigua de *pariente mayor*, y más lejos alegres quintas á cuyas puertas jugaban grupos de niños.

A cada paso nos deteníamos en alguna estación y atravesábamos un arrabal de vieja villa, circundada de almenadas murallas ya en desuso. Por el aspecto de todo el país parece próspero y alegre, pintoresco siempre, poblado y cubierto de campos cultivados.

Sin embargo, bajaba el sol sobre el horizonte, y en breve se ocultó tras de aquellas serranías. Pasámos á media luz por la estación de la villa de Durango, que se encuentra ya en terreno plano, y dista unas pocas leguas de Bilbao. Esta población fué patria de uno de los Arzobispos de Santafé de Bogotá, el Ilustrísimo Señor Julián de Cortázar

Llamóse esta villa antiguamente Tábira y fué fundada á fines del siglo XII. Quedan aún en pie, nos dijeron, cuatro de las puer-

tas de las fortificaciones que la rodeaban, cuyas llaves fueron entregadas con gran solemnidad á la Reina D^{na}. Isabel la Católica en 1483, cuando estuvo en Vizcaya á jurar los fueros y privilegios de aquel Señorío.

Nos detuvimos sólo en otra estación antes de llegar á Bilbao: en Zornosa ó Amoreoceta.

CAPÍTULO III

BILBAO.

Llegámos á Bilbao á las nueve de la noche, y nos dirigimos inmediatamente al hotel de Inglaterra, en donde nos aguardaban cartas de familia.

Esta próspera y hermosa ciudad de cerca de 20,000 habitantes, está situada sobre las riberas del río Nesvión. Dista dos leguas de la orilla del mar. En el puerto de Portalaguete se detienen los navíos de alto bordo, pero eso no impide llegar á la ciudad á multitud de embarcaciones de todas clases, y se nota en todas las orillas del río una grande actividad comercial, sobre todo en la nueva Bilbao, que se está levantando á toda prisa frente á la antigua. Allí se ven trazadas hermosas y anchas calles, y largas hileras de casas modernas surgen por todas partes.

Es esta población menos antigua que otras muchas de Vizcaya; tuvo su origen en un caserío de pescadores que, dicen algunos historiadores, llamaban *Biribilbao*, (que significa en vascuence *recodo redondo*). Fué fundada solemnemente por D. Diego

López de Haro, en Junio de 1300, quien le concedió privilegios, fueros y una franquicia, y libertad de acción y de gobierno, que aún conserva en gran parte.

No son muchos los varones renombrados en la Historia que nacieron en Bilbao y que se hicieron notables en las antiguas colonias españolas de América; sin embargo señálanse algunos de los conquistadores del Istmo de Panamá, así como varios Presidentes y Gobernadores y un Obispo de Arequipa y de Quito,—el Ilustrísimo Señor Agustín de Saravia,—quien había vivido y dejado buenos recuerdos en Cartagena de Indias.

Bilbao ha ido cobrando cada día mayor prosperidad, con motivo de la explotación en grande de las riquísimas minas de hierro que se encuentran casi dentro de la ciudad misma. En las fundiciones que se levantan allí trabajan el hierro y lo exportan bruto (hasta cerca de cuatro millares de toneladas por año) á Inglaterra y á otros países.

Al día siguiente de nuestra llegada,—era domingo,—salimos temprano á oír misa en una iglesia vecina. Si en San Sebastián encontramos retratadas en parte las costumbres que nos legaron los españoles en América, en Bilbao éstas ya son enteramente las mismas. En las iglesias hay poquísimas si-

llas y bancos en donde sentarse con alguna comodidad. Las mujeres, tanto señoras como plebeyas, se sientan en el suelo desnudo, ó llevan asientos de mano, y se cubren la cabeza con un mantón de gasa ó de encaje negro, mientras que los hombres oyen la misa de pie á las puertas de las iglesias.

Gran desengaño nos causó la poca devoción que se nota en toda España, tanto entre los hombres como entre las mujeres; al menos no la manifiestan dentro de las iglesias. Están éstas siempre,—aun en los días de sus mayores fiestas,—muy poco concurridas, y los que allí entran no parecen ocuparse con suficiente respeto de las ceremonias religiosas. Me sucedió todo lo contrario en Francia. ¡Cuánto no se ha hablado y se ha escrito acerca de la creciente impiedad de este país! . . . y, sin embargo, id á cualquiera iglesia ó capilla de París, y desde las seis de la mañana la encontraréis frecuentadísima por personas que se manifiestan reverentes, tanto hombres como mujeres. No niego que en Francia hay multitud de gentes que no entran jamás á un templo, y que se mofan de palabra y por escrito de las sagradas ceremonias de la Religión; pero en cambio, las personas que son realmente piadosas lo son con conocimiento de causa, y

son dechados de compostura dentro de los templos.

De veinte años, ó más, á este tiempo,—es decir desde la última vez que estuve en Europa,—el aspecto de la concurrencia de las iglesias de París ha cambiado. Antiguamente asistían menos, muchas menos personas de la burguesía y de la nobleza, y poquísimos caballeros de posición social. Hoy, al contrario, el pueblo bajo está ausente de los templos de Dios, y los llenan caballeros y señoras de la alta sociedad; muchos más caballeros que antes, y quizás menos señoras de las clases acomodadas, de la clase media, porque á muchas de éstas les ha dado por libres pensadoras. El pueblo bajo, los obreros y mujeres de los proletarios, están ausentes de las iglesias, y preguntaréis ¿por qué está Francia sobre un volcán que amenaza estallar? Si los pobres, si los desdichados no abrigan ya esperanzas de mejorar de suerte en la vida eterna, ¿qué no harán en ésta?

Pero volvamos á Bilbao.

Habíamos llevado una carta de recomendación para un caballero, un hidalgo por los sentimientos y la cuna, que vive en Santurce, pequeña población cerca de Bilbao. No bien supo este caballero que habíamos

llegado al hotel de Inglaterra, cuando nos mandó una tarjeta saludándonos, y avisándonos que á las dos de la tarde iría él mismo á buscarnos para llevarnos á comer á su casa con su familia y el Duque de Ribas actual, el cual, como todos lo saben, es poeta, escritor, académico y ha sido diplomático, como su padre, el renombrado D. Angel Saavedra, cuyas poesías son tan populares en todo país en donde se habla castellano.

A la hora dicha se presentó el señor Conde de Doña Marina y, con aquella franca hospitalidad del español que ve en los americanos de las antiguas Colonias de España, hermanos que vuelven á visitar el solar de sus mayores, nos acogió con suma atención y amabilidad, y durante el viaje hasta San turce,—que duró una hora en ferrocarril y bote en el río,—nos fué explicando lo que teníamos delante.

El sol picaba fuertemente cuando llegámos á la puerta del jardín que da frente á la quinta de nuestro atentísimo anfitrión. Pocos momentos después fuimos introducidas en una preciosa galería de cristales que da vista sobre el mar. En aquel recinto se hallan reunidas toda especie de curiosidades antiguas y modernas, muebles que son tesoros de arte, cuadros de maestros famosos, pre-

ciosidades de todo género acumuladas allí por el buen gusto de la señora de nuestro anfitrión. Pero mejor que todo aquello fué para nosotras la acogida amabilísima de los dueños de casa, así como la de su tío el Duque de Ribas, tipo acabado del caballero, digno descendiente de una de las familias más nobles de Castilla, por su nacimiento y sus acciones.

Allí pasamos algunas horas agradabilísimas; encontrando que aquella familia tan culta (la dueña de casa es hija de otro literato y gran aristócrata, el Marqués de Heredia), estaba al corriente de la literatura colombiana, y conocía poesías de los dos Caros, de D. Joaquín Ortiz y de otros vates de mi patria. Leyeron algunas composiciones de los Duques de Ribas, y conversámos sabrosamente sobre diferentes materias. Sin embargo era preciso partir; teníamos que aprovechar el fin de la tarde para alcanzar á ver algunos de los monumentos de Bilbao.

Acompañadas siempre por el señor de Liñán, Conde de Doña Marina, atravesámos el río en una barca, y, después de recorrer un muelle y algunos malecones, llegámos á las puertas de la famosa Universidad, regida por la Compañía de Jesús. Magnífico edificio fundado en la anteiglesia de Deusto,

al pie de una alta colina coronada por una ermita.

Había olvidado explicar que en las provincias vascongadas llaman las parroquias *anteiglesias*. Este nombre viene de que antiguamente los habitantes de las parroquias y aldeas se reunían delante de las iglesias, —por no tener casas consistoriales,—y allí los *parientes mayores* administraban justicia patriarcalmente, otorgaban documentos y ponían en ellos estas palabras: *Ante la puerta de la iglesia tal, hemos acordado el día tal, de tal año* etc.

Deusto se puede decir que es hoy un barrio de la ciudad de Bilbao, pero antiguamente era una población aparte con su iglesia parroquial, sus regidores y asambleas etc. En el área que ocupaba su antigua iglesia parroquial es en donde se halla la Universidad. Gracias á nuestro amable compañero, que es tan conocido y apreciado en Bilbao, logramos entrar dentro del edificio y, por ser época de vacaciones de los alumnos, visitarlo todo. Es este plantel de educación uno de los mejores de España: en él sólo admiten jóvenes de 18 á 22 años que deben acreditar que pertenecen á familias honorables. Nos lo hizo visitar el señor Prefecto del establecimiento, el amable Pa-

dre Jiménez Sánchez, quien nos condujo á los inmensos salones de estudio, á la hermosa biblioteca, á los espaciosos refectorios ; y “ como es preciso, nos dijo el señor Prefecto, tener contentos á los jóvenes y proporcionarles diversiones inocentes,” les han hecho salas para jugar billar y arreglado campo para el juego de la pelota, diversión popularísima en todas las Provincias vascogadas. Además nos abrió las capillas: una pública y lujosamente aderezada, y otra más sencilla en el interior.

—¿ Y el Padre Coloma no está ahora en Deusto? preguntó nuestro compañero.

—No, contestó el Padre Sánchez; ha ido á tomar las aguas en Cestona. Trabaja mucho y su salud se reciente.

—¿ Qué lástima! exclamámos; ¿ con cuánto gusto hubiéramos visto á este renombrado escritor!

Hubimos de contentarnos con que nos señalara de lejos la puerta de su cuarto y la ventana de éste por fuera, la cual mira sobre la ría, y de allí se descubre un hermoso paisaje.

Visitámos después algunas calles características del Bilbao viejo. Estas son más anchas que las de otras ciudades de España, más cuidadas, y empedradas con aseó. Como

era domingo, todos los burgueses estaban de pasco. Notámos que éstos tienen un aspecto de bienestar y de contento como en ninguna otra parte de la Península. Aquí todos son trabajadores é industriosos y carecen de aquel carácter inerte y perezoso que impide en otras partes que las poblaciones adelanten y sigan por las veredas que les señala la actual civilización. Hoy el que se detiene en la vía del progreso retrograda, y con dificultad España, que anda siempre despacio, podrá alcanzar á las otras naciones que le han tomada la delantera.

A cada momento pasaban grupos de familia con sus vestidos domingueros; los padres llevaban á remolque tropas de alegres chicuelos; por todas partes se oían risas y gritos de contento, y en ninguna notamos desórdenes ni gente embriagada. Esta es una de las cualidades de los españoles; éstos tendrán defectos y vicios, pero jamás se verá un hombre, y mucho menos una mujer, embriagada por la calle ni en los lugares públicos.

El vicio de la embriaguez, tan común en todas las Repúblicas Sud-Americanas, no ha sido herencia de los españoles sino de los indígenas que poblaban la América.

Visitámos algunas iglesias, entre otras, la

de *Santiago*, que es la más antigua y fué reedificada al principio del siglo XV. Sin embargo, es ésta una de las de menos mérito arqueológico de cuantas vimos en España. Está desfigurada por un órgano de mal gusto y por disformes tribunas.

Bilbao posee hermosos paseos públicos. El más de moda y frecuentado por los elegantes y las señoritas de más tono de la ciudad, es el llamado del *Arenal*. Como éste se hallaba frente al hotel en donde estábamos alojadas, desde nuestros balcones podíamos ver cómo se reunían allí, al caer la tarde, los jóvenes de uno y otro sexo, los cuales aparecían y se ocultaban entre los árboles, y paseaban de un lado á otro formando grupos y escuchando una banda de música que tocaba en un vecino kiosko. Cuando llegó la noche se encendió la luz eléctrica, y hasta muy tarde estuvimos escuchando la música y oyendo el rumor de las voces en el paseo.

Al siguiente día volvió nuestro cortés amigo, el señor de Liñán, y en un cómodo coche nos llevó á visitar varios otros monumentos de Bilbao.

En primer lugar deseábamos ir al santuario de la Virgen de BEGOÑA, devoción popularísima entre los marinos Vascongados y entre los habitantes de todo el país.

Como Deusto, la anteiglesia de Begoña era antiguamente, no un barrio de Bilbao, como es ahora, sino una población independiente con su gobierno propio.

Hállase la iglesia sobre una colina á alguna distancia del poblado, rodeada de altos y seculares árboles. Es grande, oscura, triste. La venerada Virgen es enorme: se encuentra sobre el altar mayor, rodeada de multitud de ciriales, de candelabros y arañas de maciza plata, regalo de magnates de otros siglos; así como de piadosos exvotos de todos tamaños, ofrecidos por los marinos que se encomendaron á la Virgen de Begoña en las horas de peligro y fueron protegidos y salvados.

Según la leyenda, la imagen fué encontrada en el interior del tronco de una encina colosal, una de aquéllas que aún se conservan, y en el mismo punto en que hoy se halla la iglesia.

Por allí cerca se encuentra una Casa de Misericordia, rodeada de jardines, huertas, hortalizas, hermosas arboledas. El objeto de ella es ofrecer albergue, alimentación y asilo permanente á ancianos desvalidos y niños desamparados de las vecinas poblaciones. En la iglesia se venera, y el establecimiento está dedicado á San Mamés, santo vascon-

ce, del cual yo no tenía noticia. Fué fundada esta casa durante el Reinado de Carlos III, y su gobierno está á cargo del Alcalde y de los principales miembros del Ayuntamiento de Bilbao, los cuales se reúnen una vez por semana para ventilar los asuntos del Hospicio. Allí mismo viven un Director, un Capellán, los maestros y empleados necesarios; así como cierto número de Hermanas de la Caridad. Este establecimiento es un modelo en su género, y las reglas de él podrían estudiarse en Colombia con buenos resultados. Con mucho gusto vimos allí á multitud de ancianos limpiamente vestidos, y también á muchos niños huérfanos de todas edades, que aprendían diferentes oficios. Ancianos y niños, todos tenían el aspecto de serena alegría, que es el resultado de una vida adecuada á sus necesidades y propensiones naturales.

Después de visitar el Hospicio de San Mamés, fuimos á recorrer los alrededores de la ciudad, la cual contemplámos desde lo alto de una colina, y nos sorprendió ver la multitud de iglesias y conventos cuyas torres se levantan por todas partes. Y esto no solamente dentro de la población, sino en los contornos: en cada eminencia, en cada hondonada, en dondequiera que la naturaleza

del terreno lo permite, allí se ven blanquear las paredes de algún monasterio, erguirse algún campanario ó brillar la cruz que corona una ermita; sagrados santuarios erigidos por la piedad de los antiguos habitantes de Bilbao.

Bajámos á la ciudad, y nuestro amable amigo nos llevó á la casa de educación que tienen allí las Religiosas del Sagrado Corazón de Jesús, la cual paseámos, merced á la Madre Directora, que tuvo la bondad de enseñarnos el hermoso, aseadísimo y moderno plantel, en el cual se encuentran unidos á las sanas prácticas piadosas de otros siglos, los modernos sistemas de los presentes tiempos.

Vimos una iglesia de la Compañía de Jesús, de un estilo churrigueresco sumamente curioso, y, en el salón de recibo de un vecino colegio, á un compatriota nuestro recién llegado al noviciado.

Volvimos á pasar el río en barca para entrar en el nuevo palacio del Ayuntamiento. Edificio es éste como no lo tiene ninguna otra ciudad de España. Se pueden medir la riqueza y la prosperidad de la ciudad, por el lujo de este palacio: escaleras de hermosísimos mármoles, estatuas, esculturas y bajos relieves artísticos por todas partes; cortina-

jes, tapices riquísimos; muebles del mejor gusto, cristales costosos en las ventanas, cuadros, arañas, lámparas elegantes; todo allí demuestra que no se pararon en gastos, y que el dinero abundaba, así como el gusto exquisito de los encargados de la obra.

CAPITULO IV

DE BILBAO AL VALLE DE LOYOLA.

Acompañadas hasta la estación de ferrocarril por el hospitalario y atentísimo señor de Liñán, cuya franca amabilidad no olvidaremos nunca, tomámos el tren que debería conducirnos hasta la estación de *Malsaga*, por el mismo camino que habíamos llevado al ir de Zumárraga á Bilbao.

Algunas horas después nos desmontámos prontamente con nuestras maletas, pasámos la vía y nos metimos en otro tren que estaba á punto de partir para la anteiglesia de Elgoibar, á la cual llegámos unos minutos después. Allí nuevos afanes y carreras para tomar asiento en una pequeña diligencia que llevaba pasajeros al valle de Loyola.

Eran más de las cinco de la tarde cuando, después de muchos estrujones, nos encontramos al fin instaladas con nuestros haberes dentro de la diligencia.

¡Nada más incómodo y apretado que aquel vehículo! De un lado íbamos las dos y una señora francesa; y del otro, acuñada con varias maletas una mujer del país, semi-señora,

semi-aldeana. Vestía un traje anchísimo y se cubría la cabeza con un mantillo de gasa negra. Era muy grande, muy huesosa, de facciones de estatua, bien formadas pero demasiado pronunciadas: el tipo de la mujer vascoence de los campos, pero, según éstos, tan hidalga y de sangre tan azul como el más encumbrado grande de España. Llevaba consigo á una niña de unos doce años, callada, de aire meditabundo y triste.

No bien se puso en marcha la diligencia, arrastrada por tres mulas briosas, animadas por el mayoral, que corría detrás á pie y las picaba é interpelaba sin cesar, cuando la señora que tenía yo al lado llamó á un joven que iba cerca del cochero, separado del interior de la diligencia por una ventanilla.

—¡Oh, hijo mío! exclamó la pobre burguesa, en francés, dando señales de espanto, ¿qué manera de viajar es ésta? Los caballos van desbocados.

—No son caballos, madre mía, repuso el joven, riendo; son mulas briosísimas, y vamos como si nos llevaran los diablos.

—¡Tengo un miedo atroz!

—No tenga usted cuidado, la dije; he oído decir que rara vez se vuelcan estas diligencias.

—¿La señora está asustada? preguntó la mujer del país.

—Así parece, contesté.

La vascuence repuso con solemnidad:

—Dígale usted que no hay peligro; y si lo hubiera, Dios y sus Santos sabrán por qué nos pasa alguna desgracia; estará así previsto por el que todo lo puede.

Le traduje á la francesa lo que decía la otra. Aquello, en lugar de calmarla, le causó mayores inquietudes. Invocaba á Dios y á la Virgen; sacó una camándula del fondo de su bolsillo, y la agarró con ambas manos.

—¡Era de mi madre, me dijo, y ella rogará por mí!

Entretanto seguíamos rodando á todo el correr de las mulas. El mayoral se fatigó al fin y tomó asiento al otro lado del cochero. Subiendo primero por laderas empinadas y bajando después hacia un valle, continuámos nuestra marcha, sin detenernos. A uno y otro lado del camino se distinguían hermosos paisajes agrestes, árboles altísimos en las orillas de hondos precipicios, rocas, montaña cerrada en algunas partes, risueños prados aquí, enmarañados matorrales acullá, pocas casas y sementeras, hasta que llegó la oscuridad de la noche y no pudimos distinguir el país, como lo hubiéramos deseado.

Entretanto que el mayoral descansaba de sus anteriores faenas, el cochero animaba á

sus acémilas con el grito extraño é intermitente de *¡ cha ! ¡ cha ! chaa !* La francesa continuaba lamentándose de su suerte ; el hijo se reía, y sin cesar manifestaba su admiración, ya ponderando el paisaje, ya diciendo que aquel camino por país montuoso era el mejor construído que había visto. Y tenía razón: los caminos reales en España son muy buenos, y saben conservarlos en buen estado. Esta cualidad tampoco la hemos heredado en Sur-América, en donde los caminos de herradura son proverbialmente malos, y no se tiene el cuidado de repararlos cuando se dañan.

La francesa me refirió que era de Burdeos, y como su hijo tenía algunos días de descanso (no dijo cuál era su oficio), se habían propuesto hacer un viajecito por el Norte de España. Todo le había parecido muy interesante, menos dos cosas: la cocina española y esta manera de viajar. La vascuence ó guipuzcoana tomó la palabra apenas se le dió lado, y nos dijo, en términos escogidos, que nos llamaron la atención:

— Vosotras sois de las Américas, ¿ no es así ? Se os conoce por el acento más dulce que el peninsular. Una parienta mía ha vivido en Cuba; yo también iría allá, si pudiese ganar alguna fortuna, ¿ por qué no ? En

todas partes se puede alabar á Dios. Aquí vivimos muy pobremente. El Gobierno nos saca el quilo con las contribuciones que nos echa ; y eso que en las Provincias (1) tenemos mayores franquicias que en Castilla. Por eso es por lo que entre nosotros, que tanto amamos la libertad, somos carlistas, y yo de mí sé decir que seré carlista y partidaria de nuestro legítimo señor hasta la muerte !

—¿ Y esta niña es hija de usted ? pregunté.

—¡ Ca ! Yo no soy casada . . . Esta chica es una parientita mía : la llevo á un convento.

—Como pensionada, sin duda.

—¡ No tal ! Pensamos en la familia que permanezca allí hasta que tenga la edad para profesar.

—Y ¿ tiene acaso vocación ?

—¡ No ha de tener ! Ella sabe que en un monasterio se vive feliz, orando siempre y sólo para Dios. ¿ Qué más se puede desear ? Eso se lo hemos dicho todos . . .

—Entretanto la niña escuchaba discutir su suerte en silencio, los ojos fijos en la oscuridad interior, iluminada su faz pálida y triste por los farolillos que habían colocado dentro de la diligencia. ¿ En qué pensaba ?

(1) Alava, Guipúzcoa y Vizcaya.

¿ Aceptaba con gusto ó sólo con resignación la suerte que le habían señalado los parientes ? ; Quizás ; pobrecilla ! se había rebelado y la llevaban contra su gusto. Durante las cuatro horas que permaneció á nuestro lado no la oímos decir una palabra, ni parecía tomar interés en lo que sucedía en torno suyo.

Rodando, rodando sin cesar, sin pararnos en parte alguna, al fin á las ocho de la noche llegámos repentinamente á un pueblo. Salímos de la oscuridad y, cuando menos lo pensámos, nos vimos en una calle iluminada por luz eléctrica y colmada de gente, que rodeó bulliciosamente la diligencia, mientras que el mayoral entregaba las cartas del correo, y el zagal cambiaba las mulas por otras.

— ¿ Qué lugar es éste ? pregunté á la elocuente guipuzcoana.

— Esta es *Azpeitia*. Aquí nació la madre de San Ignacio, y aquí en la iglesia parroquial fué bautizado nuestro Santo, gloria de la patria guipuzcoana. En la iglesia de Nuestra Señora de la Soledad está una magnífica efigie del Santo, de pura plata. . . .

— ¡ Cha . . . Cha . . . Chaa !

Adelante, adelante, seguimos á toda carrera. Atravesámos el pueblo, como el viento,

y de improviso nos encontramos de nuevo en el campo, en la oscuridad, en medio de la soledad; pasábamos por debajo de altos árboles y al lado de rocas que aparecían y desaparecían como sombras.

Una hora después de haber salido de Azpeitia, la diligencia se detuvo delante de una casa á la vera del camino. Habíamos llegado al valle de Loyola. Allí nos desmontamos, mientras que nuestras compañeras continuaban hacia otro pueblo, llamado *Azcoitia*.

Llevábamos una carta de recomendación para los dueños de una humilde y limpia fonda que se encuentra frente al puente que divide el camino real del santuario, que se ha edificado en torno de la casa solariega de San Ignacio de Loyola.

No bien hubimos entregado la carta, cuando todo el personal de la casa se deshizo en amabilidades; se pusieron á nuestra disposición los mejores cuartos, y nos trataron con singular cordialidad y hasta con cariño.

El 14 de Septiembre amanecimos en el valle de Loyola y, al asomarnos al balcón de cristales de nuestra alcoba, pudimos gozar del tranquilo paisaje que teníamos delante, el cual no habíamos visto cuando llegamos la noche anterior.

El camino real que liga la villa de Azpei-

tia al Norte con la de Azcoitia al Este, atraviesa en toda su extensión el valle llamado antiguamente Isargui, y hoy Loyola, por encontrarse en él el castillo y casa solariega de la familia de San Ignacio. El camino de que venimos hablando sigue las orillas del angosto río *Uriola*, el cual corre mansamente por el valle, y antes bañaba las murallas almenadas del castillo de Loyola. Hoy lo reemplaza el magnífico y grandioso edificio levantado por la piedad á la memoria del fundador de la Compañía de Jesús.

Celebróse allí, en 1891, el cuarto centenario del nacimiento de San Ignacio.

Permítaseme en breves palabras recordar á mis lectores, por si acaso lo han olvidado, este acontecimiento, es decir, el nacimiento del Santo que aquí se venera.

Desde fines del siglo XII se encuentra en la historia de España, ó más bien en los anales guipuzcoanos, el nombre de los señores de Loyola, pues eran dados á la guerra y, siempre que lo demandaban las circunstancias, tomaban parte en los combates en defensa de su patria. A fines del siglo XV el jefe de la casa se llamaba D. Juan Pérez de Loyola. Era casado con la hija de un señor vecino suyo (que vivía en Azcoitia), llamada Marina Sanz de Licona. Dios había

bendecido aquella unión con trece hijos, siendo el menor de ellos el futuro Santo y fundador de la Compañía de Jesús. Nació en una sala que se convirtió después en oratorio, la cual más adelante describiremos, y fué bautizado, como nos lo dijo nuestra compañera de viaje, en la iglesia parroquial de la vecina ciudad.

Ningún recuerdo existe, sin embargo, en el valle de Loyola, de la niñez de San Ignacio, porque desde muy niño se lo llevó á su casa, en la ciudad de Arévalo, una tía suya que lo crió y le quería entrañablemente. Como en esa ciudad había un palacio real, en donde solían entrar los Reyes de Castilla, desde muy niño el futuro Santo entró como paje en la Corte de los Reyes Católicos, favor que tenían á mucho honor los hidalgos de aquellos tiempos. Sin duda visitaría algunas veces á su familia en su castillo solariego, pero no se tiene noticia con certeza de que lo hubiese habitado sino en los primeros días de Junio de 1521, cuando, muertos ya sus padres, le llevaron allí los franceses malamente herido, después del sitio de Pamploña. Se comprende cuánto influjo poseía el futuro Santo sobre los demás hombres, cuando sus enemigos le cobraron tanta estimación y cariño, que quisieron llevarle por en medio

de aquellos cerros hasta dejarle en manos de su hermano mayor, heredero del castillo de su padre. Animados por un sentimiento de piedad y misericordia, no quisieron separarse del herido sino después de haberle subido por las empinadas escaleras que conducen al cuarto mismo en que había nacido, y que su hermano puso á su disposición, sin duda por ser el más espacioso y cómodo del castillo. Allí mismo fué en donde Dios tocó el corazón del soldado é hizo de él uno de los mayores santos de la cristiandad.

CAPITULO V

LOYOLA.

Nos levantámos con el día; nos vestimos prontamente; salimos de la fonda; atravesámos el camino real; pasámos el antiquísimo puente sobre el río Uriola, y nos dirigimos al imponente y grandísimo edificio que teníamos delante.

El cielo sonreía alegremente herido por los pristinos rayos del sol; cantaban los pajarillos entre el espeso follaje de una doble alameda de árboles que se veía frente al templo; á lo lejos se oían chirriar las ruedas de los carros que pasaban por el camino real, y al pie de las gradas que conducen al vestíbulo del edificio, silbaba una tonada un albañil, que reparaba algún daño en las losas de los escalones.

Se sube al templo por gradas divididas en tres cuerpos: son de piedra tallada con barrantal y balaustres de lo mismo, adornadas con dos grandes leones de mármol y la estatua del Santo.

Entretanto que subíamos lentamente las

gradas, íbamos recordando la historia del magnífico edificio al cual íbamos á entrar. Remeda la figura de una águila con las alas abiertas; las escaleras forman la cabeza, el vestíbulo y la iglesia el medio del cuerpo; las alas son los grandes claustros y viviendas de los Jesuítas, y la cola está construída con diferentes edificios que se han hecho á medida que se han ido necesitando. Débese el templo y Colegio que rodean la *santa casa* de Loyola, guardándola como dentro de un estuche de piedra y mármol, á la Reina D^a Mariana de Austria, madre de Carlos II. Habiéndose agotado los descendientes directos de los hermanos de San Ignacio, pasó el castillo de la familia á los Marqueses de Alcañizas. La Reina entonces pidió á éstos que le cediesen la *casa santa* para entregarla en propiedad á la Compañía de Jesús. En 1682 se pasaron á vivir allí los Padres, los cuales se encargaron de convertir el antiguo castillo de Loyola en un venerado santuario. Dejando intactos los sitios que guardaban los recuerdos del Santo, formaron una iglesia dedicada á la Inmaculada Concepción en las otras partes del castillo viejo, y se ocuparon en la grande obra de la construcción de un Seminario y Colegio.

Un famoso arquitecto levantó los planos.

En una área que mide 11,800 metros cuadrados se encuentra aquel colosal edificio. En su centro se levanta una hermosa cúpula que tiene 60 metros de altura y dos torres, y en contorno los espaciosos claustros, las celdas y demás edificios que deberían servir para la habitación de los Jesuítas ancianos y enfermos, así como para un Seminario y noviciado.

Se complacieron en llevar serpentinas y jaspes finísimos de Italia, mármoles de Granada y de otras partes de España, así como de las cercanas canteras en donde los hay muy bellos; buscaron los mejores artistas y arquitectos, y empezó á levantarse aquel grandioso edificio. Se habían gastado en ello quince millones de reales; y la obra estaba ya al terminarse en todas sus partes, cuando de repente, como deshecha tempestad, cayó sobre toda la Compañía de Jesús el decreto de Carlos III, por el cual suprimía en todos los dominios españoles de Europa y Ultramar la Orden fundada por San Ignacio. Expulsados (1767) de aquellos lugares en donde se habían gastado tantos millones, los Jesuítas tuvieron que abandonarlo todò.

Sin embargo, los vecinos de las cercanas poblaciones se encargaron entonces de aquel monumento á medio terminar, y conservaron

con cuidado los tesoros que encerraba. Pero la invasión francesa al principio de este siglo y las subsiguientes guerras civiles, hicieron grandes daños, y en medio de aquellas revueltas desaparecieron la mayor parte de las riquezas que encerraba la *casa santa*. Con dificultad salvaron una estatua de San Ignacio, de cuerpo entero y de pura plata, que la Compañía guipuzcoana de Caracas había regalado á mediados del siglo XVIII. Comprada por los azpeitianos, hoy ya no está en la iglesia de la Concepción sino en la de la Soledad de dicha villa.

Desde aquella época habiendo regresado los Jesuítas á Loyola, cinco veces más han sido desterrados y otras tantas han regresado; pero no fué sino hasta 1885, ya con mayor confianza, cuando resolvieron continuar la grandiosa obra interrumpida ciento diez y ocho años antes. Merced á la piedad de los vecinos de los cercanos valles, y, sobre todo, á los de las villas de Azcoitia y Azpeitia, al fin se reunieron suficientes limosnas para concluir la fábrica del Colegio, el cual se terminó dos siglos cabales después de haber empezado la obra.

Ya estábamos en el ancho vestíbulo, forrado en ricos mármoles, que ocupa el frente de la iglesia.

Todo parecía solo y silencioso, pero las puertas laterales de ésta se hallaban abiertas; entrámos, y no había nadie tampoco. Los altares se veían sin una luz; la iglesia abandonada. Allí no debían de decir misa. Salimos otra vez al vestíbulo, y noté que cerca de una puerta, á la izquierda, pendía el cordón de una campanilla; tiré de él, y en el momento se abrió la puerta y se presentó un joven portero, que nos preguntó qué deseábamos. Le dijimos.

—Síguenme ustedes, nos dijo atentamente, y las llevaré á donde descan.

Pasó adelante, y por una serie de antiquísimas y empinadas escaleras, nos condujo á un gran salón dividido por una reja de hierro. En la parte exterior se veían multitud de confesionarios de madera esculpida; y en la interior vimos que estaban diciendo misa delante de un altar riquísimamente aderezado.

En aquel recinto todo el que llega encuentra siempre confesor y en seguida entra en la pequeña capilla, en donde sin cesar se dice misa desde antes de aclarar el día hasta la una de la tarde.

Cumplidos nuestros deberes religiosos regresámos á la fonda; nos desayunámos y volvimos á la *casa santa*, llevando una carta

que nos habían dado en Bilbao para el Ministro del Colegio de Loyola (1)

Llamámos de nuevo en la portería; preguntámos por el Padre Vinuesa y le enviámos la carta de recomendación.

Momentos después se presentó el Ministro en persona, y con una afabilidad singular nos acogió.

—Con mucho gusto, nos dijo, señalaré á ustedes personalmente cuanto se puede ver en este edificio: no todo, añadió, porque el Colegio goza de clausura.

Inmediatamente nos condujo al exterior de la *santa casa*, la cual se conserva intacta, tal como estaba en el siglo XV.

—Se ha hecho particular estudio, nos dijo, en conservar los muros exteriores é interiores en el mismo estado en que se hallaban en tiempo de San Ignacio. Forma esta parte un cuadrado de 16 metros de ancho y otro tanto de altura. Como lo ven, la parte baja está formada con gruesas piedras sin pulir, y del primer piso para arriba es de ladrillo; estructura que se nota en todas las antiguas casas de las vecinas villas. Los muros miden cerca de dos metros de espesor. La pequeña puerta ojival que ven aquí es la antigua en

(1) El Ministro es el Superior del Colegio á cuyo cargo está todo el gobierno y encargos de la casa.

trada del castillo; encima están esculpidas las armas de la casa de Loyola: dos *llares* (cadenas) *negras* y dos lobos pardos con una caldera colgada de las cadenas ó *llares* (1).

De allí nos hizo entrar en la iglesia llamada Capilla de la Inmaculada Concepción, la cual fué construída por los primeros Padres que fueron á Loyola en 1682. Allí no se dice misa hoy día, nos explicó el amable Ministro, y está destinada á ejercicios espirituales durante la peregrinación que allí va de toda Guipúzcoa y de la mayor parte de las ciudades de España, el 31 de Julio de cada año. Este templo, de estilo churrigueresco, sobrecargado de adornos, se considera no de muy buen gusto. ¡Qué de mármoles, de dorados, de bajos relieves, de suntuosos adornos hay allí! La cúpula se levanta hasta 56 metros de altura: es de piedra tallada y débilmente iluminada por ocho ventanas que dejan penetrar hasta la Capilla una claridad tenue y fría.

Subimos después los tres tramos de escalera que habíamos ya visto esa mañana, y entrámos á la especie de antesala en donde

(1) Parece que la caldera simbolizaba la Ricahombría de los señores de Cantabria, y los lobos el denuedo que debería caracterizarlos en la defensa de su patria y sus franquicias.

están los confesionarios. Como ya no era hora de misa, entrámos detrás del enrejado en donde está el altar mayor, situado, según la tradición, sobre el lugar que ocupaba la cama del Santo durante su enfermedad, en el mismo aposento en que había nacido.

El suelo y la parte inferior de las paredes están cubiertos con finísimos mármoles, y lo de arriba estucado. El techo, que es muy bajo, está forrado en madera tallada y dorada, y de trecho en trecho se ven pinturas al óleo, alusivas á la vida de San Ignacio, desde su bautismo hasta su muerte.

El Padre Vinuesa nos hizo subir las gradas del altar mayor, para que pudiésemos venerar de cerca una imagen del Santo. Está de pie y lleva en el pecho una reliquia traída de Roma: un hueso de la mano de San Ignacio. Debajo de la mesa del altar hay otra imagen que le representa recostado; y en contorno lienzos, esculturas, pinturas de ángeles y símbolos dorados; imágenes de San Francisco Javier, de San Francisco de Borja y del Apóstol de Cartagena: San Pedro Claver.

Señalónos, bajo vidrio, una carta del fundador de la Compañía, fechada en Noviembre de 1543; el cinturón ó cingulo que usaba en los últimos días de su vida, y parte de las

cortinas de su cama, todo lo cual había guardado la familia en memoria suya.

De allí pasámos á un oratorio, que era el del castillo de Loyola, y en donde oraban sus padres. Allí hay un pequeño cuadro al óleo que perteneció á Isabel la Católica, quien lo había regalado á una de las abuelas del Santo, la cual había sido su dama de honor. En aquel mismo oratorio dijo su primera misa San Francisco de Borja, cuyo hijo se casó con una sobrina de San Ignacio, uniendo así las dos casas. Un cuadro al óleo representa esa escena.

Por supuesto no pudimos entrar al interior de los claustros del Colegio, en el cual nos dijeron que había hermosísimas huertas, patios espaciosos y jardines.

Al despedirnos de nuestro bondadoso guía, nos dió, como recuerdo de nuestra visita á la *santa casa*, algunas astillas de una de las vigas del cuarto de San Ignacio; la cual habían tenido que cambiar algún tiempo antes, por estar carcomida por el tiempo.

Debíamos de haber partido esa tarde por la diligencia; pero nos gustó tanto aquel bellísimo, sagrado y tranquilo lugar, que resolvimos quedarnos en él hasta el día siguiente, y en lugar de tomar la diligencia, darnos la satisfacción de ir con libertad en un coche

particular, que mandámos conseguir para el día 15, temprano.

Entretanto salímos á pasear, y nos dirigimos á la villa de Azcoitia, por el camino real, que se encuentra en las márgenes del río Uriola. Por allí atravesámos gran parte del valle de Loyola y llegámos muy cansadas á Azcoitia, con esperanza de encontrar allí un coche para el regreso á Loyola. Preguntámos si había alguno en una casa en que se veía este letrero: *Coches enganchados á todas horas del día.*

—No hay ahora, nos contestó una mujer.

—¿A qué horas podría poner uno á nuestra disposición?

—Mañana... si acaso vuelven los que se fueron á Zumárraga... ni encontrarán en Azcoitia coche alguno tampoco.

—¡Cosas de España! pensámos: mucho se promete; poco se cumple.

En esta viejísima villa visitámos la antigua y curiosa iglesia parroquial *Santa María la Real*, cuyo coro tiene esculturas de mérito, como sucede en casi todas las iglesias de España. Al pasar por una calle nos quedámos absortas ante una gran casa que parecía contar muchos siglos de construída, cuyos caracteres son los mismos de la *santa casa* de Loyola, á saber: vetustísimos muros de

piedra sin pulir hasta el primer piso, y de ladrillo de ahí para arriba; balcones de hierro ricamente adornados; angostas ventanas enrejadas alternando con huecos en donde, en otros siglos, disparaban flechas contra el enemigo, y puertas angostas claveteadas con fajas de hierro. Después nos dijeron en la fonda que nos había llamado la atención la mayor curiosidad de Azcoitia: la casa solariega ó palacio del Duque de Granada, Grande de España, por cuyas venas corre unida la sangre de Loyola y la de Borja. No ha querido modernizar el aspecto de la casa de sus mayores, y, aunque tiene propiedades en otras partes de España, todos los veranos va á pasar una temporada en aquel lugar.

Aunque muy fatigadas, fué preciso regresar á pie.

A poco de haber llegado al hotel, nos avisaron que deseaba visitarnos el señor Arcipreste de una de las vecinas villas. Mandámos que entrase á nuestra salita particular. Se nos presentó entonces un sacerdote alto, delgado, con aire marcial, de unos sesenta años de edad, quien nos dijo, con cortesía y amabilidad, que venía á ofrecer sus servicios mientras allí estuviésemos. Dijo que había leído un saludo que nos dirigían en un periódico de Bilbao, *El Basco*, y que con ese

motivo había venido á ver cómo podía ser-
nos útil.

En breve entablámos cordial conversación.
Resultó que era amigo de algunos sacerdotes
españoles que habíamos conocido en París.
Nos refirió hechos de la última guerra civil
en aquellas Provincias, las prisiones y pena-
lidades que había sufrido como carlista que
era; y se despidió al cabo de media hora de-
jándonos muy agradecidas de su visita y
hospitalaria cordialidad.

CAPITULO VI

DE LOYOLA Á BURGOS.—LA CATEDRAL.

A las siete y media de la mañana del día 15 de Septiembre, llegó á la puerta de la posada un coche ligero, con cubierta en forma de paso de procesión, tirado por un par de flacos rocinantes que nos parecieron débiles, pero que resultaron buenos y animosos.

Nos despedimos de nuestros amables huéspedes, hicimos arreglar dentro del coche nuestras maletas, y momentos después perdíamos de vista el magnífico edificio de Loyola y nos hallábamos rodando por el camino de Azcoitia. Atravesámos la villa y continuámos nuestra marcha por el camino real que sigue siempre las orillas del río Uriola, y dando vueltas y revueltas, busca siempre los lugares más llanos al pie de los altos cerros que se levantan á los lados del cauce del río. Dejámos atrás pintorescas casas, rodeadas de sementeras y de huertos; arboledas; torres antiguas sobre escarpadas rocas; hermosos puentes de piedra bruta, más ó menos deteriorados por el tiempo; bosques cerrados y salvajes; riachuelos que bajaban

saltando por las faldas de los cerros ; prados apacibles en los cuales pasteaba el ganado. El camino va subiendo paulatinamente, y nuestros flacos caballos, jadeantes y sudosos, parecían yá fatigados por una carrera seguida y sin reposar en ninguna parte durante dos horas, cuando notámos que las casas se iban multiplicando á uno y otro lado, las cuales se acercaban más y más unas á otras y el camino se convertía en calle. Estábamos en Zumárraga.

El cochero animó con la voz y el látigo á los pobres caballos; éstos hicieron un último y brillante esfuerzo, rompieron á galopar y al fin se detuvieron en la entrada de la estación del ferrocarril que debería llevarnos á Burgos. Pero, como sucede siempre en España, el tren estaba atrasado y tuvimos que esperar una hora antes de tomar asiento en el wagón.

La villa de *Zumárraga* y su hermosa gemela *Villareal*, que están apenas divididas por la corriente del río Uriola, no tienen mayor interés para el viajero, salvo que en la iglesia parroquial de Villarreal, se venera el cuerpo de la virgen y mártir Santa Anastasia: es decir, una de las muchas santas de este mismo nombre que registra el martirologio romano.

Interesante debe de ser, por cierto, este trecho de ferrocarril para los ingenieros, porque aquí se han seguido con gran maestría los trabajos practicados para triunfar de las dificultades que presentan los cerros que tienen que escalar. En una parte tuvieron que hacer catorce túneles consecutivos, divididos unos de otros por ramblas cortadas á pico dentro de la roca viva ó por viaductos, puentes sobre abismos, terreno agrio todo y erizado de peñascos y escabrosidades. Una vez llegado al punto más culminante, empieza á descender hacia el risueño y cultivado valle de *Cegama*; y como en este país el recuerdo de Zumalacárregui se guarda con amor en todas partes, allí, nos dijeron, se encuentra la tumba de aquel Jefe carlista, visitada con singular cariño y respeto por los partidarios del descendiente del hermano de Fernando VII.

De allí para adelante el ferrocarril va en descenso y el paisaje es severo y lúgubre, señoreado por cerros áridos, cuyas aristas se levantan aquí y allí, teniendo á sus pies algunas pequeñas fajas de bosque de color ceniciento.

Pero el sol bajaba yá sobre el horizonte y sus últimos rayos alumbraban oblicuamente las fértiles llanuras de la Provincia de Ala-

va, á la cual entrámos después. Nos detuvimos uno ó dos minutos en pequeñas estaciones y al fin llegámos á VITORIA, capital de aquella Provincia, cuando la oscuridad de la noche cubrió todo el paisaje con su manto nivelador.

Vitoria parece que es una hermosa ciudad que se precia de encerrar algunos bellos monumentos góticos, magníficos paseos públicos, muchísimos colegios perfectamente organizados, y además allí han tenido lugar muchos é importantísimos sucesos políticos, y guarda recuerdos históricos que la hacen en extremo interesante. Pero no podíamos detenernos allí: era preciso que viésemos otras ciudades aun más importantes, y el tiempo era corto.

Cuando salió el tren de la estación, brillaban en el cielo algunas estrellas, pero el suelo parecía cubierto con una gasa gris, al través de la cual veíamos á lo lejos pequeñas aldeas, bosquecillos de árboles, casas pequeñas, grandes edificios, hasta que las nubes taparon todo, cielo y tierra, y las negras sombras de una noche escura nos impidieron ver cosa alguna.

Así pasámos por frente á *Miranda del Ebro*, la primera ciudad de Castilla la Nueva, famosa en la primitiva historia de Espa-

ña, porque fué el límite hasta donde llegó Carlomagno en sus conquistas. En las márgenes del Ebro, río que divide la ciudad en dos partes, se libraron sangrientas batallas en todas las épocas de la formación del Reino de Castilla. Parecíanos ver las sombras de los que allí perecieron levantarse en medio de la oscura campiña.

Así pasámos por PARCORBO, arruinada fortaleza y villa, hundida dentro de un desfiladero, que los moros defendieron largo tiempo de los ataques de los cristianos.

Así pasámos por BRIVIESCA, ciudad amada de Isabel la Católica, y la cual dicen que mandó se tomara por modelo cuando hizo edificar á Santafé, frente á Granada.

Así pasámos por la estación de QUINTA-NAPALLA, aldea infeliz, en medio de áridas llanuras, á la cual Carlos II, el Hechizado, salió á recibir á su novia, la triste María Luisa, sobrina de Luis XIV. ¡Desdichada joven! Arrancada de Francia, después de que se la permitió amar al Delfín, fué sacrificada á la *razón de Estado*. Entregada á un Rey casi loco, vivió atormentada y murió, se cree, envenenada por las intrigas y ambiciones de los que buscaban otra *razón de Estado* en la muerte de la Reina. Desgraciada como todos los descendientes de Carlos

I de Inglaterra, de quien era nieta, María Luisa de Borbón debió comprender su suerte, cuando vió el horrible pueblecillo en donde se unió con el Rey de España.

Llegámos á BURGOS á las nueve y media de la noche, y nos alojámos en el mejor hotel de la ciudad, llamado de *París* ó de la *Rafaela*, el cual es uno de los peores que encontramos en España, por su desaseo y mala administración.

Antes de las ocho de la mañana salímos á buscar la Catedral : era inútil preguntar el camino ; su enorme mole sobresale por todas partes.

Pasámos por debajo del famoso *Arco de Santa María*, del cual hablaremos después, y á pocos pasos nos encontramos frente á los muros exteriores de la Catedral, cuyo aspecto sorprende, anonada, al que por primera vez contempla sus afiligranadas almenas, sus torreones esbeltos, sus enhiestas torres, sus ojivales puertas y ventanas y sus recortados arcos góticos del estilo más puro.

Empezado este templo á fabricarse en plena Edad Media (en 1200), fué concluído en el dintel del Renacimiento, y, por consiguiente, encierra todas las bellezas arquitectónicas de que hacían alarde los artistas de aquellos siglos.

Antes de entrar le dimos vuelta á la Catedral por fuera. Es inmensa; parece imposible que se reuniese allí tanta cantidad de piedra. Se levanta como un cerro coronado por aristas, puntas retorcidas que salen de su centro como un bosque verdadero de agujas de piedra. Desde lejos parece imposible que éstas, siendo tan delgadas, resistan á la intemperie y se hayan conservado intactas durante cuatro, cinco, seis siglos.

Entrámos á ella por la puerta principal dedicada á la Santísima Virgen. Aquella entrada es una verdadera maravilla de arte; cubierta de estatuas y adornos y coronada con un rosetón que parece de encaje de piedra. Imposible sería describir todo ese enjambre de figuras, de rostros, de flores entrelazadas, de pilares, columnillas y soportes que cubren, rodean y se levantan sobre aquella puerta famosa.

La Catedral tiene la forma de una cruz latina. Nos dirigimos por una de las naves laterales, embaldosadas con mármoles diversos hacia la mitad del templo. En el altar mayor brillaban muchas luces, y en el magnífico coro que le da frente, vimos que entraban muchos Canónigos, unos tras otros.

Me acerqué á un sacristán y le pregunté, si estaba en la Catedral el señor Canónigo

D. Mateo Olarte, para quien llevábamos una carta de recomendación del señor de Liñán. Me contestó que estaba preparándose para salir á coro, pero que le llevaría la carta. No bien la hubo recibido, cuando el amabilísimo sacerdote se me acercó.

—Con mucho gusto, me dijo con atención, serviré á ustedes en lo que gusten. Ahora mismo no puedo señalarles la Catedral; pero mandaré á un *chico* que las lleve á dar una recorrida general por el templo. . . . Cuando concluya la misa las veré de nuevo.

Llamó entonces á un viejo que por allí andaba y le mandó que nos llevase á ver algunos de los tesoros de aquel templo grandioso, y en seguida nos fué á buscar para que visitásemos lo demás.

Sería imposible describir todo lo que vimos! La parte más larga de la Catedral mide 81 metros y los brazos de la cruz 58. Tiene tres naves paralelas y la bóveda central se levanta hasta 60 metros de altura. El coro y el altar mayor forman como un templo interior dentro del otro, rodeado de capillas distintas. La reja que circunda el coro es de hierro labradísimo, con pilastras de piedra cubiertas de ornamentos. La sillería esculpida, de madera de nogal con embutidos de boj, las columnas y pilastras de már-

mol y de jaspe, todo esto es una maravilla de arte que sería preciso estudiar durante días enteros, para apreciar su mérito. Entre el coro y el cuerpo de la iglesia vimos colgando el estandarte que Alfonso VIII llevaba en la batalla de las Navas de Tolosa, batalla que empezó á hacer menguar el poder de los árabes en la Península, de una manera visible y notabilísima.

Hasta allí, aunque los invasores se habían retirado poco á poco de muchas Provincias, conquistadas por ellos ante el empuje de los cristianos, aquello no les quitaba su fuerza y poderío: al contrario, parecía más bien como si al concentrarse adquiriesen más fuerza. No así después de la batalla de las Navas de Tolosa: ésta tuvo resonancia en todo el mundo cristiano, y empezóse á comprender que el imperio musulmán en la Península podría claudicar, si los cristianos no desmayaban en su empresa. Aquel estandarte, pues, no era solamente un despojo del enemigo; era la señal viviente de una de aquellas glorias imperecederas que tienen una significación histórica.

En contorno de las naves se encuentra una serie de capillas separadas unas de otras por gruesos muros, las cuales son verdaderas iglesias por su tamaño y la riqueza de sus

altares; algunas tienen sacristías propias. Cuéntase, si mal no me acuerdo, catorce capillas, fuera de las sacristías. La del *Cristo* es la más renombrada y más grande. El nombre le viene de un Cristo que dice la tradición ser obra de Nicodunus, hecha por él después de bajar al Salvador de la cruz. Es de madera esculpida y forrada en piel, y su aspecto realista hasta el extremo, no puede ser más doloroso.

En todas las capillas se encuentran maravillas artísticas, cuadros de maestros famosos; esculturas; las tumbas de los fundadores de cada uno de ellos, en piedra, en mármol, en jaspe; efigies de Santos; altares en los cuales el piadoso artista de la Edad Media empleó su vida entera en idearlos, ejecutarlos y perfeccionarlos. Y ¿qué diremos de los vasos sagrados, de plata, oro y engastados en piedras preciosas? Y las lámparas de finísimos metales; y los candelabros, obra de conocidos artífices, que valen un tesoro; y los bustos y estatuas, cornisas, blasones y rejas de bronce; y los tapices antiquísimos, y los ornamentos bordados por dedos de hada, como ya nadie en nuestra época tiene paciencia para llevar á cabo. Y aquello no vale solamente por la riqueza de los metales y la perfección de la obra de arte, sino por

los recuerdos que encierran. Son regalos de Santos, de Papas, de Reyes, de Príncipes, de grandes hombres de todas las épocas de la historia de España.

El Cid Campeador es el héroe de Burgos; su recuerdo se encuentra á cada paso. Entre otras cosas nos mostraron el famoso cofre que le perteneció, según nos aseguraron; el cual, para preservarle del deterioro que le hacían sufrir los viajeros que se robaban astillas de él, lo tienen colgado de la pared de la Sala Capitular, á grandísima altura.

CAPITULO VII

ALGO DE HISTORIA.—EL CID.—LA CARTUJA DE MIRAFLORES.

Al despedirnos del señor Canónigo á la puerta de la Catedral, nos dió cita en el Ayuntamiento para las dos de la tarde. Allí debería señalarnos nada menos que los huesos del Cid, y llevarnos después á la Cartuja de Miraflores.

Pero antes de proseguir en mi narración, permítaseme arrojar una rapidísima ojeada sobre la historia de Burgos, sin lo cual mi amabilísimo lector no tomará interés en los monumentos y curiosidades de que vamos á hablar adelante.

Burgos es una de las poblaciones menos antiguas de la Península ibérica. No existía en tiempo de los romanos, de los cartagineses y de los godos. Los árabes pasaron por aquel sitio sin hacerle caso. No fué sino en el siglo IX cuando Alfonso III de León, habiendo encontrado en ese lugar un miserable caserío habitado por unas pocas familias que se titulaban *burguenses*, resolvió mandar edificar una fortaleza en la altura que domi-

na al río Arlanzón, y mandó llevar unas cuantas familias para que formasen una población en aquel punto. Poco tiempo después ya existía Burgos, rodeada de fortificaciones y sirviendo no solamente como recio baluarte para impedir las expediciones de los moros en los vecinos reinos, sino que se convirtió en un condado independiente de los Reyes de León; condado que, andando el tiempo, se llamó también Reino de Castilla y fué la capital de las coronas unidas de Asturias, León, Navarra y Castilla. Burgos no perdió su importancia política sino cuando Felipe II erigió á Madrid como capital de España; sin embargo, de que ya Valladolid le había disputado su preponderancia, desde que los Reyes de Castilla habitaban aquella ciudad con preferencia á Burgos.

Grandes y notabilísimos acontecimientos tuvieron lugar en Burgos durante la época de la Edad Media y del Renacimiento. Pero, entre otros, nos interesó saber que se guardan en los archivos de esta ciudad las relaciones de las fiestas que se le hicieron á Cristóbal Colón á su regreso del primer viaje á América, cuando llegó allí con una multitud de indios que llevaba de la Española. Nos dijeron que el oro que presentó á los Reyes Católicos, las primicias de las riquezas del

Nuevo Mundo, lo mandó emplear la Reina Isabel en dorar el retablo de la Cartuja de Miraflores.

Entre los hombres célebres de Burgos, el principal y el más renombrado es Rodrigo Díaz de Vivar, cuyos huesos verdaderos ó apócrifos nos disponíamos á contemplar en el Ayuntamiento de su ciudad natal.

¿Quién no conoce la historia del Cid Campeador, D. Rodrigo de Vivar? Empero, en torno de este héroe se han complacido tanto en inventar leyendas, construir fábulas y pregonar hechos inverosímiles, que es realmente interesante descubrir la verdad histórica en medio de tanto fárrago de romances. A este estudio se han dedicado en España, en Inglaterra, en Francia y en Alemania muchos concienzudos historiadores. Otro tanto sucede con respecto á su mujer, D^{na} Jimena, la cual, según la pintan las historias verdaderas, se casó tranquilamente con D. Rodrigo Díaz, sin drama ninguno anterior; no era ella, como reza la fábula, hija del Conde muerto en desafío por el mismo Cid; su padre era un Conde de Asturias, que pertenecía á la real casa de los Reyes de León. En Burgos se conserva la escritura de matrimonio de los cónyuges, en la cual se encuentran los nombres de éstos y de sus testi-

gos, que fueron el Rey y los Infantes é Infantas de León. D^a Jimena siguió al héroe hasta Valencia y presenció gran número de sus proezas. Muerto su esposo, continuó ella la guerra contra los almoravides y, auxiliada por el Rey de Castilla, llevó á Burgos el cadáver del Cid, y pidió que la permitiesen acompañarle en el sepulcro cuando Dios la llamara á sí. Durante siete siglos permanecieron los huesos del Cid y de D^a Jimena en la iglesia de San Pedro de Cardaña, convento que se hallaba á unos ocho kilómetros de la ciudad, en terreno que pertenecía al Cid. De allí fueron sacados después y llevados al Ayuntamiento de Burgos, en donde los conservan, con poco respeto por cierto, como veremos adelante.

A la hora dicha llegámos á las puertas de la Casa Consistorial en la Plaza Mayor. Allí encontrámos á nuestro buen Canónigo y al señor Alcalde. Este nos llevó á una bonita capilla moderna, en donde se dice misa en ciertos días solemnes. En la mitad de aquel recinto hay un sarcófago de madera dorada. El Alcalde lo abrió y nos señaló al través de los cristales dos compartimentos en que se veían huesos humanos, en muy buen estado después de tantos siglos. Los del compartimento de D^a Jimena, nos parecieron muy

grandes, lo que probaría que dicha señora era mujer de cuerpo entero, y digna mujer, por cierto, del Cid Campeador.

Allí mismo nos señalaron, en rico estuche de terciopelo, la primera vara de medir de Castilla que se usó, y en la Sala Capitular, los asientos de los primeros Jueces, fundadores de la justicia en Castilla. Además vimos muchos retratos de hombres célebres de Burgos, algunos ejecutados por buenos pintores.

Visto todo aquello, salimos con el Canónigo y el Alcalde y, en un coche que habíamos pedido en el hotel para el caso, nos encaminamos á la Cartuja de Miraflores, no sin haber librado recia batalla á una tropa de mendigos que nos asaltaron allí, como había sucedido á la puerta de la Catedral.

El Alcalde los desparpajó con cajas destempladas, cuando quisimos arrojarles algunos *perros chicos*, como en España llaman las monedas de cobre de cinco céntimos.

—No, no den ustedes nada á estos holgazanes, nos dijo. Estos no piden sino porque han convertido la mendicidad en un *oficio* lucrativo. Los puestos en las puertas de las iglesias se apetecen mucho, pero esos lugares son hereditarios de padre á hijo y de madre á hija, y los defienden como si fueran propie-

dades ó terrenos propios. No es el que quiere el que pide allí: es preciso probar su derecho legítimo.

No me atreví á preguntar al buen señor si era cierto que en Burgos llamaban á los pordioseros *pulgadores*, porque sobre sus vestidos y dentro de los pliegues de sus mugrientas capas, se crían numerosas y variadas familias de pulgas. Esto lo había leído yo en un libro de viajes, pero temí que mi pregunta fuera indiscreta.

Atravesámos el río Arlanza por un hermoso puente de piedra; pasámos por frente del *solar del Cid*, lugar en donde dice la tradición que habitó aquel campeón de la cristianidad. Allí, nos dijeron, erigieron en el siglo pasado una pilastra, dedicada á D. Rodrigo Díaz de Vivar, en que se hallan esculpidas las armas de Burgos y del Cid.

Continuámos nuestro camino por medio de alamedas y hermosos paseos públicos, perfectamente sombreados por inmensos árboles. La vía va subiendo poco á poco. Pasámos por un arco ojival construído hace cuatro siglos y medio, cerca de una cruz de piedra antigua, y por último, nos hallámos á las puertas de la Cartuja de Miraflores.

Este edificio era en un principio un palacio que mandó construir Enrique III de

Castilla, por estar cerca de un bosque en donde solía salir á cazar. Como no lo hubiese acabado de edificar, á la hora de la muerte ordenó que se construyese allí un convento para los religiosos franciscanos; y su iglesia debería servir como panteón real. Por este motivo aquel templo tiene la forma de un túmulo mortuorio rodeado de flechas de piedra que imitan las ceras en torno de un féretro. Continuada la construcción del convento por Juan II, Enrique IV é Isabel la Católica, tocó á esta Reina terminarlo en 1488. No fué sino en el siguiente siglo cuando los cartujos empezaron á habitar el monasterio.

Como la construcción duró más de siglo y medio, encuéntrase en ella varios estilos superpuestos, desde el gótico florido del siglo XV, hasta el sencillo del Renacimiento.

Lo que más llama la atención en el templo, son los sepulcros del Rey D. Juan II, de su esposa D^a Isabel de Portugal y del Infante D. Alfonso, muerto niño. Son de alabastro purísimo; están rodeados de efigies de leones y de una multitud de ángeles y de figuritas esculpidas con extremada delicadeza. Muchas de éstas carecen de cabeza: las decapitó la guarnición francesa de Napoleón durante la invasión de 1808. Los cuerpos de los Reyes, reproducidos en jaspe, son perfec-

tos, la actitud naturalísima, los pliegues de los vestidos artísticos, la expresión de los rostros llena de apacible majestad. La sillería que se ve en los costados y la parte baja de la iglesia, costó 125,000 maravedís; es de nogal negro; todos los espaldares primorosamente calados, divididos unos de otros por estatuas alegóricas é intercolumnios: es ésta una de las más bellas obras de Berruguete, el famoso escultor, cuyos trabajos artísticos vimos en la mayor parte de las Catedrales de España. En una capilla nos señalaron la magnífica efigie de San Bruno, trabajada por un escultor portugués. Esta estatua de madera es una de las más bellas y más llenas de vida y de expresión que se pueden ver en España, en donde se encuentran las mejores obras de madera del mundo.

A cada paso que se da en España le asaltan á una recuerdos históricos. Aquí en esta iglesia tuvo lugar aquella escena dramática de que hablan los historiadores, cuando D^a *Juana la Loca* insistió en que abriesen el féretro en que yacía su esposo, *Felipe el Hermoso*. Hallólo en estado de descomposición, á pesar de estar embalsamado, y las bóvedas bajo las cuales nos hallábamos, escucharon las expresiones de dolor inmenso, proferidas por la desdichada mujer, incapaz

de dominar sus apasionados sentimientos. Por estas puertas salió después y, á pie, cubierta con negro manto, siguió el cadáver que llevaban en carro fúnebre y le acompañó al través de las áridas llanuras de Castilla; hasta que la desampararon las fuerzas y no pasó de Tordesillas, cuando pensaba llevarlo á Granada al lado del sepulcro de su madre Isabel la Católica.

Gracias á la compañía del Canónigo y del Alcalde, nos señalaban todo los Padres de más categoría del convento, á quienes conocían nuestros compañeros.

El Canónigo nos dijo que estando un día Felipe IV mirando la estatua de San Bruno, rodeado de sus cortesanos, uno de éstos exclamó:

—¡Qué obra tan perfecta! Parece vivo: no le falta sino hablar.

—Y no habla, repuso el Rey, porque es cartujo.

—Pero los cartujos hablan cuando es preciso, contestó uno de los que nos señalaban la iglesia.

—Y de seguro no les duele cumplir con esa penitencia, dijo el Canónigo sonriendo maliciosamente.

—Aquí no se hace sino obedecer á los Superiores.

—¿ Y los Superiores ?

—A las reglas de la Orden.

—Veamos, dijo el Canónigo, si las reglas permitirían que estas señoras vieses á un lego, compatriota suyo, que se halla en este convento.

—¿ De dónde son estas señoras ? preguntó el Prefecto.

—De Colombia.

—¿ Acaso de Bogotá ?

—De allá mismo.

—¡ Ah ! ya sé de quién se trata, repuso el monje. . . . Seguramente desean ver á un joven compatriota de ustedes, nos dijo mirándonos; un joven á quien yo mismo recibí, y que abandonó alta posición social, riquezas, afectos, para venir á ocultarse tras de estos muros y entregarse á la oración y á la más severa penitencia. . . . Iré á pedir licencia al señor Abad para que le vean.

A poco rato se presentó el señor Abad, y nos dijo que si el lego deseaba ver á sus compatriotas no tendría inconveniente en permitiérselo.

Dijimos que nuestro deseo no provenía de mera curiosidad, sino de dar noticia del joven á sus amigos y parientes, que querían saber si estaba contento aquí. Entretanto, que iban á llamar á ***, nos estuvieron ha-

blando del convento y de sus rigidísimas reglas.

—Empero, dijo el Canónigo, los novicios tienen tiempo de arrepentirse antes de hacer sus votos definitivos, puesto que la época de prueba dura siete años.

—¿Y se arrepienten muchos? pregunté.

—Algunos no pueden soportar la vida aquí y regresan de nuevo al seno de su familia.

Nuestro compatriota salió al fin; díjnos que estaba contento... Que Dios le ilumine y le señale cuál debe ser la carrera que le conviene tomar....

Desgraciadamente nuestro sexo nos impidió entrar al convento y contemplar con nuestros ojos aquellas celdas solitarias, aquellos jardincillos que cultiva cada uno, mientras que meditan en silencio en las vanidades del mundo.

Al regresar á la ciudad, pasámos por frente del famoso *Hospital del Rey*, fundado por Alfonso VIII, el cual contiene, nos dijeron, muchas joyas arquitectónicas de gran mérito. Pero, á pesar de que este asilo para los desgraciados es muy grande, lo están agrandando aún más y no pudímos entrar á él con comodidad. Así fué que pasámos de largo y nos dirigímos al Colegio de los Jesuítas, en

donde ya el buen Canónigo había averiguado que acababa de llegar otro joven compatriota nuestro. Efectivamente allí le encontramos sumamente satisfecho con la resolución que había tomado, de venir al Seminario de Burgos.

Subimos después al Arco de Santa María, antigua fortificación flanqueada de torreones almenados, adornada con estatuas y bustos de famosos guerreros castellanos, las armas de la ciudad, y coronada por una estatua del ángel custodio y encima la de la Santísima Virgen. Las torrecillas y plataformas de donde se disparaban las armas contra los enemigos sirven de pajareras y jardincillos aéreos que distraen hoy día al pacífico portero que cuida del edificio. Las piezas interiores se han destinado para archivo municipal.

No volvimos al hotel sino ya al caer la tarde, después de haber paseado por los jardines públicos, visitado otras curiosidades de la ciudad y recorrido sus mejores calles.

CAPITULO VIII

UNA VISITA Á LAS HUELGAS DEL REY.

A las ocho de la mañana del día siguiente asistimos á una misa que dijo á nuestra intención nuestro bondadoso Canónigo, en la capilla del Cristo de la Catedral. Mientras que él se desayunaba después de la misa, nosotras dimos otra vuelta por aquel monumento maravilloso, y subiendo después á un coche, nos dirigimos todos juntos al famoso monasterio de las Huelgas del Rey, que se encuentra á unos dos kilómetros de la ciudad, no lejos de las orillas del río Arlanzón.

Antiguo palacio de los Reyes de Castilla, no fué sino al regreso de la campaña contra los moros que dió por resultado el glorioso triunfo en las Navas de Tolosa, cuando Alfonso VIII, á instancias de su consorte la Reina Leonor de Inglaterra, resolvió abandonar la morada real y fundar en aquel lugar un convento que sirviese exclusivamente para asilar á las damas de las familias reales ó de alta alcurnia que quisieran retirarse del mundo.

Lo curioso es que llamándose aquel sitio

primitivamente “Huelgas del Rey,” cambiósele el nombre por el de “*Santa María la Real*,” desde 1180; y sin embargo al través de los siglos ha persistido su nombre original, y todavía se llama “Huelgas del Rey” y no Santa María la Real.

Las monjas pertenecen á la Orden Bernardina ó Clarisa, emanada de la Orden Cisterciense, rama de los Benedictinos, pero arreglada y modificada exprofeso para las nobles monjas de Huelgas.

—No hay en el mundo, nos decía nuestro respetable compañero de excursión, poder igual al que tenían antes las Abadesas de este convento. Eran dueñas y señoras de 51 villas en lo eclesiástico, en lo civil y en lo criminal. Ellas nombraban los Curas de todos esos lugares, así como los empleados públicos, y juzgaban á los delincuentes. Nadie podía entrar á sus dominios sin su licencia, y San Fernando agregó á su jurisdicción una Parroquia dentro de Burgos.

—¿Es decir que salían de su convento á inspeccionar sus dominios? preguntámos.

—Nó; mandaban delegados, y fuera de los muros del monasterio, en edificios adyacentes, moraban los empleados civiles á quienes ellas manejaban, y tenían una gran casa en que vivía una multitud de eclesiásticos

para los negocios religiosos, los cuales no podían abandonar un momento, sin pedir licencia á la Abadesa. Aunque menguadísimo su poderío, aun hoy día hay poblaciones que están bajo su dominio, y á mí me ha sucedido el tener que pedir permiso á la Abadesa para decir misa en uno de aquellos lugares.

—¿Y usted ha entrado al monasterio?

—No tal, al interior no entran sino los miembros de la familia real. No hay puerta de comunicación con el exterior.

—¿Cómo es eso?

—Hay una puerta tapiada con ladrillo, que les señalaré por fuera, la cual desbaratan cuando llega al monasterio la familia real. Esto es curiosísimo. Mientras que los carruajes vienen subiendo por el camino de Burgos, los albañiles empiezan su obra, que debe de estar concluída cuando se presente el Rey, la Reina ó algún Infante ó Infanta. No bien han penetrado las personas reales al primer claustro cuando la multitud, que siempre se agolpa para tener este privilegio, inunda el claustro interior, en el cual le es permitido permanecer mientras que dura la visita de los Reyes.

—¿Y éstos entran á todas partes?

—A todas.

—¡Ah! exclamé, esta es la primera vez

que me ha dado deseo de pertenecer á la familia real ! ; No puede una asomarse por alguna rendija y ver algo de lo vedado ?

—No puede Pero las haré entrar al locutorio y ver al través de la reja á una de las monjas, á quien yo conocí cuando estaba joven en el mundo. Era Condesa, con derecho á llamarse Marquesa también, y sin embargo, prefirió venir á enterrarse á este convento. Aquí las monjas no se llaman *Madres* sino *Señoras*

En aquel momento llegámos al patio exterior de las Huelgas, que da frente á un claustro que llaman de los Caballeros, cerca de la capilla de San Juan. Parece que más adentro hay otra capilla, á la cual el público no puede entrar, en la que antiguamente los caballeros velaban las armas la noche anterior á ser armados caballeros de Santiago por el Rey. En esa capilla había una efigie del Apóstol Santiago, con goznes en los brazos ; á éstos ataban la espada, y tiraban de una cuerda para que fuera el Santo quien diera el espaldarazo á los Reyes cuando eran armados caballeros.

En el claustro ó pórtico de los Caballeros hay muchos sepulcros antiguos de nobles y caballeros. Mientras que el Canónigo iba á averiguar si podríamos entrar al locutorio,

un joven vestido de seminarista nos condujo á la iglesia. Es éste un hermoso edificio de varias arquitecturas, desde el estilo árabe y bizantino hasta el gótico de todas las épocas. Está el templo dividido por una magnífica reja de hierro: en la parte exterior se encuentra la parte en que oficiaban los sacerdotes, y en la interior, mucho más espaciosa, el recinto de las monjas. Al través de la reja pudimos contemplar la sillería esculpida y coronada con las armas de Castilla y de León y en la mitad los sepulcros en mármol de cinco Reyes, entre los cuales se cuentan Alfonso VIII y Alfonso el Sabio, y de cinco Reinas, entre éstas D^a Leonor de Inglaterra y D^a Berenguela la Grande. Además hay los de veinticinco Infantes é Infantas de Castilla y de León; algunas de estas últimas fueron Abadesas del monasterio.

Recordamos aquí la dramática historia de una de éstas; de una Infanta cuyo nombre no recuerdo, hermana de Alfonso XI, la cual se vino á asilar en las Huelgas cuando en el momento de casarse con un Príncipe de Aragón, éste prefirió meterse de fraile. Sin embargo, propusieronle otro matrimonio con un Rey de Aragón, antes de profesar, y ella, inspirada por su mala suerte, resolvió regresar al mundo y á las pompas cortesa-

nas. ¡ Desgraciada de ella ! No bien murió su esposo, cuando D. Pedro IV la hizo degollar sin piedad, y sus parientes sólo pudieron recobrar sus cenizas, que se hallan en un suntuoso sepulcro en las Huelgas del Rey.

Al cabo de poco rato, nos llamó el excelente sacerdote que nos acompañaba.

— Vengan acá, nos dijo, que ya veremos á la Señora de quien les hablaba, quien ha accedido á salir al locutorio. Pero antes, añadió, vean en esta portería la puerta tapiada de que les hablé, y sobre los muros los escudos de las Abadesas del convento desde tiempo atrás; algunos de los cuales ostentan coronas reales, y todas las armas de las familias más nobles de España.

Subimos por una angosta escalerilla de piedra, y nos hallámos en un pequeño aposento dividido por una reja y una cortina. Se descorrió la cortina y apareció la monja, iluminada por una ventana que tenía á su espalda.

El Canónigo habló y ella le contestó con grande amabilidad y franqueza, y una vez que nos hubo presentado, se dirigió á nosotras con suma amabilidad. Tendría unos 45 años, de talle majestuoso, facciones nobles, aire señorial; debió de haber sido en su juventud singularmente bella y atractiva. El

vestido era blanco y negro; en la cabeza, encima del velo, llevaba una especie de diadema negra, levantada sobre la frente, lo que la daba cierto aire de reina.

Al cabo de un momento, nos dijo :

—Sin duda vosotras tomaréis mucho interés en las cosas que tenemos en España, recuerdos del pasado, cuando las Américas nos pertenecían y vivíamos bajo una misma bandera, ¿ no es así ?

El Canónigo le contestó, que cabalmente á visitar esos monumentos célebres, habíamos venido á la Madre Patria.

—Ojalá, repuso ella, tuviéramos todavía lo que poseíamos al principio de este siglo, pero la invasión francesa nos causó grandísimos males. . . . Aquí cuentan y no acaban todo lo que sucedió, cuando llegaron los franceses. No solamente las señoras tuvieron que abandonar el monasterio, dejando atrás todos sus tesoros (¡ y qué tesoros ! ¡ Jesús, María !), sino que aquellos hombres se cebaron hasta en las sepulturas de nuestros Reyes; los abrieron; los removieron para buscar las joyas que podía haber allí. . . . Así se robaron cuanto encontraron en la sacristía, en la iglesia, en las capillas privadas, desde la época en que Alfonso VIII fundó esta santa casa.

—Pero aún se conserva uno de los más ricos tesoros que existen en España, repuso el Canónigo.

—¿Queréis hablar del estandarte del soberano árabe, ganado sobre el campo de batalla, por el vencedor de las Navas de Tolosa?

—Efectivamente.

—Voy á enseñároslo. . . .

Y dirigiéndose á la sirvienta, que siempre acompaña á las *Señoras* á todas partes (antes tenían á su lado siempre dos dueñas), mandó que abriese de par en par un armario que había cerca de la ventana, en donde se hallaba el glorioso trofeo, que después vimos en la Exposición histórica de Madrid.

Cuando lo hubimos mirado y admirado de lejos, la monja continuó hablando.

—¿Sabéis, nos dijo, cómo se libró esta reliquia de manos de los invasores? ¿Queréis que os lo diga?

—¡Ah, sí! respondió el Canónigo: sin duda estas señoras agradecerán mucho que se les refiera el incidente.

—¿Quién lo creyera! exclamó ella. Mientras que todos en el monasterio perdieron la cabeza ante el peligro, tanto que nadie se acordó de salvar los tesoros que encerraban entonces nuestras arcas, entre otros, una

caja de oro macizo, engastada en piedras preciosas, también despojo del moro vencido en las Navas....

—Sí, dijo el Canónigo, metiendo su cucharada, una preciosa arca en que los árabes guardaban el libro del Corán, y que dicen valía un Potosí.

—Pues, como iba diciendo, repuso la buena señora, nadie aquí se acordó de salvar otra cosa que no fuera su persona; sino un pobre jardinero, quien logró llegar hasta el sitio en donde se guardaba este estandarte precioso; lo tomó en sus manos y ocultó bajo su capa; salió con él del monasterio y, sin que nadie lo sospechase, lo escondió en un lugar tan secreto, que nadie lo supo encontrar. No fué sino al cabo de años, reinando ya Su Majestad Fernando VII, cuando se descubrió de la siguiente manera.... Escuchadme, que esto es muy curioso....

Iba aquí en su relación la amable religiosa, cuando golpeó alguien á la puerta del locutorio y se oyó una voz que decía:

—¡Bajan ya las señoras á coro!

—¡Ah! exclamó la monja, no puedo estar más tiempo aquí; es preciso que me vaya...

Se despidió muy amablemente y nos quedámos sin saber la manera cómo se encontró el estandarte almoravide. El señor Canó-

nigo no se acordaba del cuento, si acaso otra vez lo había oído.

—Estas monjas, nos dijo, viven como Princesas. Pocos son los deberes que la regla les señala; cada una tiene sus aposentos privados y un jardín propio; la Abadesa, por supuesto, goza de los más ricos aposentos, y parece que su jardín es tan grande para ella sola, como el de cualquiera casa de campo, bien lujosa.

—¡Qué oasis sería éste, exclamé, en la Edad Media, cuando las desdichadas mujeres eran presa de Príncipes crueles y ambiciosos, y las hacían sufrir torturas y las perseguían y alherrojaban! Entonces encontraban este asilo tranquilo, en donde podían vivir en paz, lejos de los combates y de las intrigas de la Corte. Fué para aquellos tiempos institución muy benéfica la de un monasterio en donde las damas de alta alcurnia pudiesen encontrar una sombra de soberanía y de la etiqueta cuasi real á que estaban enseñadas, y al mismo tiempo la paz de los claustros y la tranquilidad del corazón.... Falta saber, sin embargo, á cuántas ocultaron aquí contra su voluntad, y entonces, en lugar de hallar la calma y el sosiego, vivirían suspirando por las tempestades del mundo! ¡Qué misterios, qué intrigas, qué secre-

tos de Estado no podrían revelar estos muros !

Volvimos á la ciudad y, de paso para el hotel, visitámos el *Museo* de Burgos, el cual apenas se está formando, pero que encierra algunos objetos arqueológicos interesantes y multitud de cuadros viejos al óleo, que no tienen mérito ninguno.

Aún hubiéramos querido ver otros monumentos históricos, que se encuentran á cada paso en la antigua capital de los Reyes de Castilla, pero el tiempo nos urgía y era preciso aprovecharlo y visitar otras ciudades de España, antes de que nuestro deber nos llamase á Huelva á asistir al Congreso de Americanistas, que debería reunirse á principios de Octubre.

A la una y media de la tarde estábamos en la estación del ferrocarril, hasta la cual nos acompañó nuestro excelente Canónigo, quien además de todas sus finezas, nos dió una carta de introducción para un caballero importante de Valladolid, ciudad que deberíamos visitar después. Por cierto que en esta parte falló el antiguo refrán que dice :

Cuchillo pamplonés,
Zapato de valdrés
Y amigo burgalés,
¡ Guárdeme Dios de todos tres !

CAPITULO IX

CAMINO DE VALLADOLID.—MONUMENTOS DE ESTA CIUDAD.

Pocos minutos antes de las dos de la tarde el tren se puso en marcha. Dijimos adiós á Burgos; pasámos por frente á los muros de las Huelgas, atravesámos el valle de Arlanzón, salpicado por tristes caseríos; nos detuvimos uno ó dos minutos apenas en las estaciones de *Quintanilleza*, *Éstepar*, *Villaquirán*, en cuyas cercanías descansan las cenizas de Wamba, el famoso Rey godo ó visigodo, que abandonó el trono para vestir el sayal del monje. Pasámos por *Villodrigo*, *Quintana* y *Torquemada*, cuyo nombre dió al célebre fraile dominico, que tan cruelmente persiguió á los judíos, á los árabes y á los herejes del siglo XVI. Nos detuvimos en *Venta de Baños*, porque de allí las líneas de ferrocarril se dividen para Santander unas, y para León otras. Pasámos por la villa de Dueñas, lugar que no tiene otra importancia, que el haber sido escogido por Isabel la Católica, para verse secretamente con Fernando y ajustar con él su matrimonio, que se efectuó después en Valladolid.

A pesar de esta tradición, los historiadores modernos no creen que Isabel hubiese salido de Valladolid, para encontrarse con el Infante de Aragón, sino que al contrario dicen algunos, que Fernando entró á palacio disfrazado, para ver á la Princesa sin que ella lo supiese; pero que un caballero llamado Cárdenas se lo señaló á Isabel, diciéndola al oído: “Ese es.” Para recompensarle de ese servicio y para que quedase el recuerdo en la familia, la futura Reina Católica le mandó que llevara una *S* en su escudo de armas, *S* que aún llevan los Cárdenas nobles en sus escudos. (1)

Ya para entonces había cerrado la noche y no podíamos contemplar aquellos históricos paisajes, en los cuales se señala á cada paso algún hecho memorable.

Llegámos á *Valladolid* á las nueve de la noche y fuímos á alojarnos en el hotel del Iris.

El 19 de Septiembre amanecemos en *Valladolid*, la afamada y predilecta ciudad de los Reyes de Castilla, de la cual decían antiguamente para ponderar su importancia:

Villa por villa
Valladolid en Castilla.

Al día siguiente, temprano, nos dirigimos

(1) Véase *Anécdotas españolas y portuguesas* por el Abate Bertoux. París, 1673.

á la iglesia más cercana á oír misa, y después de dar una vuelta por algunas calles, de las cuales muchas tienen portales que resguardan al transeunte del agua y del sol. La ciudad estaba de gala, pues era época de feria y en todas partes se veían las familias de fuera y los militares de diferentes Cuerpos y vistosos uniformes circular en medio de barracas de madera levantadas en las calles más anchas. Allí vendían juguetes y curiosidades, y los charlatanes exhibían fenómenos y ofrecían remedios que curaban todas las enfermedades. La gente se amontonaba, los chicuelos reían bulliciosamente y los pordioseros asaltaban á cuantos se detenían un momento. Sin embargo no vimos vestidos característicos ni ninguna cosa que nos llamase la atención, así fué que buscámos un coche, dimos la dirección de la casa del caballero para quien llevábamos carta de recomendación, la cual dejámos en la portería, y en seguida nos dirigimos á la calle en donde vivía Cervantes, pero allí nada vimos digno de mencionarse: es una casa vulgarísima que ha perdido todo carácter de antigüedad. Fuimos después á recorrer algunos de los paseos públicos de la ciudad; éstos no tienen qué envidiar á ninguna de las capitales europeas por su belleza, al contrario, su-

peran á muchas de las más afamadas : ¡ qué de alamedas cercadas por altísimos árboles que las sombrean ! ¡ qué de bosquecillos de exóticas plantas, de hermosos grupos de variadas y vistosas flores, de grutas artificiales, cascadas, lagos en miniatura, puentes rústicos y corrientes de agua !

Valladolid es hoy día ciudad de 50,000 almas ; en tiempos de su mayor prosperidad dicen que encerraba dentro de sus numerosas casas hasta 100,000 habitantes. Se halla ventajosamente situada sobre las márgenes del río Pisueza y del Esgueva y en las cercanías del famoso canal de Castilla. Este canal ha sido sumamente benéfico á Castilla la Vieja, porque ha puesto en comunicación varias poblaciones que morían de inanición. Divididas unas de otras por verdaderos desiertos, muy penosos para transitar por ellos en todo tiempo, desde que se comunican por agua, pues por allí aún no hay ferrocarriles, las poblaciones entre Palencia y Valladolid han cobrado nueva vida.

Estábamos almorzando después de medio día, cuando se presentó el señor D. G. F., para quien habíamos llevado carta de recomendación. Aunque hombre ocupado, escritor y conocido filólogo, con aquel espíritu hospitalario y hermanable que distingue á

los españoles, fué á ofrecernos sus servicios y ponerse á nuestra disposición para enseñarnos los monumentos y curiosidades de la antigua ciudad.

En primer lugar nos condujo al *Museo*, el cual, aunque no podía ser visto por el público aquel día, el señor F. logró que nos lo abriesen. Hállase en un extenso edificio y está colmado de obras de arte de mérito singular. Fundólo el célebre Cardenal Mendoza, quien lo dotó de rentas y lo pobló de tesoros los cuales se han ido aumentando al través de los siglos. Véanse allí muchos cuadros de *Rubens*, uno ó dos del *Corregio*, unos pocos de *Velásquez*, de *Murillo*, de *Rivera* y de otros pintores españoles y extranjeros. Muchos de éstos habían hecho el viaje á París como parte del botín que sacaron los franceses de España, pero habían sido devueltos á la caída de Napoleón I. Pero lo que más nos llamó la atención, fué una estatua de madera colosal de San Bruno, obra de *Berruguette*; una de Santa Teresa, obra de *Hernández*; un San Francisco, por el mismo escultor, y un San Antonio por *Juni*; estas esculturas forman el *non plus ultra* de la perfección en el arte de la escultura en madera.

En lugar preferente se encuentra el retra-

to del Cardenal Mendoza, el fundador del Museo. En la Universidad, erigida en 1474, durante el reinado de los Reyes Católicos, hay una biblioteca bien nutrida de obras interesantes y de manuscritos preciosos, que fueron recogidos durante la época de la supresión de los conventos.

De allí fuimos á la *Catedral*, gran templo empezado á fabricar bajo Felipe II, quien había pretendido levantar en Valladolid la iglesia más magnífica de España. Empero, nunca se concluyó según los planos primitivos, y la Catedral no llama la atención sino por su tamaño. Es de orden dórico, y encierra buenos cuadros y esculturas, algunas tumbas, bellos ornamentos y vasos sagrados de valor artístico.

Nos llevó el señor F. después á ver por fuera algunas iglesias que poseen hermosas portadas. Pero acabábamos de ver la Catedral de Burgos, de imperecedera memoria, y naturalmente el recuerdo de aquel maravilloso monumento nos ofuscaba y no veíamos con gusto las bellezas de menos importancia que hay en Valladolid. Volvimos á pasar por la calle en donde está la casa de Cervantes, y vimos por fuera las paredes de la habitación, en donde dicen que murió Colón. Hoy pertenece esta casa á un convento, pero

nuestro *cicerone* nos dijo que si hasta ahora se había considerado aquélla como la pobre casa en que se asiló el Descubridor, á la vuelta de su cuarto viaje al Nuevo Mundo, hoy los incansables indagadores de antiguos hechos empezaban á dudar de que fuese aquélla la misma en que murió. Revolviendo papeles, han venido á sacar en limpio, que Colón iba á misa á la iglesia cercana, atravesando un patio, y la casa que dice la tradición, está del otro lado de la calle; por consiguiente, no era patio sino calle lo que tenía que atravesar.

Paseando por las calles y plazas de la antigua Valladolid, fuémos á dar frente al vetusto palacio de los Reyes de Castilla. El señor F. nos señaló un balcón de esquina, por el estilo de uno que hay en Bogotá en el barrio de Las Nieves, llamado antiguo palacio de los Vireyes.

—Allí, nos dijo, enseñaron al pueblo á Felipe II recién nacido (1). Y vean ustedes, agregó, aquella gran ventana enrejada en la parte baja del palacio, casi debajo del aposento en donde nació el hijo del Emperador D. Carlos.

—Sí, dijimos, pero está rota y atada con una cadena, ¿ por qué la han dejado así ?

(1) No he podido encontrar señales de esta tradición en ninguna historia seria de Felipe II.

—Es tradición corriente en Valladolid, nos contestó, que el pueblo parroquiano de la iglesia de San Pablo, habiendo tenido noticia de que iban á bautizar al Príncipe heredero en la Catedral, se amotinó, rompió aquella ventana y obligó al Emperador á que llevasen á cristianizar al futuro Rey de España en la vecina iglesia de San Pablo, en donde hasta entonces siempre habían sido bautizados los hijos de los Reyes de Castilla, que nacían en Valladolid. (1)

—¿Y en memoria de ese hecho dejaron la reja rota?

—Sí. Pero á pesar del amor que manifestó el pueblo á su Príncipe, éste no fué muy adicto á Valladolid; sin duda le repugnaba el espíritu independiente de los ciudadanos de esta ciudad, y resolvió declarar capital de las Españas, cuyo imperio cubría medio

(1) El mismo día en que se tuvo noticia del saco de Roma y de la prisión del Papa por los ejércitos españoles, fué cuando nació Felipe II en Valladolid, y el Emperador, dicen las historias de aquel reinado, para probar que no con su gusto se había perseguido al Santo Padre, no quiso que se hiciesen fiestas, como se tenía costumbre cuando nacía un heredero de la corona. Sin embargo, le bautizó el Arzobispo de Toledo, D. Alonso de Fonseca, y al año siguiente le proclamaron Infante heredero, con grandes fiestas y pomposas ceremonias.

mundo, á Madrid, ciudad de poca importancia entonces.

Valladolid es bonita ciudad en su parte moderna, con hermosas casas al estilo francés, anchas calles bien empedradas; pero conserva en la parte antigua, el carácter triste y oscuro de la Edad Media. En cambio, ¡cuántos recuerdos históricos no encierra!

La Plaza Mayor, por ejemplo. Allí fué decapitado el desdichado Condestable de Luna á mediados del siglo XV (1); allí tantas veces la Inquisición aterró á herejes y judíos, con el espectáculo de sus *autos de fe*; allí el pueblo entusiasta aplaudía á los famosos toreros, cuando tenían lugar afamadas corridas para celebrar acontecimientos públicos de magnitud. En una de esas casas de Valladolid nació Zorrilla, el poeta moderno más popular de España; allí vivió Cervantes, una de las más imperecederas glorias de la lengua española; allí murió Colón, que regaló un Mundo Nuevo á Euro-

(1) Bien sabido es que D. Alvaro de Luna, favorito del Rey D. Juan II de Castilla, tuvo enemigos tan poderosos que lograron perderle en el ánimo del Rey; acusáronle de la muerte del Tesorero Mayor, fué entregado á la justicia del Reino y ésta mandó que le quitasen la vida, sentencia que fué ejecutada sin misericordia.

pa, para darla vida y prosperidad. Pasámos por delante de la morada del famoso escultor, pintor y arquitecto Alonso Cano, cuyas obras habíamos de ver en todas las ciudades de España, que visitaríamos después. En aquella casa tuvo lugar el misterioso drama que dió por resultado el asesinato de la mujer del célebre artista. Acusado del crimen, se retiró, para librarse de la justicia, á un convento de Granada en donde vistió el sayal del monje, después de haber sido favorito del válido Olivares y cortesano brillantísimo en la época de Felipe IV.

Vimos en varios edificios públicos y privados patios soberbios cuya arquitectura, grandiosa en unos, elegantísima en otros, ostenta en todos ellos una riqueza de ornamentación extraordinaria. En muchos de éstos se conserva el estilo gótico florido, en otros el del Renacimiento, pero en los más véanse imitaciones perfectas del arabesco de los mejores tiempos.

Antiguamente había en esta ciudad multitud de iglesias, ermitas, capillas y conventos. A fines del siglo pasado se contaban en la gran plaza llamada *Campo Grande*, hasta trece conventos que tenían entrada por allí. Hoy la mayor parte de ellos se han convertido en cuarteles y en otros edificios públicos.

CAPITULO X

LEÓN.

A las once de la noche del mismo día en que visitámos á Valladolid, tomámos el tren que debería conducirnos á la ciudad de León. Ibamos á visitar la cuna de la monarquía y del pueblo español.

Desgraciadamente el tiempo nos urgía; teníamos que viajar de noche para aprovecharlo, y no podíamos detenernos en muchas ciudades que nos llamaban vivamente la atención.

Al dejar la estación de Valladolid nos dirigimos nuevamente hacia el Norte y pasamos por los pueblos que habíamos dejado atrás la noche anterior. Al llegar á *Venta de Baños* abandonámos la vía que venía de Irún y nos detuvimos al cabo de algunos minutos en *Palencia*.

Con muchísimo gusto me hubiera detenido en esta ciudad, en donde se encuentra una de las catedrales más grandes de la Península. En ésta se halla la cueva auténtica en donde vivió San Antolín, y el cuerpo momificado en perfecta conservación de D^a

Urraca, Reina de León, y otras curiosidades religiosas, artísticas é históricas muy importantes. Pasámos de largo por *Paredes de Nava*, patria de Berruguete el escultor; por *Villaumbroso*, *Cisneros*, *Grajal*, en donde se encuentra una fortaleza levantada por los árabes; por *Sahagún*, famoso por el monasterio de Benedictinos cuyo nombre se encuentra á cada paso en la historia eclesiástica de la monarquía española.

Oíamos los nombres de las estaciones entre dormidas y despiertas, y me parecía soñar cuando resonaban en mi oído esos nombres históricos que evocaban tantos hechos magnos de nuestros antepasados.

Al fin, á las cuatro y media de la mañana, el tren se detuvo en *León*.

Estaba profundamente oscuro; las pocas personas de segunda y tercera clase que se apearon allí, desaparecieron entre las sombras. Un empleado del ferrocarril cargó con nuestras maletas, que metió en el único ómnibus que aguardaba pasajeros, y no había otros que nosotras dos. Dimos el nombre de un hotel que nos recomendaron, y nos pusimos en marcha. El camino se encontraba solitario; estábamos solas con nuestras maletas dentro del desvencijado vehículo; veíamos á uno y otro lado árboles; no había

por allí casa ninguna. De repente se oye una voz y aparece una sombra á la vera del camino.

¡Detenéos! se le oye decir.

El conductor y el cochero estaban ambos en el pescante.

—¿Qué hay? preguntan, deteniendo los caballos.

—Acaba de ocurrir una desgracia, contestó la sombra.

—¿Cuál?

—Mataron hace un momento á un hombre aquí.

—¿A quién?

—Al hijo del choricero francés....

—¿Ca! ¿y eso cómo?

—Le pincharon como un pollo.... quedó ensartado de lado á lado.

—¿Y eso por qué?.... ¿Acaso alguna riña?

La sombra dió un paso adelante.

—¿Viene el ómnibus vacío? preguntó en voz más baja.

—Nó....

—¿Hombres ó mujeres?....

—Dos pasajeras venidas por el tren.... dos señoras.

—¿Solas?

—Solas.

— ¡ Ah! oigan acá.

El conductor se bajó del pescante y se puso á hablar en voz baja con el caminante.

La situación para dos mujeres solas en aquel campo solitario podía imponer miedo. ¿ Acaso la anterior conversación sería concertada con los conductores del ómnibus y pretendían asustarnos primero y robarnos después ?

Aunque la hora no era para el caso los dos hombres hablaron largo rato. Nos pareció más prudente callar y sufrir con paciencia la flema española, si esa era la causa de nuestra extemporánea detención ; ó aguardar en silencio el momento del ataque, si la intención era robarnos.

Al cabo de un rato concluyó el conciliábulo, y vimos que nuestra alarma había sido en vano ; el conductor puso el pie en el estribo exterior del ómnibus ; el caminante se despidió ; el cochero arreó los caballos, y el ruidoso vehículo empezó de nuevo á rodar hacia la ciudad, que estaba á pocos pasos de donde nos habíamos detenido.

Nos metimos por una ó dos calles mal empedradas y en breves momentos parámos á la puerta del hotel. El conductor nos aconsejó no bajásemos antes de que él mismo

fuera á averiguar si nos podían dar alojamiento.

La aurora se anunciaba ya, y las sombras empezaban á aclararse cuando se nos dijo al fin que allí no había pieza ninguna á nuestra disposición.

—Eso no importa, agregó el conductor; las llevaré á otro hotel mejor que éste, puesto que es nuevo y está más en el centro de la ciudad.

Esta vez fuimos más afortunadas: encontramos alojamiento, y aunque ya la aurora se había adueñado del cielo, resolvimos meternos en la cama y descansar un poco antes de empezar la ardua empresa de visitar la ciudad, para lo cual no teníamos sino un día en nuestro itinerario. Llevábamos una carta de recomendación para el señor Obispo, pero resolvimos no entregarla, temerosas de que esto nos obligara á detenernos allí más tiempo.

Dicen los antiguos cronistas que *León* existía en tiempo de los Iberos con el nombre de *Sublancia-flor*: ésta fué tomada y destruída por los Romanos, quienes edificaron en el mismo sitio otra con el nombre de *León*. Las legiones romanas la rodearon de enormes fortalezas; algunas ruinas de éstas existen todavía. Después los Reyes Suevos

y los Godos tuvieron allí su asiento. Los Arabes se apoderaron de ella, pero no la retuvieron largo tiempo. Pelayo la reconquistó y los cristianos levantaron enormes fortificaciones y murallas de cuatro y cinco metros de anchura, cuyos restos aún se conservan. El yerno de Pelayo, el primero de los Alfonsos, llamado el Católico, fundó solemnemente de nuevo el imperio godo y situó la capital en León. Sin embargo aquellos territorios eran sin cesar atacados por los Moros, de quienes se libraban muchas veces á costa de enormes sacrificios y también por medio de onerosos tributos arrancados á la fuerza por los imperiosos Arabes, dueños de la mayor parte de la Península.

Cuenta la tradición que uno de los Reyes godos, Mauregato (1), viéndose en cierta ocasión apretado por sus enemigos, para salvar su capital, se vió obligado á hacer las paces con Abderramán II, ofreciendo en cambio entregar anualmente cien doncellas que deberían ir á poblar el serrallo del Califa cordovés.

Los historiadores modernos han considerado como fábula la historia del tributo de

(1) Hijo ilegítimo de Alfonso I y de una esclava mora, de donde, dicen, heredó la buena voluntad que manifestaba á los Arabes.

las *cien doncellas* de que habla la tradición; pero yo he encontrado un libro escrito por un autor del siglo XVI, (1) quien dice que en su tiempo todavía se acostumbraba una ceremonia muy característica en memoria de aquel hecho. Cierta día de cada año todas las doncellas de las diferentes parroquias de León se reunían en procesión, y cantando y tocando alegres músicas se dirigían á la catedral, y allí, delante de la venerada imagen de Santa María la Blanca, cantaban unas coplas para darla las gracias por haberlas librado del tributo exigido por el bárbaro moro, y bailaban una danza con que recordaban aquel hecho.

Empero, si Mauregato procuraba cumplir su palabra al moro, los cristianos se esforzaban en impedir que llevasen las doncellas á Córdoba, y la historia legendaria de León está llena de anécdotas acerca de la manera como salían los paladines á atacar á los que se llevaban á las cautivas. En *Belanzos* unos caballeros atacan con lanza en ristre á los Moros que se llevaban á las cristianas; en las llanuras de *Ampurdam*, cuando en otra ocasión ya las desdichadas doncellas

(1) *Historia de las grandezas de León*. Recopilada por Fray Atanasio de Lobera. Valladolid 1596. *Biblioteca nacional de París*.

iban muy lejos y sin esperanza, las libertaban los cristianos que fueron en su alcance; á *Simancas*, dice la tradición que le viene el nombre de que siete doncellas se cortaron un brazo para que aquel espectáculo repugnase á los que las iban á cautivar, los cuales exclamaron: *¡son mancás!* y las dejaron libres; en *Carrión* una manada de toros arremete milagrosamente contra los emisarios de Abderramán, los cuales ponen pies en polvorosa, y las doncellas logran salvarse.

Muerto Mauregato fenecieron también los tratados con los Moros, y de nuevo se declaró la guerra encarnizada entre las dos razas que procuraban hacerse dueñas de la Península. Desde entonces, hasta mediados del siglo XIII, León fué la más gloriosa ciudad de los cristianos godos. De allí salían los combatientes esforzados que sin cesar iban reconquistando los territorios invadidos por los Africanos. Pero la fundación del nuevo reino de Castilla fué para León fatal á su prosperidad. La Corte de los Reyes, que se titulaba de Castilla y de León, se fué á establecer en Burgos, y, por consiguiente, la más antigua perdió su importancia. León, pues, vive de los recuerdos históricos de un pasado glorioso muy antiguo y hoy día apenas cuenta 12,000 habi-

tantes. A pesar de que procura engalanarse con algunas casas á la moderna y tiene paseos nuevos y teatro espacioso, su aspecto es anticuado y, afortunadamente para el arqueólogo, sus calles, plazas, numerosas iglesias y antiguos palacios conservan el aspecto característico de la Edad Media.

Lo primero que hicimos al salir á la calle fué, naturalmente, ir á buscar la catedral, cuyas torres vimos primero desde el balcón de nuestro cuarto.

Los españoles tienen un dicho acerca de las cuatro principales iglesias de la Península que más llaman la atención :

León en sotileza,
Compostela en fortaleza,
Sevilla en grandeza,
Toledo en riqueza.

Y otro en que describen las mayores curiosidades de España :

Campana la de Toledo,
Iglesia la de León,
Reloj el de Benavente, (1)
Y rollo el de Villalón (2)

(1) En Benavente hay un magnífico reloj en la torre de la iglesia de Santa María, que pesa 2,300 kilogramos en una torre de cerca de 50 metros de altura.

(2) El rollo ó picota era la insignia de la jurisdicción en una villa.

La primera iglesia que se fundó en León después de la reconquista estaba fuera de las principales murallas de la ciudad. Así fué que la Reina D^a Elvira, mujer de Ordoño II, quiso dotarla de una catedral digna de la importancia de la capital del reino. Obtuvo de su esposo que cediera para el caso los terrenos del palacio real y dotase la nueva fábrica piadosa con pingües rentas y bienes de toda especie. Aquel edificio duró hasta que en 1197, reinando D. Alfonso IX y siendo Obispo de León D. Manrique de Lara, la Reina D^a Berenguela tomó grandísimo empeño en que se levantase en León la catedral más hermosa de España. No se sabe á punto fijo cómo se llamó el arquitecto que ideó una construcción tan singular y tan diferente de todos los demás templos de aquella época.

Desgraciadamente la catedral se encuentra en reconstrucción. Parece que una vez que León perdió su importancia política (en el siglo XIII), con su unión á Castilla, se descuidaron un tanto en reparar el magnífico edificio y, á pesar de su solidez asombrosa, se fué deteriorando poco á poco hasta que, ahora treinta años, se vió repentinamente que si no se trataba de refeccionarla corría el riesgo de que se arruinase por com-

pleto. La obra era costosísima y el dinero en España no es muy abundante, así es que se ha tardado mucho tiempo en aquella obra y aún falta para que se pueda dar al culto todo el edificio.

A pesar de que el suntuoso templo está oscurecido por andamios en el interior y en el exterior, que por todas partes se ven montones de tierra; que los altares están cubiertos con paños ó demolidos, el visitante se queda asombrado ante la esbeltez maravillosa de las columnas que sostienen las bóvedas y la altura de la techumbre. Fórmala tres naves divididas por delgadas columnas, y en la parte superior reina un balcón afiligranado sostenido por dos torrecillas que forman como los estribos de aquel curioso y original adorno. Multitud de estatuas de un tamaño mayor que el natural, representando Apóstoles, Vírgenes, Santos, Prelados, Reyes y Reinas, dan la espalda á las ventanas adornadas con ricos vidrios antiguos y muy bellos.

Bajo una espada que señorea el ángulo Norte del templo, flanqueada por las armas reales (un León y un Castillo), se encuentra el lugar en donde en los pasados siglos se administraba justicia. En lo alto de la principal portada del templo se ven rosetas de

piedra caladas con un primor y ligereza realmente extraordinarios. Aquellos encajes de piedra rodean una gran parte del edificio y están engastados en vidrios de colores arreglados con gusto exquisito.

Como en el interior del templo no hay culto, los Canónigos dicen misa, á la cual asistimos. En ese recinto se conservan los restos de Ordoño II, fundador de la primitiva catedral, y de Ramiro II, el sempiterno vencedor de los Moros en Osma, Simancas, Zamora, Salamanca etc. A este Rey le recompensaron—dice el cronista de León, Fray Atanasio de Lobera—con el título de *Canónigo* de la catedral, así como á muchos de sus compañeros después de la batalla de Clavijo.

Cada Rey, cada Obispo, que se sucedía en el mando civil ó en el gobierno eclesiástico aumentaba en algo el edificio, añadía alguna capilla, levantaba algún monumento ó le dejaba rentas mayores y concedía algún beneficio particular. Pero León, como hemos dicho ya, no brilló sino en época de lucha, de guerra, de combates con los Moros, de disputas con los vecinos, cuando se formaba el reino que debería llegar á su apogeo desde Isabel hasta Felipe II. Si la decadencia de España empieza con el siglo XVII, la de

León tuvo principio cuatro siglos antes, y desde entonces perdió su fama y empezó su ruina.

Por todas partes en León se ven antiquísimos y curiosos palacios; casas solariegas de familias cuyos descendientes no viven en aquella dormida ciudad, y muchos de los cuales no conocen siquiera la cuna de sus antepasados. Estos andan con el siglo, no viven sino en Madrid, no viajan sino á París ó recorriendo los baños de moda, y allí de-rochan las fortunas que otros adquirieron para legarles, y ! cuántos deshonoran el nombre clarísimo que brilló en los anales históricos de la Edad Media! Gran número de estos nobles hidalgos, acosados por las necesidades de la vida moderna, han vendido los edificios de sus mayores para usos viles, y se ven las armas esculpidas de los caballeros de otras épocas sobre las puertas de las tabernas y de corrales de animales inmundos!

Y esto no es todo: hay calles en que la mayor parte de los edificios están arruinados porque no han tenido compradores, y entonces los dueños los han abandonado á la mano del tiempo, que los está destruyendo paulatinamente, como sucede con toda casa inhabitada, como con todo cuerpo sin vida ni alma.

Después de la catedral, el monumento más interesante de León es la colegiata de San Isidoro. Fué edificada esta iglesia en el siglo IX para depositar allí los restos del cuerpo de *San Isidoro de Sevilla*, que no se debe confundir, como lo hacen viajeros y *libros de guía*, con *San Isidro Labrador*, el santo madrileño.

San Isidoro fué en un principio edificado para panteón de los Reyes de León, y reedificado después por Fernando I y por la Infanta D^a Sancha. Esta mandó que se entregase á los monjes ó Canónigos (llámanlos los cronistas) de San Agustín, así como regaló su palacio, que estaba al lado, para que sirviese de convento. Aún señalan la habitación que ocupaba D^a Sancha (mediados del siglo XI) en el edificio vecino al templo.

Los Arabes y los cristianos no estaban siempre de guerra, como se piensa generalmente, y la prueba es que habiendo pedido el Rey leonés al Musulmán de Sevilla que le devolviese el cuerpo de San Isidoro (Obispo cristiano del siglo VII, que á la entrada de los Moros había quedado en manos de éstos), el soberano africano lo hizo llevar en hombros de esclavos cristianos hasta Toro, límite del imperio musulmán entonces. Allí entregaron las cenizas del Santo Doctor al

Rey de León, quien lo recibió y cargó junto con sus hijos hasta depositarlo en el templo que había preparado para recibirlo. Entre los cuarenta y cuatro Reyes, príncipes y magnates que se encuentran enterrados bajo las bóvedas de San Isidoro, reposa también una hija del Rey moro, la bella Zaïda, esposa de Alfonso IV de León, quien se casó con ella una vez que la mora se hubo convertido al cristianismo. Estos hechos, y otros que no son del caso recordar, son prueba evidente de que el odio de los cristianos y los árabes no era tan inveterado y violento que no tuviesen algunas veces relaciones de amistad los unos con los otros.

La iglesia de San Isidoro es oscura, triste y lleva todas las señales de la época en que fué construída; en unas partes tiene el carácter puro bizantino, y en otras el gótico ojival más perfecto. El altar mayor es majestuoso y muy elevado. Delante del Santísimo Sacramento siempre expuesto (por privilegio especial de la Santa Sede), brillan noche y día doce cirios encendidos y cuatro lámparas, en medio de cuya luz se contemplan los primores de ornamentos que allí se encuentran y que eran mucho mayores antes de la invasión francesa, que pasó como un azote desolador por todas las ciudades de España.

Delante de este altar espiró Fernando I, quien, al sentir la agonía de la muerte, se hizo trasladar á la iglesia y murió sobre un lecho de cenizas y con los ojos fijos en el Dios vivo que mora sin cesar en el altar.

¡Qué de recuerdos históricos no se agolpan á la memoria en esta antiquísima ciudad!... En el monasterio de San Marcos padeció D. Francisco Quevedo estrechísima prisión por orden de Felipe IV. Allí, en triste calabozo, perdió su salud, su buen humor y hasta la esperanza. Y si salió vivo de la prisión fué para morir poco después, de resultas de lo que padeció allí.

Después de ver lo más interesante que encierra León, y pasear por las calles, y repasar por frente á la catedral y entrar á otras iglesias, nos recogimos temprano, puesto que al día siguiente muy de mañana deberíamos continuar nuestro viaje y penetrar en la Coruña.

CAPITULO XI

DE LEÓN Á LA CORUÑA.—LA CIUDAD DE CORUÑA.

El 21 de Septiembre al aclarar el día nos dirigimos á la estación del ferrocarril, la cual nos pareció mucho más cerca que el día anterior cuando nuestra imaginación nos había hecho ver un peligro que no existía.

Al principio, después de salir de la estación, la campiña no tiene nada de ameno; pero de *Villadangos* para adelante ésta se anima, se cubre de árboles frutales y de alquerías regadas por el río Orbigo. Pasámos por la ciudad de *Astorga*, sin detenernos. De lejos vimos sus murallas flanqueadas de torres almenadas, estilo enteramente del tiempo feudal. A pesar de los pocos habitantes que encierra (no alcanzan á 5,000), tiene una magnífica catedral, un Obispado, Seminario, muchas iglesias y antiguos conventos, hermosos edificios públicos, paseos, salones para recreos públicos, y todo el tren administrativo de una ciudad muy poblada.

Aquel país debe ser riquísimo en frutas variadas, pues en algunas estaciones nos

ofrecían canastitos de frutas : brevas blancas, duraznos, racimos de uvas negras y blancas. También salían al andén á vender agua fresca y pura y mantecadas exquisitas, todo barato y muy bueno.

El ferrocarril empieza en seguida á escalar una cadena de cerros, los cuales atraviesa por gran número de túneles sabiamente concluidos, cruzando sobre sí mismos y formando espirales que son una bellísima obra de ingeniería. De aquí para adelante á cada paso se ven bonitos valles, risueñas vegas, frescas arboledas, ruinas de castillos viejos, caseríos alegrísimos, pintorescos edificios y primero el río *Boeza* y después el *Sil* que acompañan la vía férrea durante muchas leguas.

Todos estos pueblos, todas estas villas encierran curiosidades históricas : en *Bembibre* la renombrada ermita del *Ecce-Homo* que atrae gran número de peregrinos el día de la fiesta patronal ; en *Ponferrada* su iglesia principal y el edificio del Ayuntamiento nos dijeron que encerraban muchas curiosidades artísticas y las ruinas de uno de los castillos más fuertes que poseyeron los templarios en España ; en **SOBRADELO** se ven construcciones góticas notables ; en **MONTEFURADO** un subterráneo de 400 me-

tros de largo por donde se mete el río *Sil*, restos de una obra magna de los romanos; en MONFORTE, ciudad de 11,000 habitantes, se encuentran antiguas fortificaciones y hermosas ruinas de conventos viejos.

El ferrocarril sigue abriéndose camino por el corazón de los cerros, y se suceden muchos túneles unos tras otros; detiéndose á cada paso en estaciones que sirven á multitud de caseríos que se ven por todas partes, en el fondo de los valles unos, en las orillas de los ríos otros y en las faldas de los montes muchos.

Dejámos atrás la estación de la ciudad de LUGO, fundada por los romanos con el nombre de *Lucus Auguste* ó *Lucense*. Esta ciudad, ocupada sucesivamente por los Suevos y los Arabes, y, por último, reconquistada por los hijos de Pelayo, fué fortificada en la época de su mayor auge con soberbias torres almenadas y murallas, dentro de las cuales ya no existen muchos de los edificios antiguos. Parece que los lugueses modernos se han aprovechado de los terraplenes de los antiguos muros para formar hermosos paseos aéreos con vistas sobre las adyacentes campiñas. Para los colombianos posee esta ciudad cierto interés por haber sido patria de los Fernández de Lugo, que tanta parte to-

maron en el descubrimiento y colonización de los territorios que hoy forman la República de Colombia.

Sin duda el día en que pasámos por aquella línea de ferrocarril debería de haber tenido lugar alguna fiesta popular en los contornos, pues salían los aldeanos á las estaciones vestidos de gala, y se oían músicas en muchas partes. El instrumento que hacía cabeza en estos conciertos populares era la *gaita*, estridente y melancólica al mismo tiempo. (1) Los hombres vestían á la antigua: pantalón negro muy ancho recogido sobre la rodilla, abotonada polaina, montera de colores vivos y chaqueta con alamares y bordados. Las mujeres usaban faldas anchísimas color amarillo vivo unas, colorado, azul, verde otras, y todas corpiño de terciopelo bordado; la cabeza cubierta con una cofia ó un pañuelo atado debajo de la barba, de colores brillantes, y sobre los hombros una especie de manto que llaman *dengue*. Olvidaba la media blanca y el zapato muy escotado con rosetas de cintas de alegres tintes en las mujeres, el cual se ve porque la falda

(1) Instrumento es la *gaita* que se parece al que en Colombia llamamos *chirimía*, el cual no es la misma *chirimía* española; ó ésta llamamos *caramillo* ó *capador*.

es siempre corta. En realidad el andén de las estaciones nos parecía la decoración de una ópera. “ ¡ Siquiera, pensé, hemos salido de las vulgares imitaciones de los vestidos franceses y nos encontramos en un país en donde el pueblo prefiere los hermosos vestidos de sus antepasados á remedar las invenciones de otras gentes ! ”

Pero nos equivocábamos : Galicia, como toda España, se civiliza *exteriormente* demasiado. Según vimos después y nos informaron en Santiago, los labriegos de los pueblos más infelices son los que aún conservan intacto el vestido nacional ; los habitantes de las villas y ciudades hacen gala de vestirse á la moda francesa y toman muy á mal que se les aconseje que no pierdan el hermoso carácter de sus mayores con ridículas imitaciones que no les convienen.

Corría el tren por aquel camino y corrían también las horas, de manera que cuando al fin llegámos á la ciudad de la Coruña hacía mucho tiempo que había cerrado la noche.

En el momento en que salíamos de la estación en busca de un vehículo que nos condujera al hotel, vimos agolparse la gente que aguardaba afuera hacia un grupo de caballeros, y oímos repetidos gritos de :

— ¡ Viva Pi-Margal ! . . . ¡ Viva el partido liberal !

No supimos hasta entonces que venía en el mismo tren este prohombre del partido liberal de España. Mal tercio nos hizo por cierto, pues los cocheros todos, ansiosos de contemplar al personaje político, no querían moverse de aquel sitio, y no fué sino cuando Pi partió con los amigos que le fueron á encontrar cuando logramos ponernos en marcha.

Llegámos al hotel F. á la una de la mañana; nos desmontámos, hicimos bajar nuestras maletas, entrámos al vestíbulo, nos salió á recibir un criado.

—¿ Nos podrán dar alojamiento ? preguntámos.

—No hay ningún cuarto desocupado, nos contestó.

El ómnibus había partido con los demás viajeros que iban á otros hoteles.

—¡ Y ahora qué haremos ! exclamámos.

—No tengan cuidado, nos respondió el hombre, después de haber entrado á consultar con alguien que no vimos ; dice la señora que si ustedes no piensan permanecer muchos días, podrán alojarse en los cuartos de un caballero que vive aquí ordinariamente, pero que se ha ausentado.

—Pero éste sería un abuso . . .

—¡ Ca ! nada de eso ; tenemos la llave y las alojaremos allí sin que él tenga noticia de nada.

Efectivamente, nos llevaron á una salita con su alcoba; todo bien aderezado y limpio. En el recibimiento vimos muchos libros: en la alcoba la bata del caballero ausente, colgada en una percha, el gorro en otro; las chinelas aquí, los guantes sobre un velador; las tarjetas de sus amigos en un lado, junto con cartas abiertas, álbums de familia.... Pena nos daba el considerarnos como intrusos en aquella habitación, pero no había remedio y fué preciso conformarnos.

En breve se presentó la huéspedea en persona, la cual con dos soñolientas maritornes, arreglaron las camas que con mucho gusto ocupámos, después de doce horas largas de viaje.

La ciudad de la Coruña, que cuenta más de 30,000 almas, es actualmente la capital de Galicia. Su importante puerto y hermosas fortificaciones la han dado el primer lugar entre las demás poblaciones gallegas, á pesar de que otras de aquella Provincia son mucho más interesantes por sus tradiciones históricas. Dícese que la ciudad es bella y muy alegre, pero no puedo decir que así nos pareciera cuando, después de haber dormido unas pocas horas, salímos á recorrerla. El tiempo estaba oscuro, el cielo gris, la mar cubierta de niebla, y á cada momento caía una llovizna destemplada y fría.

Hállase la población sobre una estrecha península que se extiende entre dos ensenadas; una abrigado y cómoda, otra desamparada y peligrosa. Está la ciudad dividida también en dos partes: la antigua y amurallada, y la moderna que es la parte alegre de la población. Si en la parte antigua no se encuentran sino calles estrechas, casas viejas y de fea construcción, en la nueva los edificios que se hallan á la vereda de los paseos públicos, son hermosos y cómodos. Casi todas las casas antiguas y modernas ostentan gabinetes espaciosos de cristales, que allí llaman miradores, por el estilo de los de Bogotá, pero más grandes, volados hacia la calle y unos sobre otros en cada piso de las casas, que tienen tres ó cuatro.

Entre las plazas de esta ciudad se encuentra una que llaman de *María Pita*, para honrar aquella heroína coruñesa, de la cual tanto se enorgullecen los gallegos. Ya que tropezamos con este nombre, bueno será que diga algunas palabras acerca de la historia de la ciudad. Dícese que su nombre es derivación de la palabra celta *coryn*, que significa lengua de tierra, ó del latín *colimna*, por la llamada *columna de Hércules*, torre antiquísima que aún existe y que los arqueólogos dicen ser obra de los *fenicios*,

reedificada durante la dominación romana, según una inscripción descubierta en una peña cercana. (1) La ciudad, durante la época en que perteneció á los romanos, se llamó *Portus Magnus*; no se sabe el papel que desempeñó en la época de los visigodos, pero sí que el árabe Almanzor se hizo dueño de ella al fin del siglo X. Vuelta al poder de los cristianos no muy tarde, tuvo que sufrir sin embargo mucho de los ataques de los Normandos que solían asolar aquellas costas; en lo demás corrió la suerte del resto de Galicia. En aquel puerto desembarcó en 1506 Felipe I el Hermoso, con su mujer D^a Juana, llamada *la Loca*, la desventurada víctima del amor conyugal. Allí estaba su hijo Carlos V cuando en 1520 convocó aquellas Cortes que fueron tan adversas al viaje del Rey á Alemania, y produjeron la guerra civil llamada de los Comuneros; en Coruña se asiló la escuadra llamada orgullosamente por Felipe II *la Invencible*, y que sin embargo fué desbaratada, no por las fuerzas de la Reina de Inglaterra, sino por las horribles

(1) Hállase esta curiosa torre en el vértice de la Península de Coruña sobre rocas escarpadas; mide 41 metros de altura; es de forma cuadrada en su base y hoy sostiene un faro que está á 150 metros sobre el nivel del mar.

tempestades que la acometieron, pues así castiga Dios á la soberbia. Contra Coruña se descargó en seguida la cólera de la Reina Isabel, pues á tomarla mandó á su Almirante favorito, el pirata Drake, con 70 navíos y 14,000 hombres de desembarco. La guarnición de los fuertes estaba desprevenida y, á pesar de que se defendió lo mejor que pudo, los ingleses adelantaban paso á paso é iban tomando las murallas unas tras otras. Parecía irremediabilmente perdida la plaza, cuando de repente se abalanza una mujer hacia el lugar más amenazado; arranca la espada á un soldado que iba ya en retirada, y adelantándose hacia la ancha brecha abierta por los ingleses en una de las murallas:

— ¡Atrás! grita con estridente voz, levantando la espada en alto.

Los enemigos, sorprendidos, se detienen. Pero uno de éstos, que llavaba una bandera, avanza; ella le abre la cabeza de un sablazo, se apodera de la bandera del que cae como una mole á sus pies, y volviéndose á los españoles:

— ¡A ellos, á ellos! grita, abrazando el escudo del muerto y arremetiendo denodadamente por en medio de los ingleses.

Los sitiados cobran fuerzas y valor y todos atacan con redoblado ánimo á los enemigos;

éstos más y más atónitos vuelven repentinamente caras; persíguelos María Pita, pues así se llamaba aquella mujer valiente, acompañada por sus conciudadanos, y les obliga á reembarcarse, no sin dejar la playa sembrada de cadáveres.

Al tener noticia Felipe II de aquel acto heroico, mandó dar á María el grado de Alférez y el sueldo de este grado, de por vida; gracia que Felipe III perpetuó en sus descendientes.

Dice una antigua crónica que la audaz coruñesa “era gigantona y de nariz corva.” y que estaba llena de coraje porque su marido acababa de ser muerto en el primer ataque de la plaza por los ingleses.

Los coruñeses no sólo han denominado una plaza con el nombre de María Pita, sino que la han mandado levantar una estatua.

En los siglos XVII y XVIII Coruña adquiere importancia mercantil. De allí salieron expediciones colonizadoras para poblar á América, llevando principalmente gallegos que iban á buscar fortuna en Chile, la Argentina y otras posesiones españolas del Nuevo Mundo.

De Coruña salían los correos que ponían en comunicación las colonias con la Madre Patria cada dos meses, en el siglo XVIII;

y de allí salió el Barón de Humboldt con Bonpland para visitar la América del Sur, al principiarse el mes de Junio de 1799.

A la entrada del puerto, sobre un islote, hay un castillo llamado de *San Antón*, el cual ha servido para prisión de Estado. Allí estuvo encarcelado D. Pedro Macanaz, Ministro de Felipe V; y un nieto de éste, D. Melchor, también fué encarcelado en la misma prisión por Fernando VII. Fuera de éstos, muchos otros desgraciados que perdieron el favor de los Reyes de España, sufrieron en aquel castillo la pena de prisión. Al tiempo de embarcarse, Humboldt dice: “Nuestros ojos se fijaron detenidamente sobre el castillo de San Antón, en donde el desventurado Malaspina gemía entonces en una prisión de Estado. En el momento de abandonar á Europa para visitar los países que el ilustre viajero había recorrido con tanto fruto, hubiera deseado ocupar mi pensamiento con un objeto menos doloroso.”

En la Coruña hay muchas iglesias y conventos, y si algunos son interesantes como recuerdos de otras edades, ninguno presenta valor artístico. Como ciudad fabril tiene porvenir. Su fábrica de cigarros da de comer á más de cinco mil mujeres. Los hombres encuentran trabajo fácilmente en las manufac-

turas de vidrios, de tejidos varios, de jabón, cerveza, encurtidos etc. Hay algunas imprentas, fotografías, litografías y muchos establecimientos mercantiles de bastante importancia. Salen de aquel puerto diariamente vapores que tocan en muchas ciudades del litoral de la Península; llegan con mucha frecuencia vapores de las principales Compañías trasatlánticas europeas que van á Sur-América, y su comercio de exportación é importación es considerable.

A pesar de esta prosperidad, ó más bien con motivo de lo frecuentado de su puerto por aventureros del mundo entero, la población de la Coruña es considerada como particularmente inmoral. Los vicios hacen allí estragos, siendo, según nos aseguraron varios gallegos, la más corrompida de toda España sin exceptuar á Sevilla, en donde se dice que los vicios tienen amplio campo en donde solazarse. Entre las personas importantes que han nacido allí en este siglo, debemos contar entre los hombres políticos á Nocedal, y entre los literatos á Bermúdez de Castro y á D.^a Emilia Pardo Bazán.

CAPITULO XII

GALICIA.—DE CORUÑA Á SANTIAGO DE COMPOSTELA.

Permítaseme, antes de continuar mi relación, que haga aquí una breve reseña de la historia de Galicia; parte de España muy poco visitada por los viajeros americanos, y de la cual, realmente, tenemos en Hispanoamérica poquísimas noticias.

Situada Galicia al Nordeste de la Península ibérica, se halla enclavada entre Portugal, el Atlántico y los antiguos reinos de León y Asturias. Hoy día está dividida en cuatro Provincias y cinco Obispos, á saber: Santiago, Lugo, Mondoñedo, Orense y Tuy.

Los romanos dieron al país el nombre de Gallecia, por ser habitado por los Galls. Los pobladores han conservado el carácter *celta*, unido al de los *cimbrios* (ó *kimris*) que invadieron aquellos territorios en época remotísima y se amalgamaron con los antiguos habitantes de esos lugares. Los celtas tenían nociones de artes, conocían el uso de los metales y la explotación de las riquezas agríco-

las. Los romanos que llegaron después introdujeron y propagaron el cultivo de la viña, cultivo é industria que hoy es la mayor riqueza del país.

Desde tiempo inmemorial los gallegos eran muy adictos al baile, y según los historiadores romanos que hacen la descripción de aquellas danzas, aún se conservan con los mismos caracteres.

Los cantos populares gallegos, *atalas*, *muñeiros* y *alboradas*, que tuvimos el gusto de oír después en Madrid en casa de la señora D^a Emilia Pardo Bazán, son extraordinariamente apasionados, y al mismo tiempo tienen notas lánguidas y tristes como lo son todas las músicas de los montañeses, como lo son los cantos de los pueblos que han perdido su personalidad en la historia y se hallan supeditados por otros. El canto que llaman *alborada*, que se ejecuta acompañado por una gaita y un tamboril, tiene acentos tan originales como no se encuentra en ninguna otra música del mundo. Son éstos quizás ecos de las baladas de los *kimris*, sus antepasados (1), ó de aquellos misteriosos habitantes prehistóricos que poblaban esos

(1) Dícese que Goanod se apoderó de algunos de estos cantos cuando compuso la danza de las Bacantes.

territorios cuando los celtas se apoderaron de ellos.

Colonizada parte de las costas de Galicia por los fenicios, éstos introdujeron las bellas artes entre sus habitantes, y dicese que se encuentran aún restos de monumentos levantados por los *fenicios* y por los *cartagineses*. Por muchos años los gallegos hicieron frente á la invasión romana; capitaneados por el lusitano Viriato lucharon largos años contra el Imperio Romano, pero fueron vencidos definitivamente y toda Galicia cayó bajo la dominación de Roma. Sin embargo los antiguos cronistas gallegos aseguran que en el interior de las montañas y en el fondo de aquellos valles se conservó siempre la raza pura que no se amalgamó nunca con la extranjera.

Según una piadosa tradición, aceptada por los antiguos historiadores, débese á Santiago el Mayor la introducción del Cristianismo en todo el Norte de España. Cuando los suevos llegaron á Galicia, los habitantes del país se unieron á ellos y aceptaron sin dificultad la soberanía de éstos, pues tenían la misma Religión, eran católicos. No sucedió lo mismo con los Visogodos: mientras que éstos permanecieron arrianos, los gallegos se opusieron á su dominación. Una guerra civil

eruenta y continuada despedazó aquel país durante largos años; pero vencidos al fin los gallegos, se vieron incorporados en la monarquía visigoda. Sin embargo ya no les pesó tanto, porque sus vencedores se habían convertido al Catolicismo.

La invasión árabe no llegó á Galicia sino parcialmente. Los africanos no tuvieron empeño en conquistar esos países fríos, de destemplados vientos, aquellas agrias montañas habitadas por tan rudos y valientes pueblos; así, no tuvieron inconveniente en retirarse de allí.

Pero si los árabes no les dieron que hacer en el interior del país, y si rarísima vez solían llegar hasta sus montañas, en cambio desde el siglo IX empezaron á ver visitados sus puertos por los normandos, los cuales asolaban las costas cantábricas, saqueaban los lugares más importantes y cometían toda suerte de barbaridades. Por otra parte las disenciones políticas tenían continuamente á Galicia en un estado de completo desorden: Príncipes, Obispos, Señores, y los Merinos ó Gobernadores que enviaban los Reyes Godos á administrar justicia en su nombre, atacaban y eran atacados sin cesar por los burgueses libres de las villas y ciudades que defendían con denuedo sus franquicias y pre-

rrogativas antiguas, infringidas incesantemente por los que procuraban tiranizar á cuantos estaban bajo sus órdenes.

Con motivo de afinidades de raza, de lengua y también de costumbres, los gallegos, hasta el día de hoy, simpatizan más con los lusitanos ó portugueses que con los castellanos, catalanes y andaluces; y en aquellos tiempos remotos auxiliaban con más gusto á sus vecinos del Sur, que obedecían á los godos. Encuéntrase, pues, á cada paso en la historia que si no ofrecían con buena voluntad sus servicios á los Reyes de León y de Castilla, solían volar prontamente á auxiliar á los portugueses contra los musulmanes. Los portugueses debieron á los gallegos la reconquista de la ciudad de Lisboa que los árabes habían sojuzgado.

Siempre indómito y pronto á rebelarse anduvo el pueblo gallego hasta el siglo XV. Los Reyes Católicos se vieron en la necesidad de visitar personalmente á Galicia y fundar allí una Audiencia consultando el gusto del pueblo que rechazaba los empleados que la Reina de Castilla había enviado.

Pero es preciso confesar que si los gallegos se han manifestado siempre amigos de su independencia y de su soberanía en su propia tierra, cuando salen de ella son muy

diferentes. Como soldados son obedientes, como labradores sumisos, como sirvientes respetuosos, y en todos los empleos en extremo honrados. Si es cierto que el gallego, por lo general, carece de iniciativa, en cambio es constante en el trabajo y sincero en sus palabras, y tan económico y laborioso que fuera de Galicia conquista casi siempre fortuna, de la cual goza sin jactancia, con modestia y seriedad.

Como mi intención era seguir lo más pronto posible hacia Santiago de Compostela, y no hay vía férrea por ese lado, quise buscar puestos en una diligencia que partía á las dos de la tarde. Pero no hubo ninguno disponible.

El criado ó *factotum* del hotel me dijo entonces que podría tomar un coche particular si así lo deseaba; y me llevó á un amigo suyo que, según me dijo, poseía un carruaje muy *confortable*, en el cual nos podría llevar en pocas horas para Santiago.

Me pidió un precio muy subido, según me dijeron después, y al fin nos arreglamos.

—¿En cuántas horas llegaremos? pregunté.

—La diligencia, me contestó el propietario del coche, estará en Compostela poco después de oscurecer, y si salimos antes. . . .

—¿Estaremos á las seis?

—¡ Vaya si estaremos !

—¿ Me lo asegura usted ? pues no quiero viajar de noche.

—¡ Ca ! El coche, un landó muy bueno, no irá pesado ; mi *ganado* es excelente tempranito llegaremos.

—Pero cambiará usted en el camino, ¿ no es así ?

—¡ No habrá necesidad ! Ya verá cómo vuelan mis caballos. Están enseñados á sorberse las leguas, como la mar los ríos.

Vi que cambió una mirada con el criado (mirada cuya significación no comprendí sino después), cuando repuse :

—Queda arreglado el trato ; pero usted se compromete, ¿ no es así ? á ponernos en Santiago antes de las seis.

—¡ Cómo no ! contestó sonriendo socarronamente, ¿ he dicho lo contrario ?

—Bien. Traiga usted su carruaje inmediatamente.

—Antes de que rece un credo estará á la puerta, dijo, y se despidió recomendándonos que nos alistáramos pronto.

Avisé á la señora del hotel que íbamos á partir inmediatamente y le pedí mi cuenta.

—¿ Es decir que siempre se van ustedes hoy mismo y no quieren aguardar la diligencia de mañana ? me preguntó.

—Me urge llegar á Santiago, la dije, y he arreglado con el dueño del coche para que nos pongamos en marcha inmediatamente.

—¡ Vaya que están ustedes apuradas! . . . Además, añadió, ya le dije al chico que había pedido muy caro . . . pero así son todos ellos, se aprovechan de la ocasión.

—Es la verdad que el precio me ha parecido excesivo.

—Oiga usted, me dijo acercándose y bajando la voz; no se vayan hoy, no se vayan; es mejor que tomen los puestos en la diligencia de mañana, porque ya verá usted que

Se detuvo, me miró un momento, no acabó la frase.

—¿ Qué veré? le pregunté.

—Voy á cambiar á usted este billete, contestó, volviendo la espalda, sin contestar á mi pregunta.

Pensé que era natural que la dueña del hotel tuviese interés en que nos quedásemos más tiempo en él, y no hice caso de aquella simi-advertencia. No fué sino después, y cuando ya el asunto no tenía enmienda posible, cuando me acordé de las palabras de la huésped, y vi que sus reticencias encerraban quizás consejo que por algún motivo no se atrevía á formular con claridad.

Efectivamente el landó no era malo, y los dos caballos que lo tiraban salieron con brío.

Atravesámos la población y salimos á un camino pintoresco. En breve dejámos atrás la ciudad y pasámos por delante de hileras de casitas de pescadores, desparpajando á derecha é izquierda nubes de chiquillos que jugaban en la vía. Aquí y allí se veían sucias tabernas, madres legítimas de las *chicherías* que se ven en la Sabana de Bogotá, sólo que en las primeras no se embriagan los que las frecuentan con *chicha* y aguardiente, sino que toman vino y ron. Además, es preciso confesar que los españoles son sobrios por lo general, y es un fenómeno ver á alguno embriagado por la calle.

Poco á poco fueron escaseando las casas á la vera del camino, y ya sólo encontrábamos alquerías, casas de campo, labranzas, sementeras, arboledas, riscos, cerros á lo lejos; los cuales se fueron acercando y empezámos á subir por una ladera suavemente inclinada.

Pero si al principio nuestro carruaje rodaba alegremente por el camino, á poco fué decayendo su rapidez y al fin iba lentísimamente. El mayoral y su acompañante echaron pie á tierra y dejaron que los caballos caminaran paso á paso.

El camino estaba poquísimamente frecuentado. Tal cual arriero detrás de alguna recua de mulas, pasaba rápidamente á nuestro lado, y todos los que nos alcanzaban en breve, nos dejaban atrás.

En una pendiente algo más fuerte, y cuando parecía que los caballos no daban casi un paso adelante, nos alcanzó un hombre joven, fornido, alto, vestido á la moda del país: calzón corto, polainas, chaqueta holgada y sombrero alón. Inmediatamente entabló conversación en gallego con nuestros conductores, accionando con el grueso bordón que llevaba en la mano, y mirándonos de cuando en cuando por la ventanilla que llevábamos abierta. Aquello se prolongaba; los caballos caminaban á paso de tortuga; yo perdí la paciencia.

—Vamos, dije sacando la cabeza, ¿no apuran ustedes el paso? Si así continuamos, no llegaremos á Santiago con luz.

—¡Con luz, dijo el mayoral! Si Dios quiere, estaremos en Compostela á las ocho lo más temprano.

—¡Cómo es eso! exclamé, ¿no me había asegurado usted que antes de oscurecer estaríamos en la ciudad?

No se dignó contestar. Dió un grito á los caballos, que siguieron el camino lentamen-

te, y él se quedó atrás conversando con animación con sus compañeros.

No podíamos hacer nada. Era preciso resignarse, puesto que estábamos en manos de aquellos hombres, sobre los cuales no teníamos influencia alguna, ni medios de obligarlos á apurar el paso.

A poco oímos gran ruido de cascabeles hacia atrás. Era la diligencia, que había salido una hora después de nosotras, que se acercaba. Al verla nuestros conductores subieron prontamente al pescante, animaron con la voz y el látigo á los caballos, que salieron al trote largo; dejámos atrás la diligencia y por algún tiempo continuamos marcha á paso acelerado. Pero al llegar á un recodo del camino, los caballos dejaron el trote por un paso más lento, y momentos después tuvimos la pena de ver pasar á nuestro lado la diligencia, con sus zagales animosos que corrían á pie cerca de las ocho ó diez mulas cargadas de cascabeles y arrastrando la enorme máquina llena de gente adentro, encima y hasta de pie sobre el escalón exterior.

Entre tanto que el carruaje pasaba como un huracán, nosotros continuamos nuestro paso de tortuga. Al fin llegámos á una hostería á cuya puerta se había detenido la dili-

gencia. Los pasajeros habían bajado al camino real y se desentumecían dando vueltas por él; los conductores desenganchaban las mulas y con gritos y maldiciones sacaban otras para reemplazarlas.

Siempre á paso corto dejámos ahí la diligencia y continuamos nuestra marcha. Era por lo menos un consuelo el pensar que se había detenido nuestra rival y que quizás la adelantáramos.

El sol marcaba las cinco de la tarde; el paisaje era agreste. Aquí y allí á nuestra derecha se veían cerritos bajos, algunos de ellos cubiertos de maleza y otros que tenían en su cúspide castillos vetustísimos ó alquerías. Más lejos pasámos por un lado de un pintoresco valle. Nuestros conductores apuraron un poco los caballos y entrámos á un poblado tristísimo y al parecer abandonadas sus casas, la mayor parte cerradas y casi en ruinas. A la izquierda vimos el campanario de una iglesia y á la derecha había otra sin torre; cerrada, parecía arruinada. Al frente de ésta, á la puerta de una taberna que se veía sucia y oscura, pararon nuestro coche.

Después supimos que aquel pueblo se llamaba Ordenes, que se halla á la mitad del camino entre Coruña y Santiago; pero entonces afortunadamente nos alucinábamos

con la idea de que no deberíamos de estar lejos de la ciudad, puesto que la diligencia quedaba atrás y que ésta debería llegar antes de que oscureciera. En esto también nos habían engañado, pues la diligencia no llega hasta las ocho de la noche.

Los conductores se acercaron á las ventanillas del coche.

—Vamos á dar de beber y un pienso á los caballos, nos dijeron.

—¿Y seguiremos en breve?

—Luégo, luégo, contestaron desenganchando los sudorosos bucéfalos y llevándose los no supimos adonde.

Al cabo de corto rato volvieron los hombres solos y entraron al mesón, en el cual se oía ruido de platos y de voces.

—Bien, pensámos, ¡qué remedio! Hombres y bestias tienen que comer.

—Se pasaron tres cuartos de hora. De vez en cuando salían de la taberna hombres de mala catadura, mujeres no muy limpias que nos contemplaban por una y otra ventanilla y volvían á entrar cuando las mirábamos. Resolvimos bajar del coche y dar una vuelta por el camino, sin perder de vista el landó, pues en el interior iban nuestras maletas.

La diligencia pasó de nuevo haciendo el acostumbrado ruidaje de cascabeles, de ca-

denas, de sacudidos vidrios, y acompañada por los gritos é imprecaciones de los conductores de las briosas mulas. Hacía una hora que estábamos allí. Volvimos á sentarnos en nuestros puestos. El sol había bajado sobre el horizonte. Nos encontrábamos dos mujeres solas en el fondo de aquellos riscos, un país extraño, sin amparo, sin que nadie que nos conociera supiese en donde nos halláramos, y á la merced de aquellos hombres... Recordé por primera vez, pues esta idea no me había venido antes, que estábamos en un rincón de España... ¡de esa España en donde habíamos leído que con frecuencia los salteadores atacan á los viajeros en los caminos reales, de cuyos lances están llenos los libros de viajes!... Era una imprudencia imperdonable la que habíamos cometido! ¿Qué hacer? Salir de una vez del susto; averiguar si aquellos hombres seguirían adelante ó nos detendrían allí hasta que llegara la noche.

Abrí la portezuela; bajé del coche y me dirigí á la puerta del mesón. En el interior de un cuarto oscuro, vi entre sombras algunos hombres sentados delante de una mesa, en la cual debía de haber comida aderezada con aceite rancio, pues el olor era insoportable.

—¿En dónde están los conductores de nuestro coche? pregunté.

Nadie me contestó.

—Hace más de una hora que estamos aguardando, repuse; es preciso que partámos, agregué con voz firme.

—Los conductores del coche, ¿dice usted? contestó un hombre, que sin duda era el hostelero, saliendo de entre las sombras, y con acento rudo, añadió: están comiendo. ¿Le parece á usted que ellos no tienen también que hacer por la vida, como ustedes?

Sin duda nos habían visto abrir un canasto con fiambre, que llevábamos para no tener que apelar á las comidas poco aseadas de las tabernas de los caminos, y aquello había enfadado al dueño del mesón, que no tuvo que vendernos cosa alguna.

—Naturalmente tienen que comer, respondí, pero creo que en más de una hora han tenido tiempo para hacerlo.

—Esa es cuenta de ellos, repuso el hombre; cuando lo tengan por conveniente engancharán.

Y diciendo esto, me volvió la espalda y se perdió entre las sombras del interior.

Volví á buscar á mi compañera. El cielo estaba ya opaco; un airecillo fresco hacía mover las hojas de los árboles y soplaba entre los tejados de las casas. Las puertas se habían cerrado; el camino estaba solitario; la noche se acercaba . . .

Mil negros temores me asaltaron, sin acertar á ponerle remedio á la situación. Llevábamos dinero para gastos de viaje y algunas joyas para entregar en Madrid, las cuales no nos habíamos atrevido á enviar directamente en los baúles que despachámos adelante. Si nos robaban, nuestra situación era doblemente penosa. ¿Qué deberíamos hacer? Manifestar desconfianza era una imprudencia; apurar á aquellos hombres era inútil y tal vez contraproducentem. Nos vestimos de paciencia y aguardámos en silencio á nuestros conductores.

Estaba casi oscuro cuando al fin trajeron los caballos, los engancharon, se despidieron largamente de los taberneros, y nos pusimos en marcha.

El acompañante del camino había desaparecido antes de que llegásemos á Ordenes. Mi imaginación me lo representaba apostado adelante con otros compañeros y aguardando nuestra parada, como lo tenía arreglado, sin duda, con nuestros conductores. Los dueños de la taberna, pensé, están en el *complot*, y sólo esperaban que se acentuasen las sombras de la noche para ponerlo en planta. Los dueños del coche podían hacer el papel de defenderse ó de verse agobiados por los salteadores. . . . Recordé las miradas

que cambió el criado del hotel con el conductor del coche, el cual sin duda tenía por misión entregarle los viajeros que debería saltar; me vino á la memoria lo que había dicho la dueña del hotel, la cual tendría sospechas de lo que podría suceder y acalló su conciencia con aquellos consejos que nada querían decir en resumidas cuentas.

— ¡ Debimos quedarnos en el pueblo ! dije al fin, sin poder contener mis temores. Podíamos haber apelado al Alcalde . . . haber pedido consejo al Cura . . .

— ¡ Y habernos puesto en ridículo ! exclamó mi compañera. ¡ Si en realidad no hay motivo para temer, ¡ cómo se burlarían de nuestro miedo ! . . . Por otra parte, si ocurre una aventura con ladrones, esto es característico de España, y siquiera veremos algo diferente . . .

Aunque esta perspectiva no me divertía absolutamente, como no podíamos hacer nada, resolví no alarmarme demasiado; ¡ á lo hecho pecho ! y andando.

El camino estaba solitario cuando salimos de Ordenes; los caballos adelantaban á buen paso; no había á uno y otro lado árboles ningunos; una cerca de ramas que apenas distinguíamos dividía la vía pública de los sembrados ó campos adyacentes. Frente á

una puerta de madera vimos á un gendarme ó *carabinero* armado con un fusil: parecía aguardar alguna cosa.

— ¡Vaya! pensé, esto está bien; quizá la policía haya tenido noticia de alguna trama, y está sobre aviso.

Habríamos caminado una hora ó más tiempo cuando oímos á lo lejos el chirrido más agudo, más agrio, más ofensivo á las leyes de la armonía, más áspero y desapacible á los oídos de personas civilizadas, más estridente, más singular, más continuado y más intolerable posible. Este ruido fué haciéndose más fuerte y ensordecedor. Sacamos la cabeza por la ventanilla, por ver qué significaba aquello; el coche había tomado un lado del camino en lugar de seguir por la mitad, como hasta entonces; adelante vimos una hilera de diez, veinte, treinta carros cubiertos con telas blancas, tirados por mansos y tardos bueyes, guiados por especie de fantasmas en calzoncillos y en mangas de camisa.

Aquellos carros, ó más bien las ruedas de ellos, eran los que chirriaban con sonido tan extraordinario, el cual, nos dijeron después, gusta mucho al ganado; en los viajes nocturnos no les permite dormir y les da ánimo para continuar la marcha. ¡Sin duda

por una aberración incomprensible, debe de divertir también á los carreteros (“¡ de gustos no hay nada escrito!”) semejante desarmonía! Parece que tienen arregladas las ruedas de una manera especial para que *canten* más ó menos recio, mientras que se hallan en campo raso, pero al entrar en las poblaciones se les obliga á que los carros pierdan la facultad de producir ese horrible sonido.

De allí para adelante á cada rato encontrábamos estas curiosas hileras de carros, los cuales á D. Quijote hubieran parecido demonios que llevaban al infierno cargamentos de Caballeros andantes ó de Princesas encantadas.

Poco á poco habíamos perdido el temor de ladrones, y la idea de la confabulación de nuestros conductores con salteadores de camino nos empezaba á causar risa. Además, las casas se hacían más frecuentes á la vera del camino, y á cada paso encontrábamos caminantes y arrieros con mulas y caballos cargados, y mujeres, caballeras en asnos. Sea que el dueño del coche fuera realmente hombre inofensivo y honrado y no hubiese tenido malas intenciones, ó que lo frecuentado del camino esa noche le impidiese llevar á cabo lo que tenía preparado, lo cierto

es que se pasaron las horas y llegamos á Santiago de Compostela sin que nos hubiese ocurrido aventura ninguna.

El camino se convirtió en calle; el coche moderó el paso y empezamos á subir una colina bastante escarpada. Al fin se detuvo el coche, nuestros conductores hablaron con unos hombres que estaban en una esquina, y el dueño del coche bajó y se acercó á la ventanilla.

—¿A qué hotel van ustedes? nos preguntó.

—A la Fonda Suiza, contestámos; ¿no es esa la mejor de Santiago?

—Así será. . . .

—Vamos, pues, andando.

—Es preciso que echen pie á tierra, nos dijo. Los coches no pueden entrar al interior de la ciudad, en donde está la Fonda Suiza.

—¿Y qué haremos con nuestras maletas?

—Aquí hay un criado del hotel que las llevará.

Pocos momentos después, habiendo cruzado por angostas y silenciosas calles embaldosadas íntegramente, y pasado por debajo de portales oscuros, llegamos, á las diez de la noche, á la Fonda Suiza. Allí nos recibieron con atención, nos dieron de cenar y un cuarto con dos camas en donde reposar nuestros cansados miembros.

CAPITULO XIII

SANTIAGO DE COMPOSTELA Y SU HISTORIA.

Hállase Santiago de Compostela á 263 metros sobre el nivel del mar; edificáronla sobre las faldas de una colina en torno de la catedral que se encuentra en la cumbre. A cierta distancia una serie de cerros más altos la dominan y circuyen, uno de los cuales es el llamado del *Humilladero*, en donde se postraban los peregrinos al avistar la que llamaban Jerusalem de Occidente. Cuenta unos 25,000 habitantes, y aunque ya demolió las almenadas murallas que antiguamente la defendían, ha conservado el aspecto característico de una ciudad de la Edad Media. Por todas partes hállanse hermosas plazas circundadas por monumentos religiosos ó de caridad, obras todas de los pasados siglos, comunicadas unas con otras por estrechas y serpentinadas calles, en las cuales aún se ven antiguos palacios que os-

tentan sobre las portadas las armas y esculpidos blasones de los caballeros nobles que antaño los habitaban.

Casi todas las casas son de piedra ó de ladrillo descolorizado por el tiempo y la intemperie. Algunas calles están oscurecidas por portales bajos y tristes que les dan un aspecto lúgubre y sombrío. El transeunte, sin embargo, que por un momento se siente trasportado á la época de los primeros Alfonsos, de repente despierta de ese sueño retrospectivo para volver al presente, al ver las vidrieras de las tiendas de modas que ostentan en sus escaparates dijes parisienses sedererías y sombreros, libros modernos y fotografías de los personajes de fin del siglo XIX. En las plazas y esquinas de las calles se levantan faroles de gas cuya roja luz, al cerrar la noche, parece un anacronismo en medio de aquellos recuerdos del pasado. En torno de las fuentes de cristalinas aguas se disputan, charlan y se ríen las mujeres de la vecindad, descansando bajo los árboles recién plantados. Pero hay en Santiago costumbres que chocan al extranjero y que afean los hermosos monumentos artísticos que allí se encuentran, y es la espesa capa de polvo que todo lo cubre, la basura é inmundicia que impide el paso, el hábito

arraigado de no barrer jamás, y la multitud de mendigos, que son más numerosos aún que en las Castillas. Estos asaltan al viajero á cada paso, le interrumpen, le importunan, le asedian, le interpelan, le apremian, le tienden las manos, le dan voces y se interponen entre él y cada objeto que quiere contemplar; le siguen y rodean, le llaman por todas partes, se presentan á la vuelta de cada esquina, le impiden la entrada de las iglesias y le quitan el placer que le causa recorrer aquella curiosísima ciudad.

Como dije al principio, las calles están embaldosadas íntegramente, y como muchas se hallan en pendientes más ó menos rápidas ni los coches ni los carros pueden transitar por ellas, y no se oye aquel rumor continuo de ruedas que caracteriza á las ciudades europeas. Esta parece una ciudad inhabitada, solitaria, silenciosa; las gentes gustan mucho de quedarse en casa, así es que aquella soledad y ese silencio no se ven interrumpidos sino por el toque de las numerosas campanas de las iglesias y conventos que invitan á orar á toda hora del día y de la noche; ó por el paso de alguna mula ó caballo cargado y seguido por el arriero que canta algún refrán popular; ó por el repentino grito de alborozo de los niños que salen

de las escuelas, que las hay aquí en gran número. (1)

Pero antes de proseguir, permítaseme aquí abrir un paréntesis, para hacer una reseña breve de la historia de la ciudad de Santiago, cuyo origen, como todos lo saben, está en el encuentro que tuvo lugar en el siglo IX del sepulcro del hijo de Zebedeo y discípulo de Nuestro Señor Jesucristo, en aquel rincón apartadísimo de la Península hispánica.

Como ya vimos antes, se atribuye á Santiago el Mayor la conversión de los habitantes de todo el Norte de España, á saber: los países Vascos, Asturias y Galicia. El Após-

(1) Además de la Universidad, el Seminario, el Instituto, la Escuela Normal, las Escuelas de Veterinaria, las de Sordo-mudos y de Ciegos, hay cuatro Colegios de segunda enseñanza, Escuela de Artes y Oficios (de Dibujo, de Música, de Comercio, de Idiomas), sostenida por una "Sociedad de amigos del país," que no ahorra desvelos para instruir al hijo del pueblo y la cual ha fundado una "Caja de Ahorros" que ha hecho grandes beneficios. Hay varios Colegios de niñas huérfanas, y Escuelas dominicales para párvulos y adultos. Doce Escuelas primarias para niños y niñas sostenidas por el Ayuntamiento, y muchos Colegios particulares para niños de uno y otro sexo. No hay que olvidar en esta lista un Colegio de Misioneros para Tierra Santa y Marruecos.

tol regresó, según la tradición, á Jerusalén llevando consigo varios discípulos gallegos; y cuando allí fué degollado por orden de Herodes, sus discípulos resolvieron regresar á Galicia, llevando consigo el sagrado cuerpo del Apóstol. Perseguidos por los enemigos del Cristianismo, y temiendo que les quitaran las venerandas reliquias, resolvieron internarse dentro de las montañas de su país, y allí, habiendo encontrado una cueva en la cumbre de una colina, coronada por espeso bosque, ocultaron el sepulcro del Santo. Pasaron los años y los discípulos de Santiago murieron uno á uno; dispersáronse los que les acompañaban y se perdió la memoria del lugar en que se hallaba el sepulcro.

A principios del siglo IX existía en las orillas del Océano una ciudad (cuyas ruinas apenas se conservan hoy día) llamada Iria Flavia. Fundada por los celtas, poblada por los suevos, hermoseedada por los romanos, la habitaron después fervorosos cristianos que edificaron allí templos y erigieronla en Obispado. En el siglo de que arriba hablamos, regía la Sede Episcopal un Prelado muy devoto, llamado Teodomiro. Un día se le presentó un ermitaño misionero que consolaba á los habitantes del interior del país, y le dió parte de un extraño fenómeno que todos

habían presenciado. Decía que en noches oscuras veíase aparecer sobre la cumbre de una colina una estrella, la cual iba á posarse sobre un añoso roble que se hallaba en la parte más elevada de la eminencia. No lejos de aquel lugar se hallaba un castillo llamado de Solobio, que pertenecía á un caballero noble, quien, así como los labradores de los contornos, había notado también ese fenómeno. Previendo algún suceso extraño á la Religión, pues en aquella época todo se rozaba con ella en la vida humana, el Obispo partió con algunos Canónigos de su Catedral y fué á pernoctar en el castillo. Allí presenciaron todos lo que había dicho el ermitaño, y, sin aguardar á que llegase el día, el piadoso Teodomiro se puso en marcha al través de las breñas, y, abriéndose camino hasta el sitio en que había visto posarse la estrella, encontró que al pie del árbol existía una cueva labrada dentro de la piedra y en ella tres sepulcros, uno en la mitad y dos á los lados.

El Obispo mandó abrir el de la mitad y halló dentro un cuerpo humano momificado, con la cabeza separada del tronco y un bordón de hierro al lado, como los que usaban antiguamente en Judea. Pero la mayor maravilla de aquel hallazgo, fué un letrero, unos dicen que en latín y otros que en he-

breo, que leyeron los que estudian esa lengua, y fué interpretado así :

AQUÍ YACE SANTIAGO, HIJO DE ZEBEDEO Y DE SALOMÉ, HERMANO DE SAN JUAN EVANGELISTA, Á QUIEN MATÓ HERODES EN JERUSALÉN. VINO SU CUERPO POR MAR CON SUS DISCÍPULOS, HASTA IRIA FLAVIA. LLEGÓ AQUÍ EN UN CARRO TIRADO POR BUEYES DE LUPA, SEÑORA DE ESTE CAMPO, DESDE DONDE NO QUIERON PASAR MÁS ADELANTE.

En los sepulcros de los lados, se hallaban los cuerpos de los dos discípulos principales del Santo : TEODORO y ATANASIO.

Puede figurarse el lector cuál sería el entusiasmo del Obispo y de todo el pueblo con semejante hallazgo. Inmediatamente se envió la noticia al Rey Alfonso II, quien después de haber visitado aquel sepulcro maravilloso, mandó levantar incontinenti una iglesia sobre la sagrada cueva y al lado un convento benedictino, aunque uno y otro edificio de tan humilde construcción, como lo demandaban aquellos tiempos calamitosos.

Cuando el Papa León III tuvo noticia del suceso, expidió una Carta apostólica en que daba noticia del hallazgo á los Obispos del orbe católico.

Como es natural, formáronse en breve pe-

regrinaciones de católicos que iban á visitar el sepulcro del Santo de todos los países del mundo cristiano. Para hospedarlos fué preciso levantar casas, hospicios, hospitales y comunidades religiosas en contorno de la sagrada cueva; y además los habitantes de las aldeas vecinas, los burgueses de las ciudades de las inmediaciones, abandonaron poco á poco sus habitaciones para radicarse en la naciente población llamada de *Campus Stella* (palabra que se convirtió en *Compostela*). El Obispado de Iria fué llevado á Santiago; la pequeña iglesia primitiva se convirtió en hermosa catedral, que todos los Reyes, Príncipes y magnates del orbe católico se complacían en embellecer, enviando obsequios valiosísimos en acción de gracias por los milagros que el Santo obraba en favor de cada uno de ellos. Poco más de un siglo después del hallazgo de la cueva, el moro Almanzor, que había invadido á Galicia, llegó hasta Santiago, y aunque sus habitantes habían tenido tiempo de huír y ocultarse en los cerros vecinos, el árabe se gozó en arrasar y destruir la ciudad y los templos, robar las joyas que no habían puesto en salvo los cristianos, y en hombros de los vencidos se llevaron las hermosas puertas de la basílica y las campanas de las

torres (1) No quedó piedra sobre piedra. Salvo la cripta en donde se hallaba el cuerpo del Santo, todo fué arruinado y destruído. Infundió respeto y santo temor á Almanzor un monje muy anciano que se había quedado sentado al pie del sepulcro sagrado.

— ¿Qué hacéis aquí? le preguntó el mismo Emir, acercándosele con el desenvainado alfanje en la diestra mano.

— Acompaño y doy culto á *Yacob*, contestó sin turbarse.

El árabe dió un paso atrás, y dirigiéndose á sus acompañantes mandó que no hiciesen daño alguno en el sepulcro y dejaran en libertad al monje.

Entre tanto los desdichados compostelanos habían regresado á Santiago y puéstose á la obra para volver á levantar los muros de los templos allanados por los infieles, lo cual se hizo en poco tiempo, pues cada peregrino que llegaba de lejanos países ponía mano personalmente en el edificio. Inspirados todos

(1) Más de dos siglos después, cuando San Fernando entró en Córdoba vencedor de los Musulmanes, encontró en la Mezquita Mayor las campanas robadas en Santiago, las cuales para los Arabes servían como colosales lámparas frente al sagrado Alcorán. Inmediatamente las devolvió á Galicia en hombros de igual número de cautivos árabes que Almanzor había llevado de cristianos.

por la piedad que caracteriza aquellos siglos, daban cuanto poseían para que se llevase á cabo la reconstrucción del templo (1)

Cada uno de los Reyes de España, al subir al trono de sus mayores, enviaba regalos y ricas preseas al santuario más popular de la Península, ó mandaba levantar en el interior de la ciudad nuevos monasterios, hospicios, colegios, escuelas etc. Los Obispos y Arzobispos de Santiago de Compostela trabajaron todos en convertir aquella ciudad en un emporio de ciencias y artes, así como lo era de piedad, y con ese motivo fundaron y dotaron ricamente la Universidad y los Colegios mayores que allí se encuentran.

Las prerogativas y gracias de que goza la catedral son innumerables y especialísimas, pues los Papas todos se gozaron en darle un puesto privilegiado entre todas las basílicas del orbe católico.

Cuéntanse 72 Canónigos, los cuales son

(1) “ De ningún otro edificio del mundo, antiguo ni moderno, puede decirse lo que de nuestra catedral, en la que trabajaron operarios procedentes de todos los pueblos de la tierra, jóvenes y ancianos, hombres y mujeres, ricos y pobres, sabios ó ignorantes, Pontífices y Prelados, Emperadores, Reyes, magnates y vasallos.”—JOSE FERNANDEZ SANCHEZ.

(*Diario de una Peregrinación*).

los únicos que pueden bajar á decir misa en la cripta en donde se guarda el cuerpo del Santo. Allí por orden de Alfonso XI arden sin cesar, desde 1340 y en conmemoración de la batalla del Salado, cuatro enormes cirios sobre el altar del Apóstol.

Gran número de Santos que venera la iglesia en sus altares vinieron á postrarse ante el sepulcro de Santiago : entre otros citaremos apenas al seráfico San Francisco, á Santo Domingo de Guzmán, á San Vicente Ferrer, á San Bernardino de Sena, á Santo Toribio de Mogrovejo, á Santa Brígida, á Santa Isabel de Portugal etc.

Uno de los Arzobispos que mayores bienes hizo á la población compostelana, fué D. Alonso de Fonseca. Este Prelado dejó una suma en su testamento para que se instituyera una renta con la cual se pagase á un mozo que todos los días al anochecer saliese con un farol encendido y una campanilla, y recorriendo toda la población se detuviese en las esquinas y levantando la voz exclamase con voz clara y fuerte estas palabras :

—Hermanos, un Padrenuestro y una Avemaría por el alma de D. Alonso de Fonseca, bienhechor de esta ciudad.

Esta costumbre se llevó á cabo religiosa-

mente y en todos tiempos, desde el siglo XVI hasta hace pocos años en que el Ayuntamiento la suprimió; pero todavía, nos dijeron, hay muchos ancianos que recuerdan haber oído aquel singular pregón.

Pero aún habían de sufrir otro extraño eclipse los cuerpos de Santiago y de sus discípulos. Durante el siglo XVI, en la época de las guerras de España con los ingleses, en una ocasión supo el Arzobispo de Santiago que había desembarcado una tropa de súbditos de la Reina Isabel en las costas de Galicia y que amenazaban dirigirse al sepulcro del Santo Apóstol para entregarlo á las llamas. Espantado con aquel peligro, resolvió sacar los cuerpos de Santiago y sus discípulos de la cripta y ocultarlos en algún lugar tan secreto de la catedral, que si llegaban los invasores no pudiesen encontrarlos.

Afortunadamente los ingleses no llegaron hasta Santiago, pero temiendo que ocurriese después algún otro peligro de los mismos, el Arzobispo no devolvió las reliquias á su lugar y murió sin haber revelado el sitio en donde las había depositado. Desde entonces hasta ahora unos diez años nadie sabía en qué parte de los subterráneos estaban los cuerpos de los Santos, aunque el pueblo creía siempre que se hallaban en su primitiva

cripta. No fué sino el actual Arzobispo quien al fin halló los cuerpos sagrados en un subterráneo vecino y los devolvió á su puesto el 25 de Julio de 1884. Su Santidad León XIII, advertido del nuevo hallazgo y convencido de su autenticidad, expidió unas letras apostólicas muy interesantes anunciando aquel suceso al orbe católico, como lo hizo su homónimo antecesor en el siglo IX en la época del primer encuentro de las reliquias del Santo compostelano y sus discípulos fieles.

Andando los siglos, las peregrinaciones á Santiago habían empezado á ser menos numerosas, y en el principio de este siglo, con la extinción de muchas órdenes religiosas y cerradas de conventos, Santiago de Compostela empezó á decaer visiblemente. Ya no vive sino de los gloriosos recuerdos de la Edad Media, cuando los Reyes y magnates del mundo entero, cuando los prelados de Occidente y aun de Oriente hacían voto de visitar la tumba del Santo Apóstol. Entonces se ponían en marcha desde países lejanos, gastando meses y aún años en los caminos reales, haciendo el viaje á pie, sufriendo mil incomodidades y peligros. Cuando al fin llegaban á la cumbre del cerro llamado el Humilladero y avistaban las torres de la

catedral postrábanse todos, ricos y pobres, y no entraban á la ciudad sino con el pie descalzo, los ojos bajos y orando devotamente. Purgadas sus culpas en el tribunal de la Penitencia, corrían á la basílica que guardaba las reliquias del Santo, y allí pasaban la noche orando y cantando devotos himnos hasta la aurora del día siguiente.

En tiempo del jubileo compostelano ó año santo, que tiene lugar cada vez que el 25 de Julio cae en domingo, no bajaban de 30,000 los peregrinos que acudían allí, y gran parte de ellos llenaban la catedral día y noche. Con el objeto de purificar el aire que se viciaba en el interior de la basílica, inventaron un enorme incensario llamado *botafumeiro*, el cual colgado del techo subía y bajaba incensante desde el suelo hasta las bóvedas más altas perfumando la atmósfera con nubes de humo bien oliente.

CAPITULO IX

LA CATEDRAL DE SANTIAGO DE COMPOSTELA.

A la mañana siguiente de nuestra llegada mandámos las cartas de recomendación que llevábamos para dos caballeros importantes de aquella ciudad. Uno era un Notario y periodista de talento, D. Jesús Fernández Suárez, y el otro un caballero miembro de la Universidad de Santiago y escritor, D. Alfredo Brañas, y ambas personas muy notables.

Una hora después, aquellos amabilísimos caballeros fueron al hotel y se pusieron á nuestra disposición, ofreciendo señalarnos cuanto hubiese digno de visitar en Santiago. Y cumplieron tan bien su promesa de servirnos, que abandonaron sus ocupaciones, y durante dos días no hicieron otra cosa que acompañarnos á visitar aquellos monumentos que han conservado el sello vetustísimo de la época en que fueron construídos.

Como pocos de los viajeros que visitan la Península hispánica llegan hasta aquel rincón

de Galicia, no ahorraré esfuerzo para describir cuanto allí encontré digno de atención.

Nuestra primera visita fué para la catedral, la cual paseámos prolijamente guiadas por nuestros bondadosos ciceronis.

Como vimos antes, la primera catedral, fundada sobre la cripta del Apóstol, fué destruída y arrasada por Almanzor. En su lugar Alfonso VI de León mandó levantar otro templo allí mismo en 1078; templo en cuya fábrica pusieron mano cuantos peregrinos llegaban á Santiago, y desde entonces cada generación fué añadiendo algún tramo más al suntuoso edificio, levantando alguna capilla y aumentando las obras de arte que encerraba. La parte principal de la basílica fué concluída por el belicoso é inquieto Arzobispo Gilmirez, cuyo nombre llena los anales compostelanos de su época.

La forma de la catedral es la de una cruz latina de 94 metros de largo, de 24 á 32 de altura y 63 de uno á otro brazo. En esta parte se cuentan nueve naves y seis en la del medio, contando con la galería exterior que rodea todo el templo. Si el coro no llenase la parte central del edificio, como sucede con todas las catedrales de España, la vista de las naves desde el crucero de los brazos sería sorprendente y hermosísima. La

pequeña cripta que encierra el cuerpo de Santiago se encuentra debajo del altar mayor (del cual hablaré después), y en contorno la rodean 25 capillas. Sobre el crucero de los brazos se levanta una cúpula ojival que reemplaza una torre que en otro tiempo coronaba el crucero, la cual está iluminada por 8 ventanas que fueron torpemente restauradas por un arquitecto ramplón del siglo XVII y en una época en que reinaba el mal gusto arquitectónico en España. En aquel lugar se colgaba, y aun se cuelga en ocasiones solemnes, el famoso *botafumeiro*, describiendo un arco de 80 metros de extensión. El resto del año se ve en aquel lugar un porta cirios en donde arden cuatro que sostienen á sus expensas los descendientes de un caballero santiagués, Pol de Lerma.

Detrás del coro hállase la capilla de la *Soledad de María*, y al frente el *Pórtico de la gloria*, la joya artística de más interés que posee la catedral. Es obra de un artista de fin del siglo XII y se la considera como una de las mayores glorias del arte cristiano de todos los siglos. Llamábase el escultor Mateo, y dedicó todos los años de su vida nada más que á llevar á cabo esa maravilla de paciencia, de ardiente imaginación y de fe cristiana.

El *Pórtico de la gloria* es la puerta principal de la catedral, y es tan ancha como las tres naves principales. Divídese en tres partes: en la del medio, que representa la *Gloria*, se encuentra en primer término la imagen de Jesucristo rodeado de los cuatro Evangelistas, que se reconocen por sus insignias; de ángeles que llevan en las manos los instrumentos de la pasión; de figuras de Bienaventurados coronados de aureolas brillantes, y de 24 ancianos que representan á los 12 Profetas y á los 12 Apóstoles. En uno de los arcos de la derecha vemos la imagen del *Limbo*. El Salvador bendice á Adán y Eva, á cuyo rededor se encuentra multitud de figuritas rodeadas de follaje. En otro arco se representa el *Purgatorio* con las almas atormentadas por el demonio en variadísimas posturas, pero todas levantan la mirada hacia arriba, en donde el Mesías se ve coronado de rayos. El *Infierno* más lejos, está lleno de monstruos horribles, entre los cuales se destacan los pecados capitales. Sobre el arco de la izquierda se encuentra la representación completa de la vida de Nuestro Señor, la de la Virgen Santísima y la del Apóstol Santiago.

Sería imposible describir todas aquellas figuras diferentes, todas y cada una en la

actitud y con la expresión adecuada al papel que desempeña según la idea del escultor. En contorno de aquellos grupos se ven animales de toda especie sostenidos por pilas-tras, adornos, molduras delicadísimas y hojas arpadas de gusto exquisito. No puede negarse que este Pórtico de la Gloria es una representación de la obra del Dante en escultura, caracterizada por las ideas y las leyendas corrientes en la Edad Media.

Pero no solamente las esculturas del maestro Mateo son dignas de atención, sino que éste, además de escultor, parece que era delicadísimo pintor. Antiguamente todas las figuras del Pórtico llevaban colores, y todavía los conservan muchas. Están iluminadas con tanta naturalidad que las estatuas parecen vivas, y los tintes de los vestidos y mantos tan frescos como hace siete siglos cuando fueron pintados.

Detrás de una de las columnas, y mirando hacia la capilla de la Soledad, hállase la estatua prosternada del mismo Mateo, que los gallegos han bautizado con el nombre *o santo d'os croques*, por tener la cabeza llena de protuberancias. Nos refirieron que las mujeres del pueblo tenían la costumbre de llevar allí á los niños y golpearles la cabeza contra aquella efigie, para que el maestro Mateo les comunicase talento.

En un principio se penetraba á la catedral por siete puertas grandes y siete chicas : hoy se han reducido á cuatro entradas principales. Sin embargo hay una más, la cual (como la de las Huelgas de Burgos) está siempre tapiada y no se abre sino al empezar el año santo. Entonces tiene lugar una curiosa y solemne ceremonia, á la cual asisten los fieles que van de toda Galicia á presenciarse; y éstos se apresuran á recoger las piedras y los escombros del muro que cierra la puerta, para guardarlos como piadoso recuerdo de la *puerta santa*.

Pasan de mil las columnas que sostienen y adornan el templo, y todas llevan capiteles y ornamentaciones diferentes ; son construídas con mármoles de diversos colores, pórfidos y jaspes finísimos, y coronadas con follaje dorado de variados estilos.

El altar ó capilla, unida al coro por una verja dorada, es de estilo churrigueresco del principio del siglo XVIII y reemplaza la obra primitiva. Dijéronme que aunque el altar es de mal gusto ciertamente por estar demasiado cargado de adornos, produce un efecto maravilloso en las fiestas solemnes cuando lo iluminan lámparas y luces con una profusión apenas creíble.

Voy á tratar de describir esta obra :

Rodea la capilla un grueso muro bajo que la divide de la galería exterior que rodea todo el templo; sobre ese muro hay una serie apiñada de columnas salomónicas de mármol rojo y negro con dorados, y sobre éstas descansan series de ángeles de mármol que sostienen lámparas doradas. La parte central del altar es de madera dorada entre la cual se encuentra la efigie de las cuatro virtudes cardinales, y encima un enorme baldaquino sostenido por estatuas de santos y de ocho gigantescos ángeles. En la cúspide de aquella estructura se halla la estatua ecuestre de Santiago Apóstol coronada por una estrella de oro que brilla iluminada por los rayos de luz que bajan de la bóveda superior. Al pie del Santo vense las estatuas de los Reyes de España postrados y varios genios que llevan en las manos banderas y trofeos ganados por los españoles en los campos de batalla. Sobre el tabernáculo encuéntrase otra estatua del Apóstol, de piedra, antiqüísima, de estilo bizantino. En el camarín, detrás del altar, cuelga siempre una lámpara de oro regalada por el Gran Capitán, para cuyo sostenimiento legó renta suficiente; lámpara que desde principios del siglo XVI arde noche y día.

Algunas de las estatuas de que he habla-

do son de plata, y otras tienen parte de oro y están adornadas con piedras preciosas,—regalo de reyes, príncipes y potentados del mundo entero. El sillón, el bordón y la esclavina del Santo de piedra que representa á Santiago están todos cubiertos de diamantes y piedras preciosas, donado por un Arzobispo que invirtió en ello 240,000 ducados de oro. A pesar de lo mucho que lograron ocultar á la rapacidad de los soldados de Napoleón, aún no fué posible esconderlo todo, y el Mariscal Ney no solamente arrancó al Cabildo de la ciudad 100,000 duros como rescate de lo que no se llevaba, sino que cargó en carros con cuantas alhajas halló en la Catedral.

Bajo el altar mayor se halla la cripta que encierra el sepulcro del Santo y los de sus discípulos, á la cual bajámos por angosta gradería de piedra. Por un favor especial obtuvo uno de nuestros amigos que el señor Canónigo Penitenciario nos dijese allí una misa y nos diese la sagrada comunión. Privilegio es éste que pocas personas obtienen, pues dentro de la cripta solo cabe el celebrante (que no puede ser sino un Obispo ó un Canónigo de la Catedral), el sacristán y dos personas más.

Los muros del subterráneo—como lo han

declarado sabios arquéologos,—son de origen romano, así como los ladrillos del cimientó. El sepulcro del Apóstol, que descansa sobre el altar, es de plata, y todos los ornamentos con que se celebra la misa son especiales para ese sagrado uso en ese lugar.

Volvamos á la superficie de la Catedral.

En todas las Basílicas de España hay dos púlpitos á uno y otro lado del altar mayor, en donde se leen la Epístola y el Evangelio en las misas cantadas. Los del altar mayor de esta Catedral son de bronce dorado con medallones artísticos que representan escenas de la vida del Santo Patrono compostelano. Esta es obra del célebre grabador aragonés Bautista Cilma.

Lo curioso es que los pedestales de estos púlpitos los forman grupos de *sirenas*, cosa por cierto impropia de un templo cristiano, tanto más cuanto que debajo en los zócalos se ven las efigies de los doce Apóstoles y las de Santa María Salomé y San Mateo.

Al lado de la verja del Coro y frente del púlpito de la Epístola se encuentra una columna de cobre fundido, de construcción antiquísima, dentro de la cual se halla el bordón del Apóstol, que estaba con el cuerpo del Santo en su primer hallazgo. Por una especie de campana hueca meten la mano

los fieles para tocar el venerable bordón, con lo cual ganan ciertas indulgencias. En la parte inferior de la misma columna hay otro bastón: este es el de San Francisco de Sena, quien habiendo cegado vino como peregrino á Santiago, en donde recobró la vista milagrosamente y resolvió dedicar su vida á Dios exclusivamente.

Los órganos y la sillería del coro son dignos en todo del monumento: la sillería está realzada con adornos de bronce, y las esculturas que la adornan son magistrales. Antiguamente las 84 sillas no alcanzaban para los Prebendados de la catedral; hoy hay muchísimos vacíos.

En los días más solemnes sacan á lucir una reliquia en extremo interesante, la cual cuelgan en la nave central: nada menos que el gallardete de la nao Capitana que ondeó en la batalla de Lepanto. Había sido regalo especial hecho por San Pío V á D. Juan de Austria, quien á su regreso de aquella gloriosa campaña la mandó obsequiar al sepulcro del Apóstol Santiago.

En la sacristía mayor señalan capas, casullas y ornamentos preciosísimos por su antigüedad, su valor artístico y por ser obsequio de grandes personajes históricos. Una de estas casullas dice la tradición que fué

bordada por Santa Isabel de Portugal (siglo XIV); así como un cojín que conservan en caja de cristal, y que ponen en los sitios de los Reyes cuando asisten á alguna ceremonia religiosa en la catedral. En la *ante-sacristía* se encuentran 12 confesionarios para los Canónigos principales, quienes confiesan constantemente durante la época de las grandes fiestas. Pero el Canónigo penitenciarario—á quien la Santa Sede ha concedido licencia para perdonar pecados que solo en Roma se perdonan—tiene un confesonario especial en una pequeña estancia, baja de techos, de estilo gótico antiquísimo, rodeada de gruesísimos muros, que se halla en la parte primitiva del edificio. Sobre uno de los muros y al pie de una cruz se lee en latín esta elocuente inscripción: **TABLA DESPUÉS DEL NAUFRAGIO.**

Entre todas las capillas que visitámos, la más interesante es la de *Las Reliquias*. Sobre su gran puerta gótica se ven entalladuras de gran mérito artístico; en el interior nos señalaron riquísimo tesoro de reliquias guardadas en urnas de plata, de oro, de carey, de marfil, todo ello esculpido por los maestros más famosos de la edad de oro del Renacimiento. Allí se han reunido, además de las de la Catedral, las que llevaron de

otras iglesias y conventos que se han suprimido en este siglo.

Esta capilla no se abre al público sino en señalados días del año, pero nosotros, gracias al influjo de nuestros amigos, tuvimos el privilegio de que uno de los Canónigos encargados de aquellos tesoros nos los señalara uno á uno.

Las ricas joyas con que están adornados los vasos que contienen las reliquias no se ven brillantes como deberían estar.

—Esto consiste, nos dijo el buen sacerdote, en que no me he atrevido á mandarlas limpiar á algún joyero, temeroso de que se pudiera perder alguna de esas piedras de valor inestimable. Yo suelo pasar aquí horas enteras entregado á desempolvar algo estos tesoros, pero no puedo hacerlo convenientemente.

—¿Y cómo no se llevaron los franceses todo esto? pregunté.

—Lo primero que se hizo fué ocultar lo que había de mayor valor, pero no todo; así fué que estos enemigos nuestros lograron arrojar al crisol muchas obras de arte de un mérito artístico como no lo hay ya.

—Mucho de esto mandaron sin duda á la Exposición Histórica de Madrid; no es así?

—Ca! . . . no tal! Yo me he opuesto á ello

résueltamente. ¡ No faltaba más sino que se extraviaran en la Corte! Se mandará solo aquello cuyo envío es inevitable.

Una de las más veneradas reliquias es la cabeza de *Santiago Alfeo*, regalo de la Reina D^a Urraca (siglo XIV) al Arzobispo Gilmirez, la cual se halla oculta dentro de un busto de plata engastado en perlas y antiquísimos y preciosos camafeos romanos. Vimos allí reliquias sacratísimas y obras de arte de aquéllas que buscan los millonarios hoy y ya no encuentran. Entre otras una serie de estatuillas de santos esmaltadas, trabajadas en el siglo XIV con aquel primor cuyo secreto se ha perdido ya; reguladas éstas por un parisiense del siglo XV llamado Gaufrido Coquatrix, cuyo nombre no vive sino por estar unido á esa maravilla de arte. Señaláronnos un crucifijo de marfil de un metro de altura, de una sola pieza salvo los brazos; una custodia de estilo greco-romano, obra de artistas del siglo XVI, la cual sacan en procesión bajo un templete de metro y medio de alto y rodeado de una infinidad de figurillas de oro y plata que representan cuadros de la vida del Salvador; ¡ y qué de marcos de oro con engastes de piedras preciosas, de marfil, de coral etc! . . .

Pero me detengo; no quiero abusar de

la paciencia del lector, que ya se habrá formado idea de la riqueza de todas estas cosas.

No quiero olvidar sin embargo que la catedral de Santiago encierra también sendos sepuleros de Reyes, los cuales pudieron reposar allí en las cercanías del Apóstol compostelano.

Una vez que hubimos visitado el interior del templo, quisimos subir á una de sus torres para darnos cuenta completa de la situación en que se hallaban los demás edificios que deberíamos visitar después.

Desde allí, como en un tablero, contemplamos aquella ciudad poblada de monumentos grandiosos, todos encaminados á honrar el culto católico: aquí á nuestros pies veíamos ya el palacio edificado para vivienda exclusiva de los Canónigos; ya un grande edificio levantado para dar asilo á los peregrinos; acá el Palacio Arzobispal; más lejos el Seminario, el convento de San Martín, el de San Fernando, el de Santo Domingo, el de la Compañía de Jesús, el de San Payo, el de la Encarnación, el de Bilvis, el del Carmen, el de Santa Clara, el de las Madres; las iglesias de San Miguel y de las Animas, en la cual sólo se dicen misas por los difuntos, y las hay desde las cuatro de la mañana

hasta después de las doce del día. Además de estas iglesias (hay otras muchas que no recuerdo), se ven hospitales, hospicios, Colegios, Institutos de enseñanza, cuarteles etc. Parece realmente como si hubiese allí más monumentos públicos que casas particulares, y como si esta ciudad no tuviera que albergar sino sacerdotes, enfermos y estudiantes.

Nos llamaron la atención hacia una bronca cruz de mohoso hierro, colocada sobre el abside y frente á un pilón ó alberca seca.

—¿ Y qué tiene de interesante ? pregunté.

—Es la cruz llamada por los gallegos *cruz dos farrapos*.

—¿ Y eso qué significa ?

—Antiguamente, me contestaron, al pie de esa cruz los peregrinos dejaban los *harpas* con que habían hecho el viaje, y después de lavarse en ese pilón, que entonces estaba lleno de agua, se ponían los vestidos abrigados que el Cabildo compostelano donaba á los peregrinos pobres antes de que entrasen al templo.

Las torres no están concluídas según los diseños de su primer arquitecto ; solamente la del reloj fué terminada en el siglo XVII. Santiago fué una de las primeras ciudades de España que tuvieron reloj, pues en aquella

época España iba á la vanguardia de la civilización cristiana. Luis XI de Francia mandó regalar á la catedral dos magníficas campanas, las cuales, fundidas de nuevo, aún se conservan. La del reloj es una de las más sonoras del mundo, y su voz grave y solemne se oye á una gran distancia.

Visitámos también el hermoso claustro, que es de estilo gótico y del Renacimiento, el cual servía de cementerio á los Canónigos. Los muros y el suelo todo está cubierto de losas antiquísimas, y en contorno bajos relieves de estilo plateresis y greco-romano sumamente ricos.

En el archivo nos dijeron que se guardaban documentos históricos interesantísimos, los cuales aún no han explotado suficientemente los historiadores españoles. Hay allí manuscritos iluminados de la Edad Media, que valdrían muchísimo si los quisiesen vender á los aficionados á estas curiosidades antiguas. La biblioteca tiene un techo pintado, de bastante mérito; allí vimos el famoso *botafumeiro* ó incensario monumental de que antes hablámos; mide dos metros de altura y han procurado imitar al magnífico de sólida plata que se llevaron los soldados de Napoleón en 1809. En la sala capitular admirámos tapices antiguos del Renacimien-

to, los cuáles, según es fama, son los más bellos de España, y en España se encuentran los mejores del mundo. Son tantos y tan numerosos, que nos llevaron después á otro salón en donde guardan apilonados una multitud más. Cuando sale la procesión de Corpus, nos dijo el amable Canónigo que nos señalaba todo aquello, alcanzan los tapices para guarnecer todos los muros de los claustros y por dondequiera que pasa el Santísimo.

Volviendo á la Sala Capitular, olvidaba decir que los marcos de las puertas y de los cuadros y los enchapados de los muebles son en su mayor parte de plata, de concha de nácar, de ágata y de finísimos mármoles trabajados con primor, y por todas partes representan la simbólica concha del Apóstol Santiago, el bordón, la cruz y las armas de la ciudad. De allí se sale á un ancho y espacioso balcón, desde el cual se puede gozar de la vista de la Plaza Mayor. Está completamente rodeada de edificios monumentales, á saber: la catedral con sus anexos, el Palacio Arzobispal, el Seminario y el Hospital Real.

CAPITULO XV

RECUERDOS HISTÓRICOS.—EL HOSPITAL REAL.—LA UNIVERSIDAD.—SANTO DOMINGO.—SAN FRANCISCO EN SANTIAGO.—COSTUMBRES DE LA EDAD MEDIA.

Después de la de Toledo, la Sede episcopal de Santiago es la más importante de España. El Arzobispo lleva el título de Capellán del Palacio Real y confesor de los Reyes de España. El Palacio que habita este Prelado es menos suntuoso de lo que se pudiera esperar de la magnificencia tradicional de este puesto en la jerarquía eclesiástica. En parte guarda el aspecto de castillo feudal debido á las costumbres bélicas de los Arzobispos de la Edad Media. Sus almenas, gruesos muros, puertas y ventanas estrechísimas, arcos románicos, angostos pasadizos bajo bóvedas ojivales, todo allí es sólido, fuerte y vetustísimo, á pesar de los esfuerzos que han hecho los modernos Arzobispos para convertir aquella morada al uso antiguo en una habitación propia para las necesidades de este siglo.

Lo único que interesa allí es una capilla

bizantina recientemente restaurada y un refectorio del siglo XII sumamente artístico. Estas joyas se hallaban en un completo abandono, nos dijeron, cuando el actual Señor Arzobispo tomó posesión de la Arquidiócesis. La capilla servía de pesebrera, y en el refectorio guardaban heno; la basura é inmundicia subían á grande altura y dañaban los delicados bajos relieves de mérito sobresaliente que adornan las columnas que sostienen el techo.

Visto aquello rápidamente, pues teníamos que aprovechar el tiempo, atravesámos la plaza y nos encaminámos al Hospital Real; así llamado por haber sido levantado por orden de los Reyes Católicos para que sirviese de asilo á los peregrinos que allí enfermaban.

—Aquí, dijo uno de nuestros compañeros deteniéndose en el recinto que media entre la catedral y el palacio que acabábamos de visitar someramente, aquí mismo tuvo lugar en el siglo XIV un crimen horrible y que parece increíble cuando se piensa en la piedad que reinaba en aquel tiempo en todos los corazones cristianos.

—¡Piedad! exclamé; querrá usted decir devoción, pues lo que es piedad, lástima, conmiseración, los hombres de aquellos si-

glos no la tenían consigo mismos y menos con el prójimo. Pero, ¿cuál fué el crimen á que se refiere usted?

—Recordaba, me contestó el caballero, el asesinato del Arzobispo D. Suero Gómez, el cual, junto con el Dean de la catedral, fueron aquí mismo apuñaleados por orden del Rey de Castilla, D. Pedro el Cruel.

—Sí, ya tenía noticia del hecho, contesté, pero las Historias que he leído no dan una razón clara del móvil que tuvo el Rey para llevar á cabo aquel hecho escandaloso.

—Según las crónicas manuscritas, me contestó, que de la Historia compostelana guardan los archivos de la catedral, parece que D. Pedro le había cobrado inveterado rencor al Arzobispo, por ser éste partidario de su hermano D. Enrique de Trastamara.

—Y D. Enrique de Trastamara, exclamó uno de nosotros, mató después á puñaladas á D. Pedro el Cruel! . . . ¿no es así?

—¡Pues los dos no se cobraban hechuras!

Volviendo á D. Pedro: no podía soportar el influjo que en Galicia tenía el Arzobispo, y resolvió acabar con éste suprimiendo la vida de D. Suero. Con ese objeto vino á Santiago, so pretexto de visitar la tumba del Apóstol, y se aposentó en los edificios anexos á la catedral. Como D. Suero cono-

cía la saña que le tenía el Rey, se había retirado á un castillo que poseía en las cercanías. D. Pedro—á quien hoy, sea dicho de paso, llaman el *Justiciero*—ocultó su mala voluntad y con el Dean mandó un recado muy cortés al Arzobispo suplicándole fuese á hablar con él sobre un negocio urgente. Obedeció D. Suero (sin duda pensaba que sería imposible tanta deslealtad é hipocresía), y montando á caballo se dirigió á Santiago. No bien atravesaba esta plaza cuando por la esquina opuesta salió á caballo un escudero de D. Pedro, llamado Fernán Pérez Churruchao, el cual, seguido de otros, abalanzóse sobre el indefenso Arzobispo con lanza en ristre y—á la vista del Rey, que miraba aquello desde una ventana—le atravesó de parte á parte, y lo mismo hicieron con el Dean. Levantaron del suelo á los heridos, y sus criados les llevaron frente al altar mayor de la catedral, en donde espiraron sin haber podido hablar palabra alguna.

—¿Y el pueblo santiagués nada hizo?...
¿No protestó acaso contra hecho tan escandaloso?

—No lo dicen las crónicas: refieren el hecho y nada más. El Rey dijo que aquella acción no había sido inspirada por él.

¿Qué hemos de saber de cierto de lo que

sucedió en el siglo XIV, cuando hechos que ocurrieron ayer son muchos un misterio para nosotros!

Llegámos á la puerta del Hospital Real. Una inscripción sobre la puerta dice así en latín:

“El gran Fernando y la magnánima Isabel mandaron construir para los peregrinos de Santiago esta obra, empezada en el año del Señor 1501, y concluída en un decenio.”

Parece que entre los votos que hizo Isabel durante el sitio de Granada, estaba el de levantar un asilo á los peregrinos que fueran al sepulcro del Apóstol, y á este piadoso voto se unió Fernando una vez que fué conquistada la capital de los Reyes moros. Los dos firmaron la orden de su construcción y examinaron personalmente los planos que presentaron los principales arquitectos españoles. D^{na} Juana la Loca mandó ampliar aún más el suntuoso edificio, con el objeto de que cupiesen también allí los enfermos de la ciudad, entonces populosa y concurrida. Sostúvose perfectamente hasta el fin del pasado siglo, cuando empezó á decaer, y se había ido á menos, paulatinamente, amenazando ruina, hasta que al fin, hace unos diez años, el Cabildo santiagués resolvió reparar

el edificio convenientemente, y bajo los auspicios del Arzobispo fué entregado en manos de las Hermanas de la Caridad que hoy lo regentan.

La portada de este monumento, digno de cualquiera capital europea, es de estilo del principio del Renacimiento en su más bella época. Véanse allí reunidas las estatuas de Adán y Eva, de multitud de Santos, de ángeles y de los doce Apóstoles rodeando las esculpidas armas de los Reyes Católicos y los escudos de armas del Emperador Carlos V. En el pórtico de entrada se encuentra un altar adornado con pinturas murales y los retratos de Fernando é Isabel, de Felipe el Hermoso y de su hijo imperial Carlos V. Parece que en otro tiempo todo aquel recinto estaba cubierto de pinturas al fresco; pero un bárbaro síndico del Hospital de la época de la decadencia del buen gusto en España, mandó darles una mano de cal para que los muros estuviesen limpios y blanqueados!

El Hospital tiene cuatro hermosos patios, cada uno de los cuales es muestra acabada de diferentes estilos de arquitectura. En el *primero* reina el estilo del Renacimiento puro; sobre la cúspide de las columnas que lo rodean, delgadas y elegantísimas, se ven los

escudos de armas de los Reyes Católicos; las puertas de los vecinos aposentos están esculpidas primorosamente y la fuente que se halla en la mitad del patio hállase rodeada de esculturas fantásticas. Para el *segundo* patio se prefirió el estilo dórico con sus triflicos esculpidos y sus elegantísimos arcos, sus frisos de follaje y columnas de ocho lados. El *tercero* es de estilo churrigueresco (pues fué acabado de edificar en el siglo XVIII), y en el *cuarto*, procuraron imitar al primero pero con menos perfección. Cada patio tiene su fuente de cristalinas aguas cuya corriente da vida y sanidad al Hospital.

La iglesia del Hospital está en el centro mismo del edificio; fórmala una cruz, y en el crucero de los brazos está el altar mayor, construído de tal manera, que la misa que allí se dice la pueden oír los enfermos de las principales salas del edificio. Parece que ésta es una de las obras más acabadas de orden arquitectónico que hay en Galicia, en donde, sin embargo, hay tantas hermosísimas legadas por los pasados siglos. Empero, el desconocimiento del arte ha afeado el altar con ornamentos de mal gusto, y éste llegó hasta blanquear aquí también las antiguas pinturas que antes embellecían los muros de la iglesia.

Al salir del Hospital nos dirigimos al Seminario, establecido en el antiguo convento de San Martín Pinario, el cual se halla en el sitio que ocupó uno de los primeros monasterios establecidos en Santiago en el siglo IX. El edificio de San Martín es inmenso; tiene un circuito de más de medio kilómetro y 20,000 metros de superficie, incluyendo la huerta. Era antiguamente convento benedictino reconstruido del siglo XVI al XVII. Entre otras obras arquitectónicas de mérito admírase particularmente una escalera de piedra de atrevidísima construcción, al aire y sin apoyo. El claustro principal es inmenso y de un efecto tan singular, que parece interminable; la iglesia es bellísima; allí se amalgaman artísticamente los estilos corintio, platerisco y greco-romano; los altares son notabilísimos, uno de los cuales, el de Santa Escolástica, recibe una luz que parece misteriosa, porque no se advierte fácilmente de dónde llega.

Visitámos el Colegio de Medicina, llamado de Fonseca por su fundador, el Arzobispo de ese nombre. Allí hay un precioso jardín botánico é invernáculo en que se cultivan plantas exóticas. Los estudiantes no solamente tienen hermosas aulas y cómodos salones de estudio, sino un bello laboratorio

y un museo de historia natural bastante abundante y bien cuidado.

La *Universidad* está en un hermoso edificio de granito levantado en el pasado siglo. En la *Escuela de Artes y Oficios* se ha conservado el amor á la escultura en madera, tradicional en España; y vimos allí obras de talla modernas, que no desmerecen las antiguas, y otras de incrustaciones con plata y marfil, dignas por cierto de los renombrados artistas de otros siglos.

En la Iglesia muy deteriorada de Santo Domingo los santiagueses han levantado un sepulcro de mármol á D^a Rosalía Castro de Murgueitio, la más insigne poetisa de Galicia, como D^a Emilia Pardo Bazán es su primera escritora en prosa; y ambas son gloria de la mujer española de este siglo.

Dícese que esta iglesia fué fundada por el mismo Santo Domingo en una ocasión en que fué como peregrino á visitar la tumba del Apóstol. Aunque en este templo se encuentran obras bastante bellas, apenas mencionaré un púlpito desde el cual es tradición que predicaba San Vicente Ferrer.

En el antiguo convento de monjes dominicanos vimos una de las mayores curiosidades de Santiago: es ésta una triple escalera de caracol, construída al aire, cada una de

las cuales conduce á diferente piso, y se enroscan unas entre otras con arte singularísimo. A esto se agrega que todas tres se desarrollan en un espacio reducido de nueve metros de circunferencia y son poco empinadas.

Hoy día el antiguo convento está ocupado por un colegio de ciegos y sordo-mudos, el cual, nos dijeron, daba cada día mejores resultados; devolviendo los maestros á los niños inútiles que les entregan, inteligentes y aptos para llevar á cabo ciertos trabajos que les enseñan con laudable paciencia.

Ya que nos ocupamos de Santo Domingo, debo recordar aquí la piadosa tradición que existe en Santiago de la permanencia de San Francisco en esta ciudad. Vino como peregrino de 1212 á 1213, y después de pasar algún tiempo en Compostela, no quiso alejarse sin haber fundado un convento, como solía hacerlo en los lugares que visitaba.

Los ricos religiosos de San Payo, que después se unieron á los de San Martín, poseían extensos terrenos en un vallecito entonces inculto en las afueras de la ciudad, y aquel sitio pareció al Santo muy apropiado para un convento. Acercóse un día al Abad de los Benedictinos y le preguntó si le po-

dría vender el valle llamado de “El-Inferno,” para convertirlo en un santuario dedicado á Dios.

—Bien está, le contestó el monje, pero, ¿cuánto me daréis por él?... Vuestros recursos no deben de ser considerables.

—Y no os equivocáis, Padre mío, contestó el Santo; así es que no se me ocurre que pudiera daros cosa de más valor que un cestillo de peces del río cercano cada año.

Accedió el Abad, enternecido con la candida sencillez del peregrino italiano; cerróse el trato y se mandó extender la escritura que firmaron ambos. Pero faltaba lo principal: faltaban los recursos pecuniarios para levantar el convento. El Santo no se amilanó con aquella dificultad. Solía con frecuencia pasar las noches en oración en aquel *Val de inferno*, y albergarse en la choza de un carbonero que por allí vivía de su trabajo. Fué á visitarle inmediatamente.

—Cotolay, le dijo, ya este terreno es mío; se lo he comprado al Abad benedictino; pero si me ofrecéis levantar aquí un convento os lo dejaré antes de irme.

—¿Levantar aquí un convento! exclamó el carbonero, y ¿y eso cómo, Padre mío?... ¿no sabéis que soy pobrísimo?

—Dios te dará con qué hacerlo.... Tóma

ese azadón y cáva allí al pie de aquella fuente.

Obedeció humildemente el carbonero, y á poco de haber cavado encontró un gran cajón lleno de antiquísimas monedas de oro; tesoro que bastó no solamente para edificar el monasterio franciscano, sino también para transformar en caballero poderoso al infeliz carbonero, y á su mujer en una gran dama, cuyos sepulcros se encuentran en la hermosa iglesia de granito dedicada á San Francisco que hoy existe todavía (1).

Hasta 1733 todos los años se acostumbraba que los monjes de San Francisco llevasen con grandes ceremonias un cestillo de peces al convento de San Payo. Aquel acto daba lugar para hacer una fiesta muy suntuosa, á la cual asistían los devotos de toda Galicia. Ocho días antes de que tuviese lugar, el Guardián de San Francisco anunciaba públicamente la hora en que los habitantes de las calles entre uno y otro monasterio deberían prepararse para presenciar la procesión y disponer las colgaduras y las flores con las cuales adornaban sus puertas y balcones. Las campanas de todas las torres de la ciudad se echaban al vuelo desde la víspera, y

(1) El convento es hoy Colegio en que se forman misioneros para Tierra Santa y Marruecos.

las de San Francisco y de San Martín (que habían sucedido á los monjes de San Payo) parecía que se viniesen abajo de alegría. A la hora anunciada el pueblo se agolpaba en las bocacalles, las damas llenaban las ventanas y balcones para ver pasar la inmensa comitiva compuesta de todos los frailes y de los caballeros de la ciudad, los cuales con hachas encendidas en las manos rodeaban los pendones de las Ordenes de caballería á que pertenecían, y los artesanos acompañaban los estandartes de sus comunidades particulares. Detrás iba la estatua del Seráfico Francisco, rodeada de flores y de ricas preseas, llevando en los brazos el cestillo de peces vivos que debería entregar como feudo. Seguía una nube de monaguillos y músicos cantando el *Benedicite* y todos los alborosados chiquillos de la ciudad.

Frente al convento de San Martín aguardaba otra procesión encabezada por los monjes de esta orden, que llevaban la estatua de San Benito; las estatuas de los dos Santos se hacían las cortesías del caso, y entraban todos juntos á la iglesia. Allí tenían lugar varias ceremonias, las cuales acababan por hacer pasar el cestillo de peces de los brazos de la efígie de San Francisco á la de San Benito, y el recibo que éste llevaba se lo colgaban al primero.

Se conservan todavía religiosamente en el archivo del antiguo convento de San Francisco los recibos otorgados en muchas de aquellas fiestas, y dicese que la escritura original concedida por el Abad de San Payo y firmada por San Francisco, fué sacada de allí por Felipe II, quien la hizo depositar en el Escorial, en donde sin embargo no la han encontrado los eruditos y bibliófilos de este siglo.

Quizás se me tachará de asaz retrógrada y necia porque me complazco en referir las leyendas y recordar las costumbres de otros siglos en España. Pero á esto podría contestar que no hice viaje á la Península hispánica en busca de novedades, sino al contrario, mi deseo era contemplar los monumentos antiguos y estudiar *sur place* lo que había quedado de las épocas pasadas. Por otra parte, si deseamos encontrar interés en un viaje á España, no será buscando progresos modernos, los cuales hallaremos á pedir de boca en Francia é Inglaterra. La nueva civilización no cala en la patria del Cid sino muy lentamente. . . . casi por la fuerza ; se filtra allí gracias á las comunicaciones que la marcha invencible del progreso ha llevado con los ferrocarriles y los telégrafos, y que el pueblo no acepta con gusto. Lo res-

petable en España, lo interesante, lo que agrada, es aquello que conserva todavía el sabor característico de la Edad Media; los recuerdos de sus glorias; de la fe cristiana que tantas hazañas les inspiraron; las costumbres que eran las mismas en toda Europa hace algunos siglos, y que sólo allí se conservan vivas. Lo nuevo, lo moderno, cuadra á España como un vestido de bailarina de la ópera sobre el cuerpo momificado de una vieja Abadesa de un convento. Si vemos á ésta con su toca, su velo y su vestido largo, nos inclinaremos con respeto; pero si se nos presentase envuelta en gasas y á medio vestir, apartaríamos la vista con repugnancia.

Así, pues, lo repetimos, en estos recuerdos de España el lector hallará pocas veces relatos de lo moderno que se ha ingertado en ese país, casi á su pesar; no encontrará sino cuadros de todo lo más viejo que he encontrado en el hogar de mis antepasados, de aquello que llevaron á América y dejaron allí al tiempo de retirarse. ¡ Cosa curiosa! Apesar de ser de la misma raza, pues la parte indígena de las Repúblicas sud-americanas no tiene influencia sino cuando se amalgama con la europea, á pesar de descender del mismo tronco, los españoles del día han

conservado exactamente las mismas costumbres de las cuales nos hablaban nuestros padres; mientras que nosotros, al menos en Colombia, estamos mucho más adelantados, y hemos imitado más bien la civilización francesa é inglesa, que hemos guardado las tradiciones de nuestros mayores.

Si nos detenemos más tiempo en Santiago de Compostela, si me complazco en describir aquella ciudad y sus monumentos y tradiciones, es porque allí, más que en ninguna otra parte, encontré viva á la verdadera España de la Edad Media. Allí pude contemplar aquella civilización nacida de la fe cristiana y que inspiró todas las hazañas de otros siglos; fe que dió por resultado la unificación del reino español; fe que no arredraba ni sacrificios; fe que en la época de los Reyes católicos cubrió de gloria á aquella nación; fe que la obligó á arruinar su comercio y su agricultura con la persecución de los intrusos árabes y judíos; fe ante la cual no vaciló nunca y prefería perder todos los bienes de este mundo si éstos eran contrarios á la Religión, que profesaba con amor fanático, si se quiere, pero sincerísimo, y por consiguiente digno de admiración y de respeto.

CAPÍTULO XVI.

LA FUENTE MILAGROSA.— ESTABLECIMIENTOS DE CARIDAD.—LA MENDICIDAD EN ESPAÑA.—LA PEREZA.—SANTA MARÍA LA REAL.

Para alcanzar á visitar otras curiosidades históricas y arqueológicas de Santiago, tuvimos que permanecer allí un día más de lo que habíamos pensado en un principio.

Temprano nos fueron á buscar nuestros bondadosos amigos. Oímos misa en la capilla de las ánimas, de la cual ya dije unas pocas palabras. Este santuario es relativamente nuevo, pues apenas cuenta poco más de un siglo de edificado. Lo único que llama la atención del viajero es una serie de estatuas de cuerpo entero, que representan toda la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo, obra de un artista gallego. No son de madera sino de una argamasa que inventó el escultor para el caso, con la cual formó esculturas artísticas de mérito singular, y murió sin haber revelado el secreto de la composición de aquella pasta que imita perfectamente la madera.

Yendo por una calle angosta nos señalaron una fuente bajo techo, y adentro una exigua capilla.

—Aquí, nos dijeron, reza la tradición que el carro en que los discípulos del Apóstol llevaban el sagrado cuerpo cayó en este punto, y del golpe contra el suelo surgió una fuente. Los santiagueses suelen venir aquí á tomar agua de ese chorro milagroso, que cura males morales y físicos, según dan testimonio las ofrendas que cubren los muros y las luces que arden á toda hora delante del altarcillo de la pequeña capilla.

Por todas partes nos señalaban hospicios y asilos para los desgraciados. Entre otros establecimientos existen aquí, con éxito, el de las *Hermanitas de los ancianos desamparados*, un *Asilo para mendigos*, un *Hospitalillo* para mujeres pobres; y sin embargo las calles y las puertas de las iglesias están sitiadas por infinidad de gentes que viven de la caridad pública. Además, nos dijeron, aquí la vida es barata, el trabajo bien remunerado, el clima sano y poquísimas las enfermedades epidémicas; ¿por qué, pues, se encuentra por todas partes esta turba de ociosos y mendigos? Triste es decirlo, pero esta costumbre no proviene, como han asegurado muchos, de la caridad exagerada

de los antiguos monasterios, á cuyas puertas se repartían limosnas á mañana y tarde ; no, si éstos repartían limosnas era porque la multitud se agolpaba á pedir las, y prefería morir de hambre, si fuese necesario, más bien que trabajar.

La pereza, la inacción ésta es la llaga oculta de que sufren en España todos, grandes y pequeños, ilustrados é ignorantes. La pereza inveterada, el dejarlo todo para el día siguiente, la informalidad, el desperdiciar el tiempo como si la vida fuese interminable : esto es lo que forma las costumbres, con pocas excepciones, de todas las jerarquías sociales. ¿Y quién lo podrá remediar? Nadie. Hay en los hábitos de España una libertad ilimitada que no pueden restringir los gobernantes con la mejor voluntad del mundo. La policía, mejor organizada, tiene que cruzarse de brazos y permitir que las calles y plazas estén pobladas de mendigos, de ociosos que no quieren trabajar ; de enfermos que prefieren pedir la caridad en los portales, más bien que acogerse á un hospital.

—Somos demasiado independientes, nos decía un caballero español en Madrid, para dejarnos mandar ; si nuestra real gana es vivir al aire libre viviremos al aire libre ; y

si los mendigos rehusan acogerse á un asilo, la policía no los puede obligar á ello sin riesgo de provocar un motín.

¿ Pero no hay leyes para impedir que los transeuntes gocen también de la libertad de moverse á sus anchas ?

— Bien puede haberlos pero no se cumplen.

— ¡ Cómo se conoce, exclamé, que era español de raza pura aquel conquistador que, no gustando de las leyes que le enviaron de la metrópoli para que las hiciese regir en su Gobernación, contestó : *Se obedece pero no se cumple.*

Más lejos vimos una capilla levantada por un rico hombre del siglo XV, en desagravio de un desafuero cometido por él en aquel lugar.

Aquí, nos dijeron en otro sitio, ante esta imagen de la Virgen (que vimos en un nicho en la pared de una casa) un desdichado que llevaban á ajusticiar siendo inocente, cayó de hinojos implorando la protección de la señora del cielo y fué socorrido por ella.

Por todas partes se encuentran cruces, imágenes que tienen su piadosa leyenda y evocan recuerdos históricos.

— Vamos á llevar á ustedes, nos dijeron,

á ver una de las mayores curiosidades arquitectónicas de Galicia. Aunque el camino es pedregoso y largo, con seguridad no les pesará la excursión.

—Y ¿cómo se llama esa maravilla?

—Santa María la Real del Sar. Es la iglesia parroquial de un barrio casi campestre de la ciudad, y se halla en las cercanías del río Sar.

El sol picaba; el calor era fuerte; el camino nada cómodo; vacilé un momento, pero pudo más mi curiosidad que el cansancio, y nos pusimos en marcha. Era preciso ir á pie, pues por allí no pueden transitar coches.

Bajámos una cuesta empedrada y al fin llegámos á Santa María la Real. No presenta la iglesia, en su parte exterior, nada particular, salvo la parte de afuera del camarín que es de estructura antiquísima de estilo bizantino.

Se atraviesa un pequeño, verde y triste cementerio de aldea, se pasa bajo una portada de granito y se penetra en el templo, y al entrar el viajero se queda mudo de sorpresa: los pilares de la nave central y los muros interiores están inclinados unos para un lado y otros para otro y parece que debe desplomarse el techo de un momento á otro.

Del suelo al techo tienen medio metro de inclinación, y como no se dirigen hacia el mismo lado, esta construcción es más extraña que las famosas torres de Pisa, de Bolonia y de Zaragoza. Estas son torres aisladas mientras que Santa María la Real es una iglesia entera. Esta construcción es un problema de mecánica que ha dado mucho en que pensar á los arquitectos modernos, y debió de haber costado muchos desvelos al incógnito ingeniero que llevó á cabo ese monumento hace siete y medio siglos. Algunos han creído resolver el problema con la hipótesis de que no fué primitivamente edificada así, sino que con el trascurso del tiempo algún movimiento de la tierra la torció. Pero esto no parece probable; hay *un método en ello*; los pilares de un lado se inclinan todos de la misma manera y los otros al contrario, formando un campo medio metro más angosto en su base que en el techo. Además no se nota desviación ni rotura alguna en los arcos; ni en las paredes y las bóvedas del techo se ve remiendo en la parte interior. En la exterior pusieron en el siglo pasado unos arbolantes, temiendo que el extraño edificio se viniera abajo al fin, lo que no era probable después de cerca de siete siglos de haber resistido á la mano del tiempo.

La iglesia no es grande; cuenta 29 metros de largo, 13 de ancho y 12 de altura. Las bóvedas son ojivales del estilo más puro de la Edad Media, y las sostienen elegantes columnas bizantinas.

Se sabe que esta iglesia (con un pequeño monasterio de monjes agustinos), fué edificada hacia principios del siglo XII, para que sirviese de lugar de retiro á los Canónigos de la Catedral que quisiesen acabar su existencia en paz y sosiego lejos de las agitaciones de la ciudad. Existen todavía las escrituras en el archivo de Santa María del Sar, pero no se menciona el nombre del arquitecto, ni se dice cosa alguna que se refiera á la extraña declinación de sus muros y columnas.

Dentro de la iglesia y en el claustro que tiene al lado, encuéntranse sepulcros labrados en granito con sobresaliente finura y arte: los hay allí de todos los siglos, desde el XII hasta el fin del XVIII. El actual Rector y Cura de la parroquia de Santa María, hombre de gusto artístico y patriota, se ha esmerado en limpiar y restaurar aquellas obras de granito, así como los preciosísimos ornamentos antiguos que nos señalaron en la sacristía.

Pero además de estos curiosísimos monumentos del pasado, los santiagueses han pro-

curado ponerse á nivel, en lo posible, con la época moderna, y poseen un teatro, un circo y varios paseos públicos muy hermosos, desde los cuales se avista la ciudad y sus contornos.

Nos habíamos detenido demasiado en Santiago, y nos vimos en la necesidad de abandonar la esperanza de visitar á Zamora, á Avila, á Segovia, al Escorial, y como deberíamos llegar á Madrid el 28 de Septiembre sin falta, fué preciso arreglar nuestro viaje para ir de un tirón hasta la capital de las Españas, sin detenernos en parte alguna.

Nuestros amabilísimos amigos de Santiago, que con tanta bondad nos habían llevado á todas partes y con incansable paciencia señalado cuanto alcanzamos á visitar, nos condujeron hasta la oficina en donde debíamos tomar los billetes para conseguir el *coupé* de la diligencia hasta Curtis, y los puestos necesarios en un tren que pasaba por esa estación á la hora en que llegaba la diligencia, diez horas después de haber salido de la ciudad compostelana.

CAPITULO XVII

DE SANTIAGO DE COMPOSTELA Á MADRID.

A las 7½ de la mañana del día 26 de Septiembre nos encontramos cómodamente instaladas en la *berlina* de la diligencia, de la cual íbamos dueñas absolutas. Arreglámos al punto nuestros libros y periódicos, así como el bien guarnecido canasto de fiambre, para no tener que apelar á las malas ventas del camino.

Nos despedimos de nuestros amigos, y la diligencia se puso en marcha. Estaba colmada de gente: en el interior chillaban niños, y se oían voces de hombres y de mujeres que conversaban y se reían; y encima el enorme vehículo cargaba un mundo de gente, de maletas y de canastos. Arrastrábalo una recua de briosas mulas, á quienes sus conductores interpelaban, acariciaban, insultaban y animaban alternativamente, sin dejarlas un momento de tregua en su carrera.

Una vez en el campo, el paisaje se hizo montañoso y pintoresco, pero aquellos terrenos se cultivan con no pocas dificultades,

por ser áridos y nada fértiles. Aquí veíamos una escasa y rala sementera de maíz; más allá un viñedo desprovisto yá de sus frutos; acullá un bosquecillo de olivos, divididas unas heredades de otras por cercas de piedra y de espinos. Cada momento los campos se ostentaban más y más monótonos, y al fin tuvimos que apelar á la lectura para entretenernos.

A las dos de la tarde llegámos á un pueblo cuyo nombre no recuerdo. Era día de fiesta; toda la población, vestida de gala, se hallaba de paseo, y los chiquillos recibieron á la diligencia con gritos de alegría y la siguieron albarozados hasta que se detuvo frente á una taberna que rebosaba de parroquianos. Allí bajaron algunos viajeros y entraron otros. Ultima de todos y respirando ruidosamente, llegó una burguesa muy gruesa, muy esponjada, lacre y sudorosa, la cual se comprendía que llevaba sobre el cuerpo el fondo del baúl. No había yá campo en el interior de la diligencia, y le ofrecieron un asiento arriba. Estaba de prisa; le fué preciso aceptar, pero no sin dar señales de angustia.

— ¡Andando! gritó el conductor, que yá nos ponemos en camino y no hay tiempo que perder.

Despidióse la viajera de una dueña que

la acompañaba, especie de beata, envuelta en una mantilla de burda bayeta, y emprendió la peligrosa ascensión hasta la cumbre de la diligencia, haciendo uso de una escalera de mano nada segura. Los chiquillos victorearon aquel hecho varonil; los ociosos y parroquianos de la taberna, junto con las maritornes que los servían, salieron á la puerta á mirar el espectáculo; los pasajeros del interior de la diligencia sacaron la cabeza por las ventanillas, entretanto que la dama daba chilliditos de susto, y que la beata le echaba bendiciones con una mano, y con la otra procuraba tapar las rollizas pantorrillas de la viajera tirando del traje por detrás, lo cual la impedía la marcha.... Al fin, auxiliada por los que iban encima, que la dieron la mano, y por el conductor que la empujaba de la cintura con poca delicadeza y chistes más festivos que de buen gusto, la pobre mujer llegó á su asiento. La beata, entre tanto, había sacado un pañuelo y se enjugaba las lágrimas, y al mismo tiempo recomendaba á su amiga que se cuidase mucho y que volviese pronto, pues ella no podía vivir sin su grata compañía.

En medio de aquel tierno discurso, interrumpido por la gritería de los chicos de la aldea, que sin cesar rodeaban la diligencia,

pidiendo limosna, las mulas se pusieron en marcha, y á poco estábamos lejos del poblado.

Había llegado la noche y estaba lloviendo cuando la diligencia paró en el pueblo de Curtis, en cuya estación deberíamos cambiar de manera de viajar y tomar el tren que de Coruña viene y va hasta Madrid.

Aunque no vimos el lugar, sino á la luz del sol poniente poco antes de llegar, nos interesó la aldea, por ser aquella la patria del Ilustrísimo D. Pedro Martínez de Monzoncio. “¿Y quién es ese caballero?” preguntará sin duda el lector. Contestaré que pocos serán los católicos medianamente piadosos que no repitan diariamente las palabras que él compuso. Este Obispo compostelano del siglo X fué el autor de la *Salve*, aquella tierna salutación á la Virgen María, tan recomendada por la Iglesia. Parece que fué compuesta por el angustiado Obispo en los momentos en que el árabe Almanzor invadía á Galicia con sus tropas agarenas y arruinaba la ciudad del Apóstol Santiago.

Aguardámos largo tiempo de pie en la desabrigada estación, hasta que llegó echando chispas el tren que venía de Coruña. Procurámos acomodarnos lo mejor posible para pasar la noche y el día siguiente en un mismo compartimento, pues teníamos que

pasar allí 28 horas consecutivas; viaje penosísimo, por cierto, aunque no era tanto lo que sentíamos las fatigas de él como el tener que renunciar á detenernos en muchas de las ciudades que tanto deseábamos visitar.

Después de una noche fatigosísima, sin haber podido dormir sino momentos, á pesar de estar solas y á nuestras anchas en el *wagón*, cuando llegó el día yá nos hallábamos lejos del antiguo Reino de Galicia.

Galicia encierra en su seno una población de sanas costumbres; y si en Madrid y en el Sur de España se considera poco inteligentes á los gallegos, no es esto sino porque no son listos y despiertos como los castellanos de la capital, ni elocuentes como los andaluces; pero en cambio el gallego posee sólidas virtudes, es patriota, honradísimo, laborioso, sobrio, humilde aunque testarudo, poco comunicativo aunque hospitalario, y de carácter algo melancólico; es, además, desconfiado, y, en Galicia, mira con poca simpatía á todo empleado público que no sea de su misma raza. Como ha conservado su lengua—que dicen fué la primera derivada del latín que se habló en la Península (1)—aquello les ha mantenido un tanto alejados

(1) "Este dialecto, dice D. Juan Valera, hubo de estar de moda en el siglo XIII, y ser en la Corte de Castilla el habla elegante y de buen tono."

de la influencia de las ideas modernas. Aquel idioma es ciertamente suave y armonioso cuando lo pronuncian las personas educadas, pero no puede decirse lo mismo del acento de la gente del pueblo, el cual me pareció poco agradable al oído.

Galicia cuenta entre sus literatos—fuera de D^a Emilia Pardo Bazán en la actualidad, y del sabio benedictino D. Jerónimo Feijoo en el siglo pasado—varios poetas notables. Ya hablé de D^a Rosalía Castro de Murguía; mucho podría decirse de la notabilísima jurisperita D^a Concepción Arenal, y no estaría por demás mencionar otros no menos interesantes, cuyas obras son desconocidas en Madrid en donde hacen crudísima guerra á toda literatura provincialista (1) Uno de nuestros amigos en Santiago de Compostela, D. Alfredo Brañas, joven tan instruído é inteligentísimo cuanto modesto, pronunció en Noviembre de 1892 un discurso en la Universidad compostelana que tuvo resonancia en toda España (salvo

(1) El señor Brañas, en una obra titulada *El Regionalismo*, hace una larga lista de los militares, hombres de Estado, políticos, religiosos, teólogos, historiadores, sabios, literatos y poetas que se han distinguido en los pasados siglos, así como en la actualidad, no solamente en Galicia sino en el resto de España, y cuyos nombres son tan conocidos en el mundo de la política y las letras.

en Madrid), en el cual defendió con elocuentes conceptos la lengua y los derechos de Galicia. Este mismo caballero ha escrito otras obras acerca del llamado regionalismo ó federación ó agrupación natural y libre de varias Provincias bajo un Estado general. Estos son ensueños que nunca se llevarán á cabo, pero los cuales mantienen vivas las inteligencias en aquellos rincones de España que en un tiempo fueron Reinos separados.

Antes de abandonar definitivamente á Galicia quiero decir unas pocas palabras acerca de las riquezas de su suelo. Posee minas de pizarra, de cobre, de hierro, de níquel, de plata, de estaño, de plomo y de carbón de tierra.

En tiempos antiguos se explotaban también minas de oro y, aunque estas ya no existen, todavía el río Sar suele acarrear pepitas de oro. Explotan con provecho las rocas de granito, de serpentina y de mármol, aunque éstos no muy finos. Su clima es sano y benigno, esto último debido al *Gulf stream*, que calienta las costas del Norte de la Península ibérica.

La abundancia de aguas hace que la agricultura en Galicia sea fácil, y abundantes las producciones de su suelo, á pesar de

la natural esterilidad que lo distingue, lo cual los campecinos suplen con su laboriosidad y paciencia. Cultivan el maíz—pero sólo lo emplean en alimentar los animales— el trigo, las patatas, el lino y toda clase de frutas europeas. La ganadería es tan excelente, que la exportan para Francia, Inglaterra y las Provincias españolas de Castilla y Andalucía. Si olvidaran la rutina y supieran fabricar el vino, harían competencia á los mejores productos de Burdeos. Dicen los cronistas del siglo XVI que solamente del Reino de Galicia salían para otros países hasta trescientos millones de arrobas de vino, pero hoy apenas alcanzan sus viñedos para el consumo interior.

En las costas emplean muchos brazos en la pesca y salazón de sardinas para la exportación. Los géneros de lino que allí se fabrican son excelentes pero nada conocidos en el comercio; este ramo de industria decayó desde la época en que se independizaron las Colonias españolas de América, pues en los pasados siglos proveían las Provincias de ultramar, no solamente de telas de lino, sino también de tejidos de lana. Otro tanto sucedía con los exquisitos quesos, que ya no exportan, pero en cambio la Coruña y Vigo hacen activo comercio con Inglaterra, en-

viando á la Gran Bretaña millares de huevos, frutas y otros productos alimenticios.

Volvimos á pasar por frente á las estaciones de Palencia y Valladolid. De allí para adelante el camino era nuevo para nosotras, pero poco ó nada llamaban la atención los tristes y estériles territorios de Castilla.

Pasó el día, llegó otra noche y aún continuábamos rodando, rodando sin cesar hacia Madrid. ¡Qué camino tan largo y tan fatigoso!

Eran las once de la noche cuando al fin notámos en el horizonte aquel resplandor que anuncia á una ciudad iluminada. El tren empezó á acortar su carrera y momentos después se detuvo en la ruidosa estación de Madrid.

—¡Hotel de la Paz! gritó una voz en el momento en que bajábamos del wagón con nuestras maletas.

Inmediatamente le llamé, y protegidas por el empleado del hotel que ya de antemano habíamos escogido, pudimos atravesar por enmedio de la multitud de emisarios de otros hoteles que se agolpaban á la salida del andén y ofrecían alojamientos de todas clases con voces estentóreas y entusiastas.

La primera impresión de Madrid no fué desagradable, pero tampoco sorprendente.

No vimos ningún edificio importante, y pareciónos que las caras no tenían carácter ninguno. Pero lo malo de los empedrados nos recordó las antiguas calles de Bogotá. A cada paso en España nos encontramos con recuerdos de la ausente patria, y no podemos negar que somos hijas legítimas de la Península ibérica, no solamente por los defectos de que adolecemos, sino también por las cualidades que hemos heredado de nuestra madre.

Tánto habíamos leído acerca de la Puerta del Sol, sitio en donde se hallaba el hotel de la Paz, que no nos llamó la atención la iluminación de aquella plaza-calle, las tiendas abiertas, ni sus anchos enlosados colmados de paseantes aun á una hora en que las calles de París empiezan á desocuparse. No se sabe en Madrid á qué hora duerme la gente; hasta las tres de la mañana circula la población por las calles, y á las siete de la mañana ya las tiendas están abiertas y frecuentadas por compradores.

Llegámos al hotel fatigadísimas con un viaje tan largo y tan penoso; pero eso no obstó para que á la mañana siguiente, muy temprano, nos echáramos á la calle, con esperanza de ver en los dos días que allí debíamos permanecer la primera vez todo cuanto fuera posible.

CAPITULO XVIII

EN MADRID POR PRIMERA VEZ.

¿ Por qué no hemos de decir, aunque sean pocas palabras, algo del primitivo Madrid ? Bien sabido es, y hasta probado por muchos sabios modernos, que todos, más ó menos, heredamos de nuestros antepasados el carácter, las cualidades y el aspecto físico. La historia es, pues, una ciencia que cada día debe considerarse más importante, no solamente porque registra los hechos pasados sino porque es la clave de los hechos presentes. No deberíamos arriesgarnos á dar nuestra opinión acerca del carácter de un pueblo si antes no hemos buscado la causa de sus propensiones en las páginas de la Historia ; porque, repito, los actos de los antepasados son los responsables de los defectos, de las cualidades, de los vicios y de las virtudes de las poblaciones actuales.

Busquemos en lo pasado la causa del carácter especial de los habitantes de Madrid ; diferente, por cierto, del de las demás poblaciones de España.

Dícese que fué fundada esta villa por los

Griegos, los cuáles la bautizaron con el nombre de *Mantua Carpentunorum*. Los Romanos la dieron otro nombre, á saber: *Majoritum* ó *Magirit*, lo cual se convirtió en Madrit, y por último en *Madrid*. Era aún un pobre caserío de los Godos cuando los Arabes se apoderaron de él. Hallábase en el centro de un bosque, el cual fué derribado por los invasores, que lo cercaron de murallas por haberles parecido que su situación era propia para servir de baluarte á las excursiones de los Reyes de León.

Los Africanos se sostuvieron allí hasta que Alfonso VI los expulsó. Sin embargo los descendientes de Pelayo no daban á Madrid importancia mayor, á pesar de que en ella fundaron solares hereditarios algunos caballeros de alta alcurnia de Castilla y de León. No fué sino durante las guerras civiles suscitadas por los hermanos rivales Pedro el Cruel y Enrique de Trastámara que la población madrileña empezó á llamar la atención, la villa á prosperar; y desde entonces los Reyes de Castilla solían visitarla y vivir en ella.

Como Madrid hubiese tomado el partido de D.^a Juana, la Beltraneja, contra Isabel la Católica, ésta miró siempre con desvío la población que le había sido desleal. Al con-

trario, en tiempo de Carlos V, como Madrid se mantuviese fiel al Rey y se manifestase enemiga de los Comuneros, el Emperador, para probar su confianza en los madrileños, encerró allí á su regio prisionero Francisco I, el cual pasó en Madrid los días de su cautiverio. Reconociendo la fidelidad de la villa—que aún se llama villa y no ciudad—Felipe II resolvió situar allí la capital de su monarquía, trasladando la Corte á ella en 1560.

Todas las capitales de Reinos, monarquías y Repúblicas han sido por lo general así llamadas, por su importancia comercial, científica, industrial y centro de las ideas más avanzadas de la nación; pero Madrid se convirtió en ciudad cortesana sin que hasta entonces hubiese preponderado en cosa alguna, y entonces su población sólo pensó en fiestas y diversiones, en funciones y alegrías, en pasar la vida en busca de espectáculos. Indudablemente en esto consiste que esta población es en donde menos se trabaja y en donde más se goza. Cada uno de los Reyes que se han sucedido en el trono castellano ha procurado tener contentos á sus habitantes; se han propuesto siempre halagarlos y dotar la *coronada villa* con mayor número de sitios de recreo. Enseñada á hacer su

gusto, el madrileño es indómito, ruidoso, vocinglero, y se le encontrará siempre preparado para levantarse contra toda autoridad que pretenda poner trabas á su deseo de divertirse. El que quiera ser dueño de su buena voluntad bastarále proporcionarle fiestas, toros, músicas, ferias, *verbenas* y regocijos.

En esas épocas, que son frecuentísimas, todo el mundo se echa á la calle y nadie vuelve á pensar en trabajar. El vestido popular ayuda á fomentar la ociosidad; ¿cómo será posible que un hombre embozado en pesada capa (más ó menos mugrienta, remendada ó hecha jirones), ó una mujer cubierta toda ella con un enorme pañolón, pueda pensar en hacer uso de sus brazos para hacer oficio?

No estoy, por cierto, con Amicis, que todo lo ve color de rosa y se extasía con el alegre aspecto de las calles de Madrid. Aquella continua ociosidad de los que viven en pie en todas las esquinas *floreando* á las muchachas que pasan, repugna; aquel loco amor á la diversión, fatiga. En París la gente se divierte pero lo hace después de haber trabajado para ganar los medios; en Madrid sólo se trabaja cuando no se puede menos, y para sus pobladores divertirse es el único objeto de la vida.

Hé aquí un cuadro popular que se presenciara á cada paso, aún en las calles más centrales y aristocráticas, sobre todo en épocas de ferias y fiestas.

De repente se oye el ruido de un tamboril y los acordes de sendas guitarras, y se ve desembocar por una esquina un grupo compuesto de una bailarina vestida de media y con la enagua más arriba de la rodilla, acompañada por uno ó dos juglares ó saltabancos, varios ciegos que tocan las guitarras y el tamboril y acompañantes que extienden un tapete en plena calle. Los ciegos rompen á tocar y la bailarina danza sola ó con los saltabancos. En breve se forma corro en torno de aquel grupo de danzantes callejeros; bajan todas las sirvientas de las casas vecinas; salen de sus tiendas sastres, zapateros y carpinteros, que por casualidad trabajan aquel día; abandonan el oficio los albañiles de la obra vecina, y mientras que la bailarina hace piruetas, los saltabancos dan volatines, los ciegos tocan y cantan, y gran parte de los espectadores saltan y bailan á quien más y mejor. A cada momento pasan carruajes que desparpajan aquella improvisada fiesta popular, pero vuelve á reunirse en breve y sigue la danza hasta que los fatigados ciegos cesan de tocar. Entonces los

espectadores arrojan algunos *perros*, chicos ó grandes, en la gorra de los ciegos, y cada cual vuelve á su oficio, mientras que la bailarina y sus acompañantes continúan la función en la vecina calle.

Madrid cuenta medio millón de habitantes, los cuales están divididos en *nobles* y *cortezanos* que no se ocupan en cosa alguna, en *burgueses* que tratan de divertirse lo más posible, en *pecheros* que trabajan lo menos que pueden, y en mendigos que llenan las puertas de los edificios públicos, recorren las calles, rodean los hoteles más frecuentados por extranjeros, los cuales caen víctimas de ellos desde que amanece el día hasta la hora de la noche en que vuelven á su hotel, sea cual fuere esa hora.

Otra cosa que nos llamó mucho la atención fué notar la familiaridad que existe entre la gente noble y pudiente y la del pueblo. El descendiente de la familia de sangre más azul apretará la mano á cualquier torero ó miserable *quidam* que á su paso le habla. No tiene empacho en chancearse con los sirvientes de los cafés que frecuenta y en sufrir las familiaridades de éstos en los lugares públicos. De aquí resulta que los criados y criadas dejan mucho que desear, y la libertad de que gozan éstos impide tener orden en las

casas de familia. En la calle, cualquiera, sea de la clase que fuere, puede impunemente echar un floreo á la señorita de más alta alcurnia que encuentra á su paso, sin que nadie encuentre aquello inconveniente. Al contrario, me decía una señora de edad, de excelente posición social:

—Aquí la chica que sale á la calle, espera siempre que le echen piropos; y si cuando á su casa regresa recuerda que no ha recibido bastantes, se aflige mucho y se queja de lo mal que le ha ido en el paseo.

Pero, ¡contraste raro! á pesar de estas costumbres democráticas, el amor á los títulos es tal, que no se lo rebaja ninguno que lo tenga, ni aun cuando esté alternando con personas de su casa: el Duque, el Marqués, el Conde, es Duque, Marqués y Conde siempre, hasta para sus más allegados parientes. Así mismo los empleos que dan derecho al tratamiento de Excelentísimo, Ilustrísimo etc., son particularmente apetecidos, y los que gozan de ellos, son capaces de rechazar una carta, si en el sobre no viene el título que tienen.

Entre tanto la tan decantada galantería española es más de apariencia que de realidad. La mujer en la Península es poco respetada, ni de joven ni de anciana. A la primera la

adoran, pero la tratan con una familiaridad que nos sorprende á los americanos, que estamos enseñados á otras costumbres; á la segunda la tratan con completa indiferencia. Delante de señoras se habla de todo y con una libertad increíble; se fuma en los salones, y en la mesa de los mejores hoteles los caballeros sacan el cigarro y arrojan el humo á la cara de sus vecinas, sin ocurrírseles que es aquello una falta de buena crianza. Hablo aquí de las costumbres que los viajeros alcanzan á ver de paso; otros son los usos entre las clases elevadas que han viajado, en donde las costumbres son iguales á las de Francia é Inglaterra, Rusia y Alemania.

No hay duda, sin embargo, de que por lo menos en Colombia el modo de ser en sociedad, entre gente de regular educación, es mucho más pulido, y allí se tiene mucho más respeto á las mujeres de todas las clases sociales que en España.

En cuanto á las ideas de los españoles acerca de las facultades mentales de la mujer, hablaré de ello cuando se trate de lo sucedido en el Congreso Pedagógico, en donde tuve ocasión de oír discutir el problema de la educación de la mujer, con tono que tenía más de las ideas de Oriente acerca de la mujer, que de un país civilizado de Europa.

A pesar del fondo innegable de bondad con que fuimos tratados los americanos invitados por la Madre Patria, para asistir á las fiestas del Centenario del Descubrimiento de América; á pesar de la extraordinaria hospitalidad con que es recibido el extranjero en Madrid, y del evidente deseo de servir y de obsequiar al hijo que en un tiempo se rebeló contra la autoridad de España, no se le ha perdonado, no obstante, con completa sinceridad, y muchas veces inconscientemente se traslucía el amargo resentimiento que mora todavía en el corazón del vencido en las lides de la libertad.

Aun cuando visitámos á España en una época en que se puede decir que estaba en coqueteos con los descendientes de sus antiguos colonos, y deseaba sinceramente tenerlos contentos, en las conversaciones familiares, en los discursos improvisados, de repente una palabra, una exclamación nos demostraba que aún los más entusiastas *americanistas*, no habían olvidado las quejas que tenían contra la emancipación de sus antiguas hijas. Entre tanto éstas aceptan como suyos propios los gloriosos recuerdos de la historia de España, se enorgullecen con las hazañas llevadas á cabo por hombres de su propia raza, desde las Navas de Tolosa has-

ta Bailén; pero no así los peninsulares con respecto á los héroes americanos, como Bolívar, San Martín, O'Higgins etc.

De éstos, los españoles no quieren oír hablar, ó si algo dicen es con marcado sentimiento de odio. Creo que esto depende en gran parte, de la ignorancia en que están acerca de la historia moderna de la América española, y de todo lo concerniente á la revolución que tuvo por consecuencia la emancipación de las colonias de ultramar. Los llamados *americanistas*, sólo quieren ocuparse de la historia precolombina, muy poco de la época de la conquista y colonización, y se niegan absolutamente á oír referir algo de lo sucedido en la época de la independencia. Como el español es honradamente orgulloso, goza más que ningún otro pueblo con las glorias alcanzadas por sus padres, y más que todo gusta recordar, cómo los soldados de Napoleón I, vencedores en toda Europa, salieron vencidos de la Península. No es extraño, pues, que les repugne la memoria de lo sucedido en América, en donde los vencedores de los franceses fueron á su turno derrotados por los criollos de las colonias de ultramar. Olvidan indudablemente que esos criollos triunfaron porque la mayor parte de sus Capitanes eran peninsulares ó hijos

de peninsulares, y casi todos ellos se habían educado en España. Olvidan que esos combates no tenían lugar entre razas diferentes, que era más bien una guerra civil, y que las ideas de libertad é independencia que predicaban en América, las habían heredado de sus antepasados españoles, de aquéllos que decían á sus Reyes: “¡seréis los amos mientras que respetéis las leyes y nuestros fueros, y si no, nó!” Olvidan que los hechos crueles—durante la guerra á muerte—que tuvieron lugar en uno y otro bando son iguales á los que después se han presenciado en España durante las guerras civiles que se han efectuado allí. Olvidan que el espíritu español es el que en América prevalece, puesto que los antiguos colonos bebieron en las mismas fuentes de civilización. ¿Por qué, pues, enfurecerse con el resultado de la revolución de la independencia, si somos hijos de un mismo tronco? ¿No se han levantado estatuas en la Península á los héroes de los Comuneros que se pronunciaron contra el Emperador Carlos V, y á los que procuraron conservar la Constitución durante el reinado de Fernando VII? ¿Alguien mira con desvío á los descendientes de esos campeones de la dignidad del pueblo español? ¿Por qué, pues, no considerar con los mismos sen-

timientos de respeto y de aprecio á los que lucharon allende los mares por la dignidad de los que necesitaban independizarse de la Madre Patria?

Dejo estas consideraciones á mis amigos de España.

Llamónos mucho la atención la elocuencia natural del castellano madrileño. En todas partes escuchábamos con gusto la conversación llena de gracia, de expresiones originales, de gestos teatrales, todo lo cual entre los americanos consideraríamos afectado y lleno de exageración. Era para mí lo mismo que asistir á la representación de una comedia, el oír discutir á dos mujeres del pueblo en los tranvías ó en los bancos de los paseos públicos. El lenguaje en España es mucho más rico que entre nosotros, y todos hacen uso de muchas más palabras que en las antiguas colonias. Pero si los españoles están llenos de vivacidad moral, no son lo mismo en sus movimientos. Allí nadie camina aprisa ni se mueve sino con lentitud, y hasta los trenes de ferrocarril participan de este defecto; es cosa averiguada que son los más lentos del mundo. Recordaba entonces lo que había leído en los viajes de un francés que estuvo en España al fin del siglo pasado. "Si los movimientos de los españoles, dice,

son lentos, en cambio su imaginación es como el rayo. Los seres más temibles, añade, no son los que más se agitan; al contrario, el león es grave, lento, pero si le irritan, su enemigo debe considerarse perdido; se arroja sobre él sin vacilar, no perdona, ni se detiene y su fuerza es terrible." Así es el pueblo español cuando se enfurece; es entonces como un león africano: no vuelve á su estado normal sino cuando ha despedazado á su enemigo.

Ya antes habíamos observado la sobriedad de los españoles, á quienes no se ve nunca embriagados, y además comen muy poco. Muchos no beben sino agua; en las comidas, encima de cada trago de vino toman uno de agua pura. A veces en altas horas de la noche ó á la madrugada, veíamos en las estaciones de las vías férreas, bajar á los jornaleros que iban de viaje y en los *buffets* del andén, en lugar de tomar algún licor para calentarse, bebían un vaso de agua, dentro del cual deshacían un pedazo de azucarillo ó azúcar rosada. ¡Ojalá hubiéramos heredado esta sobriedad en América, de nuestros antepasados europeos! . . . cuando, la verdad sea dicha, el vicio de la bebida, legado por los aborígenes del Nuevo Mundo, es el vicio que más daño hace entre la gente del pue-

blo (y también en la que se considera de estirpe más elevada) y lo que muchas veces impide que la civilización tome pie entre nosotros.

Dos días no más permanecemos aquella vez en Madrid, pues á nuestro regreso de Andalucía, deberíamos morar allí algunas semanas.

Encontrámos en el mismo hotel á nuestro amable y talentoso compatriota D. Ernesto Restrepo, quien había llegado de Colombia, como Delegado de esta República y se ocupaba en instalar en el Museo de la Exposición Histórico-americana de Madrid las valiosas colecciones precolombinas que había traído el comisionado de Colombia, el doctor D. Isaac Arias Argáez, amigo nuestro, que nos fué á visitar inmediatamente. Con ellos estuvimos en el teatro de la Zarzuela, pero no me parecieron dignos de su fama los artistas que representaban á *Marina*, ni las decoraciones eran buenas tampoco. Por otra parte, nos sorprendió el *sansgene* de los espectadores, los cuales no bien había bajado el telón en los entreactos, cuando todos sacaban cigarro y cigarrillo, y en breve el recinto se hallaba invadido por humo tan espeso, que no se veía á los vecinos, sino al través de una niebla nada sutil. Si el entreacto era

largo, los espectadores se entretenían en dar fuertes porrazos en el suelo con bastones y tacones, pidiendo á voz en cuello que continuase la función, sin preocuparse con que aquel ruido pudiese molestar á las señoras. Esto me consoló mucho, porque me probó que ya en Bogotá hay más cultura y buena crianza, que en la capital de las Españas. Debemos aquí hacer justicia á América; y si no dejo de señalar los defectos propios y heredados de que adolecemos, tampoco debo dejar pasar las cualidades que tenemos en las Repúblicas del Nuevo Mundo.

La velada de la siguiente noche la pasamos en casa del Presidente del Consejo de Ministros de España, D. Antonio Cánovas del Castillo, que dió un *recibo* en su suntuoso palacio particular con el objeto de reunir á los Delegados americanos llegados á Madrid, y presentarlos á los literatos y americanistas españoles que habían tomado parte en los preparativos de las fiestas del Centenario del Descubrimiento de América, que tendrían lugar en Octubre, tanto en Huelva como en Madrid.

Nos dirigimos á casa del señor Cánovas en un carruaje, con alguno de los compatriotas que había en Madrid. Al bajar, uno de nosotros dijo, dirigiéndose al cochero, con

acento americano, es decir, pronunciando la *e* como *s*:

—Vuelva usted á las doce.

El auriga madrileño comprendió *dos*; de manera que cuando salimos á las doce y media no hallamos nuestro coche, el cual llegó hora y media después de que se había cerrado el palacio del Ministro. Afortunadamente encontramos un triste *simón* que nos condujo al hotel, pero esto después de haber aguardado hasta que se fueron todos los invitados, pues creíamos que nuestro coche sería uno de los últimos en acercarse.

El palacio de Cánovas, ó la Huerta, como se llama aquella hermosa casa, verdadera residencia de Príncipes, está rodeada de jardines, y en el centro tiene un magnífico invernáculo, lleno de plantas tropicales, regado por fuentes cristalinas y hermosado con estatuas de mármol, obra de afamados artistas. Los hermosos y lujosísimos salones, la biblioteca (que contiene 30,000 volúmenes), todo estaba colmado de elegantes damas y caballeros, *ellas* ostentando brillantes aderezos de piedras preciosas y ellos cuajados de decoraciones, medallas de honor, cadenas y cintas de todos colores. La hermosa y joven esposa del dueño de casa nos recibió con atención, el Presidente del Consejo de Mi-

nistros nos paseó con obsequiosa cortesía por el palacio, señalándonos lo más interesante de lo que allí había. Después tuve el gusto de conversar largo rato con varios literatos americanos y españoles, y entre éstos con D. Juan Valera y D. Marcelino Menéndez Pelayo, Zorrilla de San Martín etc.

CAPITULO XIX

DE MADRID Á CÓRDOBA.

A las ocho y media de la noche—30 de Septiembre,—emprendimos marcha hacia la famosísima ciudad de Córdoba, emporio de los árabes, Califato musulmán el más renombrado del mundo, en la época más brillante de la dominación africana en España.

La oscuridad de la noche no nos permitió contemplar aquella Mancha, patria de *D. Quijote*, primer libro que encantó mi mente infantil, el cual leía y reeía sin cesar, sin que me fatigasen jamás las aventuras del Caballero andante, ni dejasen de hacerme reír los chistes de Sancho.

Al oír el nombre de las estaciones, parecíame soñar con aquellos lugares, que eran para mí como amigos de infancia, que resucitaban para golpear en mi memoria y traer á ella escenas fantásticas que se ligaban á la realidad; pues yo—como los habitantes de Argamasilla, que se dicen descendientes del Barbero, del Bachiller etc.,—creía á puño cerrado en la existencia de *D. Quijote* y de todos los protagonistas de aquella fábula inmortal.

Empezaba á amanecer cuando entrámos á la *Sierra Morena*. En medio de sus agrestes y agrios paisajes, parecíame ver la esqueletuda sombra de D. Quijote, la rolliza de Sancho Panza, las de Dorotea bañando los blancos pies en las fuentes, la de Cardemi, el séquito de la Princesa Micomicona etc.

El paisaje es pintoresco y variado hasta *Val de Peñas*, en donde las viñas producen aquel vino exquisito que se consume en grandes cantidades en las costas colombianas.

Sin embargo otros recuerdos más recientes y verdaderamente históricos me asaltaron al oír anunciar la estación de Almuradiel, la primera de aquellas Carolinas, colonias mandadas establecer por orden de Carlos III, teatro de los triunfos del peruano Olavide y causa también de su pérdida.

En el fondo de esos riscos y cerros más ó menos escarpados, tenían hace pocos años sus guaridas, audaces ladrones, los cuales se dice que aún suelen atacar á los viajeros. Después de subir paulatinamente hasta *Santa Elena* y atravesar gran número de túneles, la vía férrea empieza á bajar hacia la Andalucía. Pocos momentos después de salir de la estación de *Vilches*, se ve á lo lejos la aldea de las *Navas de Tolosa*, en cuyas cercanías tuvo lugar (Julio de 1212) la fa-

mosa batalla que tanta influencia tuvo en la reconquista de los territorios invadidos por los árabes.

Al pasar por *Baeza* recordé que aquél era el lugar del nacimiento del hidalgo conquistador de algunas costas de Panamá; del desventurado Diego de Nicuesa, quien abandonó el castillo de sus mayores y su puesto en la Corte del Rey de España, para ir á morir misteriosamente en el mar de las Antillas.

Una vez que se deja atrás la Sierra Morena, el paisaje cambia de aspecto; en torno nuestro no vemos sino llanuras monótonas, cubiertas de plantaciones de olivos y de viñedos.

En seguida atravesámos un largo túnel y orillámos el Guadalquivir. En la estación del *Carpio* vimos un antiguo castillo árabe á cuyos pies, en el fondo del valle, corre el río, el cual no alcanza á regar las secas tierras de arriba; así fué que en el siglo XVI construyeron en aquel punto una maquinaria para subir el agua que fertilizara los campos, y fué aquella obra tan sólidamente construída, que desde entonces no ha sido necesario componerla.

A la derecha de la estación de Villafranca vimos un magnífico puente de mármol ne-

gro, de 2,000 metros de largo, sostenido por 20 arcos. Allí existió antiguamente una población llamada *Alcolea*, la cual desapareció por completo, dejando un reguero de ruinas para atestiguar su existencia. Pero el nombre de Alcolea lo guarda la historia moderna, por ser ése el punto en donde tuvo lugar un reñido combate (29 de Septiembre de 1868) entre las fuerzas comandadas por el Mariscal Serrano y las del Marqués de Novaliches que defendía el partido de Isabel II. Vencido éste completamente, la Reina tuvo que renunciar al trono que le legó su padre Fernando VII. Desde entonces se retiró á la vida privada y vive en París, indudablemente mucho más tranquila que cuando ceñía la corona real.

De allí para adelante la vía férrea atraviesa por enmedio de sonrientes jardines y huertas pintorescas, hasta llegar á la estación de Córdoba.

Acabábamos de visitar los dominios de la raza goda; habíamos admirado las catedrales católicas y contemplado los tesoros reunidos para dar culto á Dios, con aquella fe ciega de los hijos de la Edad Media; tocábanos ahora visitar los monumentos que dejaron en España los enemigos del Cristianismo, las obras de los voluptuosos musul-

manes, adoradores de la materia y que sólo buscaban delicias terrestres. En Santiago de Compostela, en Burgos, en León, sólo oíamos hablar de los sacrificios que los caballeros cristianos hacían al Dios que había bajado al mundo para morir por ellos; de aquéllos que dividían su existencia entre las oraciones y penitencias y el odio á los infieles invasores de su patria; de los que para obtener el triunfo no ahorraban esfuerzo alguno, ni existía para ellos más regalo que los sacrificios; de aquéllos para quienes la vida era un prolongado combate sin tregua ni descanso; de aquéllos que buscaban los perfumes, las ricas telas, las joyas, las flores y todo lo bello para ofrendarlo en los altares, y no dejaban para sí sino el hierro, las fatigas, todo lo que hubiese de áspero y de doloroso en la vida humana. Llegábamos ya á estudiar á los Arabes; á aquéllos que vivían para gozar, que se rodeaban de todo lo bello, que buscaban las fuentes de la dicha humana en esos lugares privilegiados por la naturaleza y que ellos sabían hermosear todavía más.

Cuando los Godos obligaban á los Arabes á combatir, éstos lidiaban con denuedo, con valor indómito y con constancia, puestos los ojos en aquellos lugares que defendían por amor á sí mismos; deseaban alejar de sus

dominios á los que pretendían recuperar el país conquistado por ellos, y su único objeto era conservar, para gozar de ellos, los edificios elegantes que habían construído, los jardines encantados, los deliciosos baños, y seguir gozando de la vida, encerrados en sus palacios y harenes.

Se comprende que á la larga, entre un pueblo enervado por los goces y afeminado con una vida regalada y material, y otro que había endurecido su cuerpo y fortificado su alma con sacrificios, que tenía puesto su corazón en una vida futura mejor que la presente; se comprende que el primero tenía que claudicar y darse por vencido, y que el segundo había de triunfar y ganar terreno.

La tradición atribuye á los Fenicios la fundación de la ciudad de Córdoba, ó más bien el caserío en donde después se levantó la ciudad, el cual se formó en torno de un molino de aceite que allí había; pues la plantación del olivo se hacía á las orillas del Guadalquivir (antiguamente llamado Betis), desde tiempo inmemorial. Cuando los Romanos se apoderaron del país, parecióles tan bien la incipiente población que muchos colonos se fueron á establecer allí, y hasta Italia llegó la fama de la fertilidad de ese suelo y la belleza de las casas de campo de los po-

bladores. Los Godos encontraron á Córdoba floreciente ya; pero su verdadera prosperidad no empezó sino bajo el dominio de los musulmanes, que se apoderaron de la Península ibera al empezar el siglo VIII.

No debió ser en un principio muy grande la tiranía de los Arabes, puesto que permitieron á las poblaciones cristianas que conservasen su religión; prohibíanles, empero, que tuviesen culto público, y castigaban severamente á los que procuraban convertir á la fe católica á los invasores. Estas poblaciones cristianas que quedaron incrustadas dentro de los Arabes, y que conservaron su religión al través de los siglos, á pesar de haber adoptado el vestido y las costumbres de los conquistadores, han conservado en la historia el nombre de *mozárabes*.

Los musulmanes no destruyeron los monumentos romanos y godos que allí encontraron, sino que al lado de éstos levantaron sus alcázares, minaretes y mezquitas al estilo oriental.

Córdoba fué declarada capital y residencia de los Visires, que gobernaban en nombre del Califa de Damasco; y cuando Abdel-Ramán se declaró Emir independiente, Córdoba tomó extraordinario incremento é hizo progresos asombrosos: fundáronse aca-

demias en donde se estudiaban todas las ciencias conocidas hasta entonces ; acuñaron allí monedas metálicas con tanta abundancia, que los principales cristianos de los vecinos Reinos las adoptaron como suyas y alcanzaban para las necesidades del comercio. Hacia fin del siglo VIII Córdoba presentaba un aspecto enteramente oriental ; por todas partes se levantaban ligerísimos minaretes y torres esbeltísimas ; las calles eran angostas, pero desembocaban en plazas públicas de recreo, llenas de árboles y flores hasta entonces desconocidas en España, y que habían llevado de Damasco ; las casas ostentaban uno ó más patios embaldosados de mármol, repletos de floridos arbustos y adornados con esculturas a filigranadas cuya ejecución nos sorprende todavía. Los aposentos de los alcázares y casas de los ricos se cubrían con cortinajes y alfombras tejidas de oro y seda ; los techos y artesonados estaban embutidos con perlas finas y sostenidos por columnillas de jaspe, de marfil, de ébano y de cristal de roca ; las puertas eran de bronce, de cobre ó de finísima madera con *arabescos* de plata y oro ; las fuentes saltaban por todas partes para refrescar el ambiente, de manera que los calores del estío no se sentían en aquellos lugares encantadores, ni el frío del in-

vierno los mortificaba, porque tenían estufas tan bien organizadas, que no llegaba hasta ellos ninguna sensación desagradable.

Pensando en estas cosas del pasado nos desmontámos en la estación y tomámos el ómnibus que debería llevarnos al hotel que nos habían recomendado, y que se hallaba en una ancha avenida sembrada de árboles que se llama *Paseo del gran Capitán*.

CAPÍTULO XX

LOS ÁRABES.—CÓRDOBA Y SU MEZQUITA- CATEDRAL.

Con el objeto de refrescar los recuerdos de aquéllos que hayan olvidado cuál fué el origen de la prosperidad y de la civilización de los Arabes que conquistaron la Península ibera en el siglo VIII de nuestra éra, quiero aquí, en pocos párrafos, hacer una reseña del Imperio Arabe y de sus progresos en España, progresos que se llevaron á cabo en tan corto tiempo, que no se puede menos, al leer la historia de esos acontecimientos, que meditar hondamente en las extrañas vicisitudes y misteriosos viceversas de las razas humanas.

En el siglo V los Beduinos y tribus árabes recorrían errantes y sin domicilio fijo la gran Península arábiga. Considerábanse aquellas tribus descendientes de Ismael y de Maad, y adoraban una piedra negra llamada *Kaaba*, la cual, según la leyenda que conservaban, había entregado el Angel San Gabriel á Ismael en el Desierto. Hacia mediados de dicho siglo, un jefe influyente reunió

esas tribus dispersas, fundó la ciudad de Meca é instituyó un Gobierno y empleados que deberían cuidar de la *Kaaba* y del Estandarte sagrado.

Situado aquel pueblo entre dos religiones que se hacían cruda guerra,—el Judaísmo antiguo y el moderno Cristianismo,—sin duda hubiera acabado por abrazar una de éstas, si encontrara un jefe que tuviese influjo sobre él. El Cristianismo le atraía por unas partes y el Judaísmo por otras. Desgraciadamente, á principios del siglo VII se presentó un ambicioso que rechazó una y otra religión, y resolvió construir una nueva adecuada á halagar las pasiones y predominantes vicios de los Arabes, los cuales no podían comprender la divinidad de Cristo ni abrazar sus leyes. Mahoma, sin embargo, modificó en mucho los malos instintos de aquellas tribus, y logró sacar todo el provecho posible de sus cualidades naturales: por medio de la persuasión unas veces y del terror otras reunió en torno suyo multitud de tribus dispersas, las cuales le aclamaron como profeta y creyeron cuanto promulgó. Mahoma abolió el fetiquismo, mandó demoler los ídolos que guardaban en la Meca é instituyó un nuevo culto inventado por él, el cual fué un progreso sobre el antiguo que

tenían. Cuando en 632 Mahoma murió, los que le sucedieron en el mando se encontraron á la cabeza de un Estado teocrático organizado, que obedecía á leyes escritas y cuyo culto y reglas morales se encuentran encerradas en el *Korán*, el sagrado libro de los Mahometanos.

De entonces en adelante aquella religión se llamó islamismo, palabra que significaba que por ese dogma los que se llamaban *verdaderos creyentes* salvaban su alma. Los sucesores de Mahoma se titularon *Califas* ó Tenientes del Enviado de Dios. Estos se encontraban en situación harto peligrosa. Veíanse á la cabeza de tribus diversas agregadas artificialmente, sin unidad y sin costumbre de obedecer á los Jefes, sino en tiempo de guerra; comprendieron, pues, que si no querían que desapareciese la nación que había dejado Mahoma organizada, era preciso prolongar indefinidamente la guerra con sus vecinos. Aceptaban los islamistas la guerra y combatían con gallardía, porque tenían la arraigada creencia de que todo el que moría sobre el campo de batalla iba derecho al cielo. Los mahometanos atacaron y vencieron á los persas, á los bizantinos, á los sirios y á los egipcios; mandaron ejércitos al fondo del Asia, á las costas de Africa y ame-

nazaron á Europa. Al empezar el siglo VIII llegaban ya cerca de España; tomaron á Tanger, y se aglomeraban frente á Gibraltar; deseosos de pasar el estrecho y apoderarse de la Península Ibérica, en donde sabían que encontrarían climas más suaves que los africanos y asiáticos, “tierras más fértiles que las del Yemen, y cuyas flores superaban á las de la India, por el perfume y la belleza.”

Entre tanto los judíos de España, que gemían bajo la férrea mano de los Godos—los cuales les arrancaban por la fuerza el fruto de su trabajo,—resolvieron enviar emisarios á sus hermanos los descendientes de Ismael, y como ellos hijos de Abraham. Los delegados de los judíos ponderaron á los Arabes las ventajas que hallarían en España y les aseguraban que los Godos, debilitados por la molicie y la prosperidad de que habían gozado durante su permanencia en la Península, no podrían resistir al empuje y á la bravura de los musulmanes hijos de Alá. Estas noticias, unidas á la traición del Godo Conde Julián, que entregó á Ceuta á los enemigos de su raza, dieron pie á los mahometanos para penetrar en España. Salió el Rey D. Rodrigo con sus ejércitos á defender su hollado territorio, pero fué vencido y murió en la batalla de Jerez de la Frontera, el 19 de

Julio de 711. Los españoles perdieron allí todo; los ejércitos se desorganizaron y, de desastre en desastre, al cabo de pocos años toda la Península se encontraba en manos de los Arabes, con excepción de las montañas de Asturias, las de Galicia y de Vasconia, á donde se retiraron los Príncipes godos con sus adictos.

Los africanos vencedores dependían del Califato de Damasco, pero poco á poco se fueron independizando de Africa y formando Estados separados unos de otros. Sin embargo, en el siglo X, Abderamán III, que se titulaba Califa de Córdoba, se hizo dueño de los pequeños principados de que gozaban otros Jefes árabes y fundó un Reino poderoso frente á los Príncipes cristianos que procuraban hacerse fuertes al Norte de la Península.

No bien hubimos almorzado y estábamos sentadas en el patio del hotel, el cual tiene una fuente de mármol en el medio, rodeada de plantas, cuando se nos presentó un caballero para quien llevábamos una carta de recomendación que nos habían dado en Madrid. Después de saludarnos atentamente, el visitante nos dijo que estaba muy enfermo y que sería para él un sacrificio acompañarnos

á visitar las curiosidades de Córdoba, como le pedía el amigo que había escrito la carta. “Sin embargo, añadió, si ustedes creen que mis servicios son necesarios. . . .”

No le dejámos concluir. Le asegurámos que para nosotras sería facilísimo buscar en el hotel quien nos llevase á la mezquita-catedral, que era lo que deseábamos conocer en Córdoba etc., etc.

El pobre valetudinario se despidió muy satisfecho, pero nos ofreció enviar decir de su parte al Dean y Sacristán Mayor que tuvieran con nosotras particulares atenciones.

Un muchacho del hotel prometió conducirnos á donde quisiéramos. Nos hizo pasar por angostas y solitarias calles, que hubiéramos creído no estaban habitadas si de vez en cuando no encontráramos las puertas abiertas. Allí nos deteníamos entonces para admirar los patios que se veían adentro. Todos ellos están embaldosados de mármoles blancos, negros y rojos, hermosados con bosquecillos de plantas tropicales en torno de saltadoras fuentes, y amueblados como un salón con asientos y mesas.

¿Quién no ha leído descripciones de la mezquita de Córdoba? y sin embargo, nada habrá más difícil que dar una idea de ese edificio extraordinario, ensueño realizado de un déspota oriental.

Cuentan las antiguas crónicas que Abd-el-Rhamán mandó llamar una mañana á los miembros de su Consejo de Estado y les comunicó que pensaba mandar construir la mezquita más grande del mundo, para que quedase siempre su recuerdo en el Reino que había ganado con su audacia.

—Alcemos, dijo, una aljama dedicada á Alá, que sólo sea comparable á lo que fué la Santa Casa de Jerusalém, y así veremos á la Reina andaluza humillar á la majestuosa Bagdad. Empero, con el objeto de que el reinado de Mahoma sea para nosotros un triunfo más, levantemos la Kaaba de Occidente en el solar mismo de un templo cristiano que hemos de destruir, y así caiga la cruz y en su lugar se levante Irán triunfante.

Los Jeques se inclinaron reverentes y preguntaron al Califa si tenía ya formado el plan del edificio.

—Será su planta, contestó el Moro con solemnidad, parecida á las basílicas de los cristianos y también á la Santa Casa de la Meca; tendrá al frente un patio sombreado por naranjos y adornado con las fuentes necesarias para las abluciones de los fieles; la mezquita contará 11 puertas que darán entrada á 11 naves, y además una entrada más

espaciosa en medio para que los adoradores pasen á prosternarse ante el santuario.

—Señor, contestaron los Consejeros de Estado, ¿qué deberemos reunir para la construcción de la mezquita?

—Los mármoles más preciosos, repuso el Califa, las maderas más incorruptibles—como el sándalo asiático y el alerce africano,—los jaspes más bellos, los jacintos rojos más finos y mucha cantidad de cristal de roca, piedras preciosas, oro, plata. . . . Pero antes de todo es preciso arreglarse con los cristianos, para desalojarlos sin escándalo de la principal iglesia de la ciudad.

Así se hizo: mandaron á los cristianos que saliesen de su templo principal, el cual había sido obra de los Romanos que lo habían dedicado á Jano. Sacaron en procesión sus venerandas imágenes y las reliquias de los Santos y las pusieron en salvo en otra iglesia que los moros les habían dejado.

Inmediatamente buscaron los mejores arquitectos y artistas para que se encargasen de levantar aquella maravilla de estilo enteramente oriental. Abd-el-Rhamán esperaba que la mezquita de Córdoba suplantase La-Meca para los musulmanes de Occidente, y que éstos irían á hacer allí sus adoraciones en lugar de ir en peregrinación hasta Arabia.

La obra ideada por el Califa de Córdoba no se terminó sino durante el reinado de sus sucesores, los cuales fueron añadiendo otras naves más espaciosas y patios que no estaban en los planos de Abd-el-Rhamán. Allí trabajaron no solamente los muslines y árabes más expertos, sino también todos los cristianos prisioneros que llevaban á Córdoba después de cada guerra.

Cuando San Fernando entró victorioso á Córdoba, mandó bendecir la Meca Occidental y levantar altares para decir misa en medio de ese soberbio templo, digno por su belleza de ser dedicado á Dios. Nadie se había atrevido á destruir cosa alguna de las obras de arte que encerraba la mezquita musulmana convertida en iglesia católica, y no fué sino tres siglos después, á principios del siglo XVI, cuando los Canónigos de Córdoba obtuvieron permiso de Carlos V, para levantar en el centro de la mezquita una Catedral gótica, y de esa manera dañaron en gran parte la maravillosa armonía arquitectónica de aquel recinto.

La parte exterior de ese monumento extraordinario no llama la atención. Está todo él rodeado por un alto muro sin carácter, terminado por almenas y coronado por torres lisas. Entrase por un pasadizo angosto y una

puerta que llaman del *Perdón*, á un patio inmenso lleno de naranjos y de antiguas fuentes. Allí está la puerta de las *Palmas*, que da entrada á la mezquita por ese lado.

Un sacristán con varios acompañantes nos esperaban yá.

—Tenemos orden del señor Deán—que recibió recado de Don ***,—para señalar á ustedes todo, nos dijeron.

Despidieron al chico del hotel con cajas destempladas y se hicieron dueños de nuestra libertad : de allí para adelante no podíamos dar un paso sin que aquellos hombres nos lo indicaran ; á riesgo, nos aseguraron, de no ver todo en su debida forma.

¿ Me atreveré á hacer la descripción de lo que vimos ? Es empresa no solamente difícil sino hasta imposible decir algo nuevo acerca de la mezquita, después de los muchos viajeros que han tratado el asunto con mano maestra. Nadie puede dar idea cabal de lo que es este edificio extraño, que inspira curiosidad, sorpresa, admiración, pero no puedo decir qué devoción. Bastará decir que al dar un paseo en el interior nos encontramos en medio de una muchedumbre de columnas, las cuales son tantas, que con razón se las ha comparado á un bosque cuyo término, por una ilusión de óptica, no se alcanza á ver.

Estas sostienen el techo que es bastante bajo, pues los pilares sólo miden de dos metros y medio á tres metros de altura. Cuéntanse 19 naves en un sentido y 35 en otro, y como no son todas del mismo ancho, ni las columnas exactamente iguales, resalta de aquella atrevida y rara arquitectura, un conjunto originalísimo y algo como una visión de un mundo diferente, á lo cual contribuye la semi-oscuridad del interior de la mezquita. Antiguamente, antes de que se construyese el templo cristiano que se fabricó dentro del edificio musulmán, se contaban hasta 1419 columnas; hoy no pasan de 850. Todas son construídas con jaspes y mármoles diferentes, muchos de ellos provenientes de antiguos templos que Abd-el-Rhamán mandó destruir de propósito para aprovecharse de sus riquezas arquitectónicas. Los techos de las naves eran en un principio de madera pintada de colores, pero desgraciadamente las blanquearon, aunque en algunas partes se ha logrado raspar la cal y sacar á luz su primitivo color. En tiempo de los Arabes, el pavimento de la mezquita estaba solado con variadísimos azulejos, pero éstos han desaparecido.

Los conocedores (pues yo soy lego en el asunto), encuentran en aquella mezquita re-

cuerdos orientales de diferentes clases; en unas partes su construcción es *hebraica*, en otras *persa*, *babilónica* aquí, *bizantina* más allá; y en todas partes remeda el estilo árabe, que aún se encuentra en el Cairo y en Damasco. Mostraron los que nos señalaban las curiosidades de aquel recinto inscripciones medio borradas labradas con cristal y con talco; letras arábigas realzadas y doradas; piedras antiguas llevadas desde Constantinopla; esmaltes y labores de bronce; columnas góticas en algunas partes, cornisas mudéjares puras y pilares mozárabes construídas por esclavos cristianos. . . . Vimos portadas cubiertas de labrados finísimos; ventanas caladas con hojas afestonadas; fantasías orientales llenas de laberintos sin principio ni fin; floripondios y hojarasca de estilo persa, como rara vez se encuentran en las construcciones europeas; arcos de forma de herraduras y cruzados para combinar claraboyas sin perder la armonía del techo, y que dan luz á los lugares más recónditos; capiteles esculpidos de varios estilos; curvas ingeniosas, obra de arquitectos habilísimos y dueños de su arte, los cuales se gozaban en combinar problemas para resolverlos de una manera inesperada.

Pero si en el cuerpo de la mezquita se en-

cuentran todas aquellas obras maestras, no hay persona ninguna, aún la más fría é indiferente, la más incapaz de comprender las bellezas del arte, que no se quede suspensa y admirada al penetrar en el *sancta sanctorum* de los musulmanes, en el recinto sagrado para ellos, porque allí se adoraba el libro del Profeta. Se ha conservado en perfecto buen estado: los dorados y decoraciones de los muros están tan frescos y brillantes como en la época lejana en que penetraban allí los islamitas, de rodillas, y se postraban delante del santuario de Mahoma. Aquel *mihral* ó adoratorio se halla en el fondo de una especie de capilla, con un vestíbulo por delante; el nicho mide apenas tres metros y medio de diámetro labrado, dentro del muro, en forma octágona; todo él está forrado en los mármoles más puros y los mosaicos más brillantes; labores de piedras de colores y cristal de roca forman letras árabes sobre fondo azul con filetes de oro; el techo es una concha cubierta de mosaicos de reluciente cristal y de talcas de colores vivos. En contorno del muro el suelo está ahondado por las rodillas de los devotos musulmanes que debían dar siete vueltas diarias en torno de una especie de carro de cuatro ruedas que se conservaba en medio del ni-

cho. Dentro del carró estaba un enorme ejemplar del Korán, el cual era tan pesado que dos hombres no alcanzaban á moverlo ; lo tenían encerrado en una caja guarnecida con incrustaciones de madera de sándalo, de concha de nácar y de marfil. Este precioso monumento del arte árabe, que desapareció en la época de la reconquista, era sumamente venerado por los musulmanes cordobeses : decían que todo el libro estaba escrito de puño y letra de Othman—Secretario de Mahoma y sucesor de Omar en el Califato—y, además, que estaba manchado con la sangre del Califa, quien fué asesinado por sus súbditos sublevados.

Los vestíbulos exteriores del Mihrab también se han conservado en buen estado, y son dechado del arte árabe en la época de su mayor esplendor.

Como dije poco ha, un Obispo de Córdoba obtuvo permiso del Emperador, en 1523, para levantar desde sus cimientos un templo católico en la mitad de la mezquita, trastornando de aquella manera la maravillosa construcción oriental. Este edificio de otro género intercalado en el morisco, ostenta varios estilos diversos, á saber: gótico ojival, greco-romano y plateresco con decoraciones en algunas partes imitando el árabe y mo-

zárabe. El techo de aquella iglesia es bastante elevado, y hace contraste con los arcos bajos y las bóvedas oscuras de la mezquita vecina. La ornamentación es riquísima; véanse por todas partes mármoles hermosísimos, obras de madera de los mejores artistas españoles, broncees bellísimos, lámparas de maciza plata. En la sacristía nos señalaron alhajas y ornamentos de iglesia recamados de piedras preciosas; imágenes de santos de plata; vasos sagrados de oro purísimo; entre otras vimos una custodia que mide dos metros de altura, toda ella cubierta de piedras preciosas entre las cuales brillaban magníficas esmeraldas. Estas fueron probablemente las que donó Gonzalo Jiménez de Quesada á su regreso del recién conquistado imperio de los chibchas, al cual puso el nombre de Nuevo Reino de Granada. El era de familia cordobesa—aún no se ha aclarado satisfactoriamente si nació allí ó en Granada—natural era, pues, que de las muchas esmeraldas de Muzo que llevó consigo á Europa hubiese regalado algunas á los templos de su país.

Después de pasar algunas horas recorriendo una y dos veces los lugares más interesantes de la mezquita, salimos de nuevo al Patio de Los-Naranjos. Allí encontramos al

paciente chico del hotel, quien ofreció llevarnos por otras calles de la ciudad. Salimos á una que divide la mezquita del Palacio Arzobispal; quisimos entrar á éste, pero no nos lo permitieron. Bajámos entonces la calle hasta llegar á una esplanada coronada por un monumento extraño, el cual parece que fué levantado en honor del *triumfo de los cristianos sobre los infieles*. Sobre una columna de mármol de 27 metros de altura se ve la efigie dorada de San Rafael Arcángel (patrón de Córdoba), y á sus pies yacen humilladas estatuas monstruosas de diablos y endriagos de aspecto horrible. Entorno de esto hay una reja de hierro. Este monumento de mal gusto nos interesó poco; pero en cambio nos llamó la atención la hermosísima vista que se tiene de allí sobre el Guadalquivir y el antiquísimo puente que pone en comunicación las dos riberas del río.

Este puente histórico, que mide 240 metros de largo, fué obra de los Romanos, el cual reconstruyeron los Arabes y mejoraron los cristianos. Del otro lado se encuentra el barrio llamado de *La Verdad*, señoreado por una fortaleza antigua. En las orillas del río se ven jardines, alcázares de tiempo de los Moros, la torre llamada de *La Palma*, y más

lejos el Campo Santo, sitio venerado por los cristianos, porque era allí que los mahometanos martirizaban á los cristianos cautivos.

No quisimos echar á perder la extraña impresión que nos había hecho la mezquita, motivo por el cual no visitámos otros monumentos de menor interés.

Regresámos al hotel. El paseo del gran Capitán, solitario y silencioso durante el día al llegar la tarde se convirtió en alegre lugar de cita para los elegantes de uno y otro sexo de la ciudad de Córdoba. Desde el balcón de nuestro cuarto estuvimos entretenidas mirando cómo se llenó la parte central del paseo de chicuelos y de burgueses, mientras que elegantes jóvenes montados en caballos andaluces *de paso* circulaban saludando aquí y allí á las damas que daban vueltas y revueltas en sus coches y berlinas. Entre tanto una banda de música tocaba en un kiosko situado en medio de bosquecillos de naranjos, y llegaban hasta nosotras palabras sueltas, carcajadas y el bullicio de los niños que jugaban alegremente entre los asientos del paseo.

A medida que llegaba la noche mucha gente se fué retirando poco á poco, y por último, cuando encendieron el gas en los faroles, ya

no quedaban sino los caminantes de la parte central del paseo; los coches y los caballeros habían desaparecido.

FIN DEL TOMO I.

INDICE.

		Págs.
Cap.	I.—De San Juan de Luz á Zumárraga.—San Sebastián.....	3
—	II.—Una ojeada histórica.—Camino de Bilbao.....	13
—	III.—Bilbao.....	23
—	IV.—De Bilbao al valle de Loyola.....	36
—	V.—Loyola.....	47
—	VI.—De Loyola á Burgos.—La Catedral.....	59
—	VII.—Algo de Historia.—El Cid.—La Cartuja de Miraflores.....	70
—	VIII.—Una visita á las huelgas del Rey.	82
—	IX.—Camino de Valladolid.—Monumentos de esta ciudad.....	93
—	X.—León.....	103
—	XI.—De León á la Coruña.—La ciudad de Coruña.....	118
—	XII.—Galicia.—De Coruña á Santiago de Compostela.....	132
—	XIII.—Santiago de Compostela y su historia.....	154
—	XIV.—La Catedral de Santiago de Compostela.....	166

ÍNDICE.

	Págs
Cap. XV.—Recuerdos históricos.—El Hospital Real.—La Universidad.—Santo Domingo.—San Francisco en Santiago.—Costumbres de la Edad Media.....	183
— XVI.—La Fuente milagrosa.—Establecimientos de caridad.—La Mendicidad en España.—La pereza.—Santa María la Real.	199
— XVII.—De Santiago de Compostela á Madrid.....	206
— XVIII.—En Madrid por primera vez.....	217
— XIX.—De Madrid á Córdoba.....	234
— XX.—Los Arabes.—Córdoba y su Mezquita-Catedral.....	242

BIBLIOTECA NACIONAL DE COLOMBIA



BNC0086335